

NIÑOS DE LA BIBLIA.



JOSEF RECIBIENDO Á SUS HERMANOS.

IX.

SIMEON.

La abundancia de frutos que Josef había pronosticado en la sábia interpretación que de sus sueños hizo al monarca de Egipto, no tardó en anunciarse en toda la superficie de la tierra. Vinieron siete años de una fertilidad asombrosa, en los que la tierra prodigó

Noviembre de 1847.

con usura sus dones á los mortales, y mientras que estos se olvidaban del porvenir con la felicidad presente, Josef mediante su prevision y los poderes que del rey tenia, acopiaba en vastos graneros todo el trigo sobrante del Egipto. Bien pronto á los siete años de abundancia, fueron sucediendo los otros siete de esterilidad, y con ellos la escasez y la carestía. El hambre con todos sus horrores se dejó sentir en todas las regiones, y hasta en el mismo Egipto el pueblo clamó por el necesario alimento. Entonces se conoció todo

17

el valor de la prudente prevision de Josef, que abriendo los graneros, distribuyó y vendió el trigo con la abundancia que el pueblo necesitaba para no perecer de miseria. Y no solo á los habitantes de Egipto alcanzaron los buenos efectos de la sabia economia de Josef, sino que de todos los pueblos de la tierra acudian á surtirse de granos á aquella region afortunada.

Tambien en la tierra de Canaam se sintieron los rigores del hambre, por lo que el anciano Jacob, llamando á sus hijos, les dijo:

—¿Acaso esperais á morir de hambre con vuestras mugeres y vuestros hijos? El trigo que aqui nos falta, en la tierra de Egipto se vende con abundancia. Jóvenes sois, id allá y comprad lo suficiente para que no perezcamos todos de hambre.

Al decir estas palabras, el buen anciano, escarmentado con el suceso de Josef, exceptuó del viage á Benjamin, al que siendo el mas jóven y el mas querido, no queria esponer á las fatigas del camino, ni á que en él le sucediese alguna desgracia. Los otros diez hermanos, segun el mandato de su padre, se pusieron en camino, llevandolos jumentos, los sacos y el suficiente dinero para llenarlos de trigo.

Era costumbre en el Egipto, cuando llegaban extranjeros, presentarlos al gobernador, bajo cuya inspeccion se despachaban los víveres, así es que los hijos de Jacob, apenas llegaron á la corte de Faraon, fueron inmediatamente presentados á su ministro y gobernador.

Josef revestido de una ancha túnica blanca como la nieve y ceñida con un cinturon de seda, llevando sobre los hombros un manto de escarlata con franjas de oro, ostentando colgado del cuello un riquísimo collar de oro y piedras preciosas, se presentó delante de sus hermanos. Cumpliése entonces la prediccion de tanto tiempo anunciada, y se realizó el suceso que en sus sueños habia sido revelado á Josef. Sus orgullosos hermanos, incapaces entonces de conocerle, y deslumbrados con la magnificencia del personage que se les presentaba, se prosternaron inme-

diatamente ante él, adorándole á la usanza de los egipcios.

Conociólos al instante Josef; pero disimuló, y reprimiendo los deseos que tenia de preguntar por su padre Jacob, les dijo con aspereza:

—¿De dónde venis?

—Vuestros siervos, señor, contestó Judá, vienen de la tierra de Canaam. Allí como en todas partes se siente el hambre, y para comprar lo necesario á nuestro sustento, acudimos á vos como todos acuden.

—Vosotros sois unos espías.

—No es así, señor: nosotros no venimos mas que á comprar viveres. Todos somos hermanos é hijos de un solo varon, llamado Jacob: somos hombres pacíficos, é incapaces de maquinari ninguna cosa mala.

—¿Y no tenéis algun otro hermano?

—Tenemos uno llamado Benjamin, que se queda allá con nuestro padre Jacob, y teniamos otro hermano llamado Josef, pero este.... ya está en la presencia de Dios.

—Con mal fin habeis venido á esta tierra. Vosotros sois exploradores que venis á reconocer los parages indefensos del pais, y yo necesito averiguar la verdad de lo que acabais de decir.

—Señor, haced de nosotros lo que os plazca; pero todo es conforme os lo hemos dicho.

—No saldreis de mi poder hasta que venga ese vuestro hermano mas pequeño: solo uno de vosotros puede ir para traerle, los demas estarán en prision hasta su regreso: solo de esta manera tendré yo confianza en vuestras palabras y os concederé cuanto me pidais.

No se atrevieron los hermanos de Josef á prometer en el acto la venida de Benjamin, sabiendo cuanto le amaba su padre Jacob, y las dificultades que habia de oponer á su venida. Conternados y con los ojos inclinados al suelo, sentian los remordimientos de su conciencia, reconociendo en cuanto les estaba pasando el visible castigo del cielo por su conducta con Josef.

Este fingiéndose mas enojado, dió orden de que los condujesen á una prision, á lo que ellos se resignaron, diciendo:

—Con razon nos sucede todo esto por haber sacrificado á nuestro hermano Josef, por haber permanecido insensibles á sus clamores y angustias. ¡Bien empleada nos está la calamidad que cae sobre nosotros!

—¿Y no os dije yo, exclamó Ruben, que no pecáseis contra vuestro hermano y no quisisteis oirme? ¡Mirad como su sangre clama al cielo!

Ninguna de estas palabras era perdida para Josef, porque sus hermanos hablaban en hebreo que él sabia tan bien como ellos; pero como les habia hablado por medio de intérprete, creian sus hermanos que ignoraba lo que estaban hablando. Volvió Josef la espalda y se retiró aparentando que no queria acceder á ningun ruego ni súplica; pero en realidad, para disimular las lágrimas que brotaban de sus ojos al ver la pena y arrepentimiento de sus hermanos.

Simeon que habia sido uno de los mas encarnizados contra Josef, reconociendo ya su delito, exclamó:

—El brazo del Señor se ha estendido sobre nosotros. ¡Que caiga en mi solo, todo el rigor de su justicia!

Poco tiempo tuvo Josef á sus hermanos en la cárcel: mandó á sus ministros que tuviesen preparadas las cargas, llenando los sacos de trigo y poniendo dentro de cada saco el dinero que sus hermanos habian dado por el trigo que en él se contenia. Preparáronles ademas viveres para el camino, y despues que todo estuvo dispuesto segun al prudente Josef convenia, hizo este que trajesen á sus hermanos á su presencia, y les habló así:

—Si quereis vivir, haced lo que os tengo dicho. Traedme á vuestro hermano mas pequeño, para confirmar la verdad de vuestras palabras. Llevad todo el trigo que necesiteis para desterrar el hambre de vuestras familias. Quiero ademas usar de misericordia con vosotros: id todos, volved á vuestra casa, y quede uno tan solo en rehenes en mi poder.

Al oír estas palabras, el abatido Simeon cobró nuevo aliento y adelantándose á los demas hermanos, se presentó á los guardas de Josef para que le

aprisionasen, diciendo en voz alta:

—A nadie mas que á mí corresponde expiar de esta manera mi culpa.

Despues y mientras que los soldados egipcios le ataban, se volvió hácia sus hermanos para decirles:

—Id, hermanos míos; id pronto á llevar el sustento á nuestras familias y á consolar á nuestro anciano padre. En cuanto á Benjamin, el único que puede indemnizarle de la pérdida de Josef, no os empeñeis en separarle de su lado. Sea la que quiera la suerte que me esté reservada, yo la acepto gustoso por mí y por todos, en expiacion del atentado cometido contra nuestro virtuoso hermano Josef.

Partieron los hermanos llevando los jumentos cargados de sacos de trigo, en los que encontraron despues con asombro el dinero de cada uno. Pero así sucedió conforme Simeon lo habia previsto: el buen anciano Jacob, escarmentado con la desgracia de Josef, que lloraba todos los dias, de todo quiso hablar menos de separarse del tierno Benjamin, báculo de su vejez; de aquel interesante niño que desde entonces ha dado nombre á todos los últimos hermanos en una dilatada familia, y que son por esta misma causa objeto del mas tierno cariño para sus ancianos padres.

F. F. VILLABRILLE.

EDAD. Ya que la edad disminuye nuestros atractivos, conservándonos nuestros defectos, y que la única indemnizacion de la vejez es la consideracion, tratemos de ser cada vez mas respetables conforme vamos siendo menos amables.

Levis.

Llegamos á las diferentes edades de la vida sin haber aprendido nada, y muchas veces carecemos de esperiencia apesar del número de años.

La Rochefoucauld.

ECONOMIA. La economia es hija del arreglo y de la aplicacion.

Levis.

HISTORIA DE ESPAÑA RECREATIVA.

II.

ASDRUBAL.

El jóven Asdrubal que acompañó á Amílcar en la desastrosa refriega de la que salió triunfante Orison, presencié la horrible catástrofe de aquel general de Cartago, y encargándose de reunir la hueste diseminada, la condujo á mejor terreno dirigiéndoles su voz á fin de que no desmayara, y se repusiera de su anterior espanto. No transcurrió mucho tiempo sin que el senado de Cartago, teniendo presente el buen servicio que habia prestado á la república, le encargase el mando del ejército; con el cual reforzado considerablemente, derrotó á Orison y se apoderó de doce ciudades. Despues se dirigió hácia la Celtiveria, llegó á las cercanias del Ebro, y estendió maravillosamente los dominios de Cartago.

Por este tiempo era ya Roma una república bastante poderosa, y conociendo que podia sacar mucho partido del descontento que reinaba entre los saguntinos y demas pueblos originarios de Grecia, que habitaban las costas de Cataluña y Valencia, procuró bajo la apariencia de una decidida proteccion, adquirir tambien al par de los africanos las riquezas que la España poseia; mas para esto era preciso destruir el poderio que egercia su rival y competidora. Veamos cuales fueron sus primeras tentativas.

Habiase casado Asdrubal con una princesa española; estas bodas se celebraron con la mayor pompa y solemnidad, en Cartagena, ciudad que el guerrero africano honró dándola el nombre de Nueva Cartago por haberla edificado él mismo. En el ruidoso y espléndido festin que efectuó á consecuencia de su

enlace, reinó el mayor contento; el gusto, la magnificencia oriental resplandeció en su palacio; pero nadie creyó que cuando todos se encontraban en medio del mas grande regocijo, un incidente inesperado viniese á turbarle. Una embajada de Roma acaba de penetrar en aquel suntuoso palacio.

—¿Qué me quieren? preguntó Asdrubal cuando lo supo.

Pero deseando no aparecer desatento ante el senado de Roma, acudió presuroso á saber lo que solicitaban estos importunos representantes. Con efecto, pasado un corto espacio, se halló en presencia de tres personages desconocidos, á los cuales recibió Asdrubal con la mayor afabilidad.

—No presumia, dijo el africano, en estos momentos de gozo recibir una embajada, pero ya no tiene remedio y solo espero saber lo que de mí solicita el senado á quien representais.

El mas anciano de los tres embajadores, queriendo sin duda superar al cartaginés en buenos modales y cortesia, trató de disculparse diciendo á su interlocutor: que ignoraba hasta entonces el festin y el motivo que le originaba.

—Pero ya que aqui nos encontramos, prosiguió, sabed cuales son las pretensiones del senado romano.

—Hablad, dijo Asdrubal con acento grave.

—Quiere la república romana, que ciñais vuestras conquistas á lo que actualmente poseeis; que no procureis estender vuestros limites, ni menos incomodar á los pueblos situados entre el rio Ebro y los Pirineos, los cuales han formado confederacion y se han declarado nuestros amigos y aliados.

Asdrubal se sonrió y con aquella elocuencia persuasiva y atenta que tan bien armonizaba con la dulzura de su carácter, respondió:

—Las proposiciones del senado ro-

mano podrán ser muy justas y razonables; pero no es á mi á quien toca calificarlas. ¿Ignora la república romana que yo obro conforme á las instrucciones que recibo de la mia? Yo hago en España el papel de un conquistador, pero en realidad, el senado cartaginés es el que verdaderamente conquista; á él y no á mi debe dirigirse la embajada que ha venido á honrarme, y cuando yo reciba órdenes contrarias á las que tengo, limitaré mis conquistas y Roma quedará satisfecha.

—Entonces, dijo el embajador, haya una tregua; cesen las hostilidades mientras dura la consulta.

—No puede ser; dentro de dos dias paso á someter bajo el dominio africano varios pueblos de las cercanias del Ebro; es órden que tengo, soy un militar sumiso á las disposiciones de mis superiores.

Los otros dos embajadores tambien interpusieron su ruego, pero la tregua fué negada absolutamente, y la embajada salió disgustada y recelosa de un terrible resultado.

A distancia de unos veinte pasos del palacio de Asdrubal se hallarian los tres emisarios, cuando vieron que un hombre agitado se paró delante de ellos rogando que le escuchasen.

—¿Quién eres? preguntó receloso el mas anciano de los embajadores.

—Soy un esclavo romano.

—¿Y qué quieres, miserable?

—Hacer un gran servicio á mi patria; pero en cambio quiero mi felicidad para siempre.

—Habla.

El esclavo se colocó en medio de los tres, y misteriosamente les dijo:

—Yo tuve un señor en Roma que con injusticia me castigó, y desgraciadamente le levanté la mano. Quiso quitarme la vida y me fugué; vine á España, y en ella supe que mi hijo estaba sufriendo el mas horroroso martirio por la ofensa de su padre. Si nos hacemos libre tanto á mi hijo como á mi, si me dais mucho dinero y proteccion para escaparme de España, mañana habrá Asdrubal dejado de existir.

—Pero, tú.... ¿cómo sabes?

—¿No reparásteis en la fisonomía del

esclavo que tenia la antorcha para alumbrar la habitacion donde habeis tenido hace poco la entrevista.... Era yo; todo lo he escuchado.

—A fé de caballero romano, obtendrás lo que deseas; cúmplenos lo que acabas de prometernos.

El esclavo no dió otra contestacion que volver las espaldas y ausentarse corriendo, al par que decia:

—Mañana soy libre; mi hijo tambien lo será.

Al otro dia corrió la voz por Cartagena de que Asdrubal habia sido asesinado por un esclavo que logró fugarse; los suntuosos funerales que se hicieron, las victimas que se inmolaron al pie de los idolos, y el general desaliento de las tropas africanas, confirmaron la verdad de lo que poco antes solo existia como un vago rumor.

A fin de que el ejército cartaginés continuase con el mismo ardor, los gefes principales le condujeron á un extenso campo inmediato á Cartagena; allí formado recorrió las filas un capitán que, montado en un brioso corcel y seguido de algunos otros militares de distincion, iba corriendo y gritando:

—¡Venganza! ¡Venganza! ¡Muera la república romana!

Cuyos gritos fueron unánimemente secundados por la muchedumbre armada. Despues, este mismo capitán se situó en parte donde fuera escuchado de todos y con voz de trueno, dijo las siguientes palabras:

—Cartagineses: valientes orientales; una fatal conviccion de que nuestro general ha sido mandado asesinar, y que una mano bastarda ha ejecutado el crimen, me impele á incitaros á la venganza. Desde hoy, no solo se dirigirán vuestras armas contra los discólos españoles que no quieran someterse á nuestro dominio; los romanos tambien deben experimentar los efectos de un odio inextinguible: ellos nos han privado de un valiente cartaginés, ellos deben pagar con sangre, tamaña alevosia. ¿Prometeis vengaros?

—¡Venganza! repitió un grito universal y atronador.

—Pues bien; prosiguió el capitán entre vuestras filas existe un africano.



que mas de una vez os ha llevado al combate, uno que ha contribuido á que se coronen nuestras sienas con el laurel de la victoria: uno que desde su tierna niñez ha jurado odio eterno á los romanos ... ¿le quereis por vuestro general?

La multitud gritó afirmativamente y con entusiasmo.

—Entonces, quiero daros á conocer á vuestro nuevo caudillo.

Y volviendo las riendas al caballo se

dirigió al grupo de militares que tambien cabalgados le seguian: entonces de entre ellos salió un hermoso jóven de tez bastante morena, de ojos negros, vivos y fascinadores; ceñia un rico traje que ostentaba con suma gracia; el alazan que le llevaba contribuia mucho tambien á presentarle tan gallardo y simpático á los ojos de aquel ejército entusiasmado ya tan solo con su presencia.

—¡Viva Anibal! ¡viva Anibal! grita-



ron los soldados al ver que se aproximaba.

—¡Me habeis conocido! dijo Anibal; sabeis que he pasado mi niñez en los combates, y que mi padre me hizo jurar guerra y odio eterno á los romanos. Procuraré cumplir mi voto y hacerme digno del ejército aguerrido y disciplinado que me confian. ¡Viva Cartago!

Un grito entusiasta y atronador resonó en el campo, y al son de los instrumentos marciales y en medio de

aclamaciones entró Anibal en Cartagena para ocupar el palacio del malogrado Asdrubal.

Poco tiempo despues se recibió la nueva de que el senado cartaginés confirmaba esta eleccion, y este jóven general, que apenas contaba veinte y cinco años, dió maravillosos egemplos de valor y prudencia. La rebelion de varios pueblos de Castilla la Nueva dió ocasion para que el nuevo gobernador hiciese ver su pericia y talentos militares, pues

solamente le bastó una campaña para subyugar á los países insurrectos, y tornar á Cartagena cargado de ricos despojos. Sin embargo, al año siguiente de estas gloriosas conquistas, esperó un descalabro que á la verdad no esperaba. Habiendo puesto sitio á Elmantica, hoy Salamanca, esta, después de una tenaz y vigorosa resistencia, falta de auxilios por parte de sus aliados, se vió precisada á capitular. Los sitiados propusieron al general enemigo, que si quedaban libres soltarían las armas y entregarían la ciudad á los vencedores. Anibal entonces, ignorando el lazo que le tendían, aceptó las condiciones; pero las mugeres de Elmantica, abandonando á la rapacidad de los africanos todas sus alhajas, sacaron ocultas bajo sus vestidos las espadas que pudieron llevarse consigo, seguras al parecer de que no serían registradas. Entraron en la ciudad los cartagineses, el cuerpo de caballería que guardaba las puertas, con el objeto de tomar parte en el saqueo con los demas, se introdujo también en la población. Las mugeres que se hallaban á cierta distancia de la misma, reparten las espadas que ocultaban, unas á sus maridos, otras á sus padres y hermanos, los cuales al grito de viva España, se precipitaron en masa sobre la ciudad; sorprenden á los cartagineses embriagados en el saqueo, y después de una terrible mortandad logran espulsarlos. Pero ¡ay! Anibal que presenciaba este inesperado ardid, se interpone á la hueste despavorida que huye por todos lados en el mayor desorden, y merced á sus grandes esfuerzos consigue reunir su ejército en poco tiempo.

—¿Será posible, exclamó á la fugitiva tropa, será posible que de tal modo empañéis el honor de Cartago? Preciso es decir á ese pueblo sagaz que acaba de destrozarnos, que los africanos saben vencer, pero jamás ser vencidos. ¡A recuperar lo perdido, mis valientes, y yo á la cabeza de vosotros!

Anibal se puso al frente de los suyos, y con su ejemplo atacaron de nuevo á la ciudad, pero sus habitantes, viendo que no podían contrarrestar, á pesar de sus esfuerzos, á un ejército tan nume-

roso, se retiraron á la cima de un monte que habían ganado, donde permanecieron á vista del enemigo por espacio de tres días con sus noches, durante las cuales encendían grandes hogueras, y al asomar los primeros rayos del día, se postraban de rodillas y al compás de sus instrumentos de guerra dirigían al cielo cánticos que pedían venganza contra sus opresores. Pero el valiente Anibal, tan grande como generoso, al ver la noble tenacidad de sus contrarios en no querer aliarse á Cartago, respetó y aplaudió la heroica emancipación de los salmantinos, y les permitió volver á sus hogares con la misma libertad que antes disfrutaban.

Después de esta campaña y cuando trataba Anibal de retirarse á Cartagena, tuvo aun que combatir contra cien mil carpetanos, oleadas y otros pueblos que le disputaban el paso: algunas veces lograron estos desordenar las huestes cartaginesas, pero jamás obtuvieron un triunfo decisivo y memorable, porque Anibal con su acostumbrada pericia destruyó á la mayor parte de los españoles que se le opusieron en las orillas del Tajo; luego continuó talando los pueblos y campiñas, y atemorizándolos de tal suerte que no pasó mucho tiempo sin que le quedaran todos enteramente sometidos.

Conseguido esto, no se olvidó el general africano de demostrar al pueblo español, que sabía usar de clemencia en los momentos de paz: tales fueron las disposiciones que dió, que consiguió hacerse amar de cuantos antes le odiaban, porque eximió á los pueblos de algunas contribuciones que injustamente satisfacían á ambiciosos mandarines, y supo dar á su ejército un esplendor maravilloso, equipándole con lujo, disciplinándole, cual nunca había estado, y adiestrándole en el manejo de las armas. Tenía conocimiento de las muchas minas de plata y oro que la España encerraba en su seno y mandó trabajar en ellas, y al cabo de algun tiempo sacó inmensos tesoros, con los cuales proveyó la caja militar, que había encontrado vacía, y tuvo fondos suficientes para sostener sus grandes empresas:

En fin la mayoría del pueblo español

miró con entusiasmo á este prudente general, el cual no podia salir á la calle sin verse seguido de la multitud que le aclamaba su bienhechor, y el verdadero padre de su patria.

Pero hasta aquí Anibal, no habia puesto en práctica sus mayores designios; estábale reservado un triunfo mas importante, porque no en valde juró so-

bre las aras de Júpiter enemistad irreconciliable con Roma. En el número siguiente daremos cuenta á nuestros jóvenes lectores de las brillantes hazañas que acabaron de inmortalizar á este prudente y valeroso cartaginés.... ¡Lástima que no hubiese sido español!

I. A. BERMEJO.

APUNTES MORALES.

AVENTURAS

DE UNA FAMILIA INGLESA.



III.

EN EL DESIERTO.

Primero la consternacion y la desesperacion causadas por la muerte de nuestro padre nos sumergió en un profundo abatimiento que nos duró algunas horas; mas al contemplar á mi joven hermana y á mi hermanito condenados á perecer si yo no me armaba de fuerza y de valor, sentí de repente abuyentarse la debilidad de mi espíritu y resolví hacer todos los esfuerzos imaginables para salvarlos del inminente peligro que los amenazaba.

—¡Dios mio! exclamé, ¡no nos abandonéis, y ya que os habeis llevado á nuestro padre al reino de los cielos, dignaos favorecernos; protegednos con vuestra santa Providencia!

No hay duda que el padre de todos los hombres escuchó mi súplica ferviente, y envió para mi socorro uno de sus ángeles divinos, pues no solamente me sentí llena de valor, sino que le transmití á Jorge y Nelly, pues ambos me cogieron de la mano y penetraron conmigo en un bosque, distante unos quinientos ó seiscientos pasos de la roca en que nos hallábamos.

Quando entramos en este bosque, mi primer cuidado fué examinar los árboles que habia en nuestro derredor, con el objeto de ver el partido que podríamos sacar de ellos para alimentarnos, pues el calor del clima, hacia menos imperiosa y urgente la necesidad de vestirnos que la de comer, á pesar de que no teníamos para cubrirnos mas que las camisas despedazadas por las olas del mar.

Los árboles que primero se presentaron á nuestra vista y que me parecieron mas numerosos, presentaban sus hojas ovaladas y lustrosas, entre medio de las cuales aparecian grandes flores de cinco pétalos, de una blancura azufrada y las que exhalaban un perfume delicioso, pero que no podrian sernos útiles para nada. No encontramos mas recurso que los gigantescos arbustos que nos rodeaban, los cuales nos proporcionaban una sombra benigna en medio de los ardientes rayos de aquel sol abrasador; pero á cierta distancia vimos otros vegetales que tendrían con corta diferencia unos cincuenta pies de elevacion, y cuyas ramas caian á la manera de llorones y con la aparente forma de colas de caballo: el fruto que contenian consistia en una especie de baya encarnada, cuyo gusto azucarado, nos recordó el de la cereza, y nos sirvió para calmar la sed devoradora que secaba nuestras fauces.

Satisfecha esta primer necesidad, adelantamos mas en el bosque y no pasó

mucho tiempo sin que nos hallásemos en medio de una llanura, donde habia una infinidad de palmeras y cocos cuyos árboles conocia y sabia que sus frutos eran exquisitos y de buen alimento; pero la dificultad estaba en poderlos alcanzar en vista de la grande elevacion de los árboles, y de nuestras

cortas estaturas. En fin, fuimos bastante dichosos, para encontrar al pie de algunos de entre estos, cierta cantidad de dátiles y unos diez ó doce cocos, que al punto recogimos. Acto continuo nos comimos los dátiles; en cuanto á los cocos, los reunimos todos junto á una piedra grande, y despues



tuvimos medio de abrirlos y de aprovecharnos de su carne exquisita y alimenticia.

Sin embargo, cuando llegó la noche, tuvimos mucho miedo, porque observábamos de vez en cuando, varios animales de estraña forma, que saltaban al traves del follage, y mil gritos singulares y siniestros, se mezclaban con el murmullo de los vientos, que hacian balancear las ramas de los árboles. Ultimamente, la noche se cerró de un todo, y ya puede vd. presumir, el espanto que se apoderaria de estas tres débiles criaturas, perdidas, sin defensa en medio de aquella soledad, tal vez poblada solamente por animales feroces. Jorge rompió en un profundo y amargo llanto, y Nelly me echó los brazos, llamando en su socorro á

nuestro desgraciado padre, como si no hubiéramos sido testigos de la muerte desastrosa de nuestro querido protector. Yo tambien me senti llena de inquietud, pero la necesidad de calmar el miedo de estos niños angustiados, y de ponerlos al abrigo de todo género de peligros, me hizo superior á mis propios temores, y comencé á buscar un sitio que pudiese ofrecernos durante la noche, un asilo seguro contra los ataques de los animales.

Estábamos muy débiles y poco acostumbrados al ejercicio de trepar por los árboles, por lo cual, despues de algunos instantes de reflexion, me decidí en favor de una enorme breña formada por cuatro ó cinco arbustos de una misma especie cuyas ramas entrelazadas constituían una gruta, en la

cual procuramos entrar; mas una vez dentro, suponiamos que en caso de que las fieras nos descubriesen, se quedarían detenidas por serles imposible penetrar; despues supe que estas plantas, se llamaban zamias.

Corté y mandé cortar á Nelly y á Jorge muchas de estas anchas hojas con las cuales les envolvi todo el cuerpo, y especialmente sus rostros: hecho esto, y en su consecuencia menos espuestos á las heridas de las espinas del zamia, con un palo nudoso que encontré en el suelo, conseguí separar algunas ramas de los arbustos y hacer entrar á mis hermanitos en el agreste aposento que formaban estas plantas, y despues que penetraren sin la mas leve lesion, sostuvieron las ramas de manera que pudieran facilitarme la posibilidad de reunirme á ellos: por último nos hallamos juntos en este asilo, donde podiamos disfrutar sin sobresalto de un rato de sueño, el que nos era muy necesario despues de tantas fatigas; dirigimos á Dios nuestras fervientes súplicas, y no tardamos en quedarnos dormidos en los brazos los unos de los otros.

Esta fué Samuel, la vida que llevamos durante los quince primeros dias que nos fué preciso permanecer en este bosque, en el que seguramente fuimos las primeras criaturas humanas que turbaron su soledad.

Al cabo de algun tiempo nos familiarizamos con nuestra posición, y concebí el designio de hacerla menos incómoda y penosa: la esperiencia nos habia enseñado que no teniamos nada que temer de los animales que poblaban este bosque, de los cuales los mas temibles eran unos grandes monos que no procuraban ni dañarnos, ni huir de nosotros; pues venian todas las mañanas á recoger los frutos de las palmeras y de los cocos sin cuidarse de nosotros para nada. Su llegada lejos de producirnos miedo, nos causaba alegría, por que no teniamos otro alimento que los frutos que dejaban caer cuando ellos arrancaban el que les servia de sustento. Algunas veces veíamos tambien que se dirigian por entre el espeso ramaje varios kanguwroos que con sus

vivas cabezas y largas orejas, nos miraban primero con mucha atencion, y de repente daban un salto y echaban á correr hácia otra parte: en cuanto á los siniestros gritos que escuchamos y que nos asustaron las primeras noches, despues nos enteramos que eran producidos por el sin número de papagayos que poblaban el bosque, y de los cuales veíamos á cada instante una nube que se situaba sobre la copa de los árboles, para despojarlos de las frutas que contenian: mas descarados que los monos, nuestra presencia no los detenia, y los vi frecuentemente llegar á coger bayas sobre un jambosero, situado á muy corta distancia del parage donde nosotros estabamos recostados.

Ya que no teniamos ningun temor respecto á los ataques nocturnos de los animales, pudimos pensar en una habitación menos impenetrable y mas cómoda. No pasó mucho tiempo sin que se presentase á brindárnosla un cicaco con sus largas y fuertes raíces que partian del tronco como las cuerdas de un mástil, y que se habia colocado en aquel lugar sin duda, á consecuencia de algun torrente impetuoso. Sujetándole con piedras, y desnudando á las raíces de la tierra que las cubrian, logramos despues de dos dias de trabajo fabricarnos el armazon de una bonita habitacion en forma de tienda, de unos seis ú ocho pies de ancho, semejante á un inmenso embudo.

Restábanos cubrir este armazon, lo cual hicimos con hojas de plátano; una especie de pajaza de lycópodas, nos proporcionó camas bien blandas en comparacion de la tierra sobre la cual nos habiamos acostado antes; despues que quedamos bien satisfechos de dátiles y de bayas, nos dormimos, no sin haber dado antes gracias á la Providencia que nos suministraba lo necesario para no perecer.

Al día siguiente nos despertamos llenos de valor; nos era necesario quitar las hojas de plátanos que cubrian nuestra cabaña porque se habian secado enteramente; pero este era un trabajo penoso para hacerle todos los dias, y el que nos hubiéramos evitado colocando

palmas donde estaban las hojas de plátanos, pues aquellas eran mas fuertes y presentaban la consistencia y elasticidad del mimbre; pero las palmas estaban situadas á una elevacion tal, que no podiamos alcanzarlas, y por consiguiente, aunque por poco tiempo era preciso renunciar al uso de ellas.

Ya he dicho á vd., Samuel, que los vestidos que nos dejó nuestro padre al atarnos á la balsa, estaban rotos y no podiamos usarlos; á pesar de la benignidad del clima, por un sentimiento de pudor muy natural, sufría al vernos enteramente faltos de ropa, y resolví que nos abasteciésemos de la mas necesaria, haciendo al menos una especie de vestidos sin mangas por medio de anchas hojas. Comencé por Jorge, á quien despojé de los restos de su blusa; pero mientras me entregaba á este cuidado, cayó no sé que cosa sobre la piedra donde coloqué á mi hermano, con el objeto de desnudarle mas cómodamente. Era una hevilla de acero; Nelly acudió para apoderarse de ella como de un juguete, pues la dichosa niña, gracias á su corta edad, se habia puesto á jugar como lo hacia en Inglaterra en los tiempos apacibles de la vida opulenta que allí gozábamos; asíó la hevilla con tal vivacidad que se pinchó la mano con el clavillo; por un movimiento de dolor y de cólera arrojó lejos de sí el objeto que acababa de herirla... La hevilla entonces dió fuertemente contra una piedra, y de este choque salieron un sin número de chispas.... ¡Ya puede vd. figurarse, Samuel, cual sería mi alegría al contemplar este imprevisto incidente, pues encontraba medio de tener fuego! La Providencia, que sin duda se habia servido facilitar á mi hermana aquel hallazgo casual, no quiso dejar el prodigio incompleto.... un grande hongo desecado, que encontramos cerca de la piedra, recibió las chispas, y al instante produjo una cantidad de lumbre, que nosotros aumentamos con la ayuda de hojas secas y de ramas caídas.

El hongo habia nacido al pié de un coco; y nuestro fuego elevando su llama, no tardamos en observar que el pie del árbol se ennegrecia con rapidez,

y nos pareció que muy pronto se consumiría; Jorge y Nelly, se encargaron de alimentar la llama y de rodear enteramente de combustible el tronco del árbol. Al cabo de dos horas, juzgue vd. cual sería mi satisfaccion, al ver que una violenta ráfaga de viento derribó el arbusto, cortándole por el pie, y vino á caer sobre una grande palmera donde se detuvo en la mitad de su caída.

Cuando reflexioné este acontecimiento, tan simple, y sin embargo de tanta importancia para nosotros, Samuel, no pude menos que reconocer una nueva prueba de la bondad celeste, y de la proteccion que obteníamos de Dios, sin duda por los ruegos de nuestro infortunado padre que estaba en el cielo. Sabia muy bien que era muy natural que el coco cayese en la direccion del viento, y sobre las palmeras que le rodeaban por todas partes, ¡pero era una dicha tan grande para nosotros este suceso!... Esto nos proporcionaba, primero, frutos de coco, dátiles en abundancia y para mucho tiempo, hojas con que cubrir nuestra cabaña, y últimamente alguna cosa mejor todavia como en breve vá vd. á saberlo.

Le será á vd. fácil comprender, que el coco inclinado y apoyada su cabeza entre las palmeras, nos suministraba una especie de escalera para llegar á la cima de estos árboles, y coger cómodamente nuestros dátiles y nuestras hojas, siendo yo la primera que me encargué de este cuidado; subí fácilmente hasta lo alto, y desde allí eché á mis hermanos, primero lo que necesitábamos para cubrir nuestra cabaña, y no vernos ya precisados á repetir todos los dias el trabajo, al cual nos obligaba la estrema facilidad con que se secaban las hojas de plátano. Despues que bajé, no sabré espresar á vd. la precipitacion con que pusimos las frescas y fuertes palmas sobre las raices del cicaso; ni sabré decir á vd. cual fué nuestra satisfaccion á la vista de la sólida pared que formaban en derredor nuestro; ya era una verdadera casa, una casa contra la cual no podian nada ni el viento ni la lluvia. Un pavimento parecido á nuestra techumbre, es decir, un entapizado de hojas de palma entrelazadas,

contribuyó á que nuestros delicados pies pisasen otro suelo mas benigno; no salimos de nuestra cabaña sino cuando todo fué terminado, y quedamos hasta la mañana del siguiente día perezosamente tendidos en nuestros lechos de hojas de plátano, sin otra incomodidad que la de alargar nuestros brazos para recoger los frescos y sabrosos dátiles, y llevarlos á nuestra boca.

Pero despues de esta buena jornada y de esta buena noche de pereza, nos fué necesario volver á una vida activa y laboriosa y pensar en nuestro sustento diario, pues nuestra provision de dátiles se habia agotado. Subí, pues, nuevamente con ayuda del coco derribado entre las palmeras, y bien pronto Jorge y mi hermana Nelly me vieron descender con un objeto que yo llevaba cuidadosamente entre mis manos; era un nido de papagayos donde habia tres huevos recién puestos; la madre habia echado á volar al acercarme, entregándome su tesoro. Llevaba ademas, una especie de bolsa grande estoposa, que hallé sobre una palmera diferente de las ordinarias, y que contenia dentro el fruto de este árbol singular.

Mientras que Nelly restregaba el eslabon con la ayuda de una piedra y de la hevilla de Jorge, á fin de hacer lumbré y de reunir bastante ceniza para cocer nuestros huevos, yo examinaba atentamente la grande bolsa que habia encontrado en la palmera. Tendria como unos tres pies de longitud y se componia de hebras rojizas, flexibles, membranosas, muy juntas y entrelazadas como lo hubiera podido hacer un tegedor: le di contra una piedra para sacar los frutos, y observé cuán suave y sedoso llegó á ponerse esta especie de tegido; continué esta operacion por espacio de algun tiempo, y no tardó mucho en que esta bolsa se convirtiese en una verdadera tela, á la cual no le faltaba otra cosa mas, para llegar á ser vestido que las aberturas necesarias á fin de que pudiesen entrar la cabeza, los brazos y las piernas. Volví sin decir nada hácia la palmera que me habia dado este *espato* (1) y cogí otros dos, uno mas

grande y otro mas pequeño, y los preparé como lo habia hecho con el primero.

Me hallé pues, en posesion de tres túnicas cómodas, fáciles de llevar, y que debian reemplazar ventajosamente á nuestros vestidos de hojas, que serompián al menor movimiento, y que era preciso renovar seis ó siete veces cada dia; mas yo quise completar mi obra y hacer un vestido completo. Con la imaginacion vivamente preocupada me dirigí á nuestra cabaña, en tanto que Nelly cocia los huevos de papagayos, y Jorge se divertia con una cáscara de coco, cuando de repente el chaparro de zamia que nos habia servido de asilo, se ofreció á mi vista con sus largas espinas.... ya encontré lo que buscaba. Arrancar una de estas espinas, cortarla de un tamaño conveniente por medio de una piedra cortante, y hacerle un agujero en uno de sus estremos con el clavillo de la hevilla que poseíamos, todo fué obra de un instante. Faltaba todavia abastecernos de hilo, pero ya hacia muchos dias que le teníamos; una planta lineamentosa, y cuyas largas hojas eran semejantes á las del lirio de los jardines europeos, nos suministró un hilo blanco, fuerte y bastante suave, por medio del cual atábamos al rededor de nuestros brazos, de nuestras piernas, y nuestros cuerpos las hojas que nos cubrian.

Despues de un almuerzo esquisito, gracias á nuestros huevos de papagayos, puse á Nelly á mi lado y le di otra aguja que fabriqué para ella, y sin decirle lo que pensaba hacer, nos pusimos ambas á coser con el mayor ardor. A la caída de la tarde, despues de habernos bañado en un arroyo, á orillas del cual, habian nacido varios chaparrales que nos servian de tiendas, para vestirnos y desnudarnos, en vez de tornar, como mis hermanos con vestido de hojas, me presenté adornada con mi túnica de *espato* de palmera; mientras que Nelly y Jorge me mira-

tela filamentos y correosa, en la cual están encerrados antes de su madurez, los racimos de los frutos de la mayor parte de las palmeras.

(1) Los botánicos llaman *espato* á una

ban con admiracion y envidia, yo les presentaba vestidos iguales al mio; acto continuo, cogieron sus tunicas y marcharon á vestirse con la mayor precipitacion.

Cuando Jorge se vió vestido de aquella manera dijo:

—Sara, tu acabas de hacernos un regalo, y de causarnos una agradable sorpresa, y por lo mismo, quiero tambien hacerte otro regalo y otra sorpresa del mismo género. Hasta ahora no hemos tenido para alimentarnos mas que dátiles y bayas; hasta ahora no hemos tenido platos, ni cucharas ni tenedores.

Diciendo esto se fué, y volvió de la cabaña con cuatro cáscaras de coco que habia conseguido cortar por medio de piedras afiladas. La leche del coco y su exquisita carne, nos dieron una comida deliciosa, durante la cual, no cesaba de admirar las tunicas de que nos encontráramos adornados; los pliegues de este trage reunidos en derredor de la cintura de Nelly, señalaban maravillosamente su bonito talle, al par que la forma elegante de las mangas, anchas y levantadas á la altura del codo, no hubieran sido desdeñadas por ninguna señorita europea. Para completar el adorno de Nelly, me puse á peinar sus largos cabellos rubios, con espinas de zamia clavadas fuertemente las unas contra las otras, en un pedazo de la borra que cubre al coco; despues de haberlos alisado cuidadosamente, los reuní en una sola trenza, completando este tocador con una corona de dianelis, hermosa flor azul que coloqué sobre su cabeza. La coquetilla acabó de embellecerse con un collar de cuentas encarnadas y negras, ensartadas con una punta de zamia y enfiladas con un cordón de formio.

Samuel, vd. me dispensará todos estos pormenores, pueriles sin duda, pero los cuales no puedo recordar sin que esperamente mi emocion; yo omitiria hacer tan estensa relacion á un extraño; pero no tengo inconveniente en manifestarla á la religiosa amistad de aquel que mi padre llamaba su hijo.

No ocultaré la dicha que los tres experimentamos al vernos vestidos de

aquella manera; nuestra infantil industria y los servicios de aquellos árboles no se limitaron á esto solo. A fuerza de cortar la tela que nos suministraba estas plantas logré hacer pantalones que no entorpecieran nuestros movimientos; tambien construimos un para-sol.

Solo nos faltaba abastecernos de calzado; Jorge se encargó de buscarlo, y bien pronto cumplió su promesa. Cogió varios pedazos de borra de coco y consiguió con maravillosa inteligencia formar unos objetos semejantes á unas sandalias, tan ligeras como fuertes; las cintas para sujetar al pie este género de calzado, se encontraba naturalmente en los hilos del formio, y desde entonces, nada nos detuvo para dar nuestros paseos, y hacer mas largas escursiones.

Samuel, ya vd. comprende que nuestra situacion no era enteramente desgracia, puesto que teniamos alimento exquisito, merced á las frutas de los cocos y de las palmeras, á las bayas, y especialmente á los huevos de papagayos, los cuales cogia Jorge trepando por los árboles con la misma agilidad que los monos que poblaban aquella comarca: otra especie de huevos que hallamos á orillas del mar, completaron los deliciosos manjares de nuestra cocina. Si queriamos cocos, ya he dicho á vd. que no teniamos mas que poner fuego al pie del árbol que los producía; y en cuanto á los dátiles, Jorge inventó otro medio menos lento para adquirirlos. No bien veia una bandada de monos en la cima de las palmeras, ocupada en coger dátiles, tiraba piedras y daba fuertes gritos; los monos se ausentaban y salian corriendo arrojando en su confusion la fruta que habian recogido.

Nuestros dias se pasaban en los cuidados del trabajo, ya para proporcionarnos alimento, ya para mejorar nuestra morada, donde nada nos hizo falta, pues teniamos asientos de bambú cubiertos con hojas de palmas entrelazadas.

Todas las mañanas y todas las tardes empleabamos una media hora en rogar á Dios; cuando llegaba la noche eleváramos nuestra alma al cielo; donde nuestro padre velaba por nosotros pi-

diendo la misericordia celeste para su familia.

No hay duda que á esta singular proteccion debimos la grande serenidad que disfrutábamos, desterrados tan lejos del mundo y entregados á nosotros mismos. Si, yo debo decir á vd., Samuel, que en mas de una ocasion, he recordado en Europa el tranquilo desierto donde me he mecido muellemente en una hamaca de espató, sujeta por dos robustos árboles. ¡Cómo ser insensible á la profunda calma de estos bosques! ¡Cómo no sentir en el corazon desper-

tarse un sentimiento religioso y apacible delante de las magnificencias de la naturaleza!

Lady Sara interrumpió su relato.

—Es menester mas de una mañana añadió, para escuchar todas las aventuras de nuestro destierro en las costas del cabo Cuvier. Mañana volveré á tomar el hilo de mi narracion; hoy Samuel quedemos aquí.

Sara se levantó, y Samuel quedó sumamente conmovido de las singulares aventuras, cuya relacion habia escuchado. (Se continuará.)

ESTUDIOS RECREATIVOS.



LA ESPOSITA.

POR SIR ENRIQUE BERTHOUD.



CAPITULO I.

EL DESPACHO DE MENSAGERIAS REALES.

Serian las cuatro de la tarde poco mas ó menos, cuando al cabo de muchos dias de camino, entraba en la casa de mensagerias reales de Paris, la diligencia que iba de Bayona. Habia molestado demasiado á los viajeros el excesivo calor producido por los abrasadores rayos del sol que cayeran á plomo sobre la pesada máquina, mientras corría esta rodeada de una nube de polvo que levantaban sus ruedas. Asi es que los viajeros, y señaladamente las ocho personss que iban en la rotonda, no conservaban, por decirlo así figura humana. Sus vestidos se hallaban emblanquecidos por el polvo y exalaban el nauseabundo hedor de la tierra *silicia*; sus rostros encendidos estaban bañados de sudor y cubiertos de una irritante máscara; por último la necesidad de dormir, porque ¿cómo

dormir en semejante estufa? los hacia verdaderos objetos de risa y compasion. Indudablemente se debía de sufrir menos en el toro de bronce de Faléreo. Al parar la diligencia oyóse un unánime grito de alegría. Apresuráronse á salir los viajeros de este sitio de tortura, á estender sus molidos miembros y á sacudir un poco sus empolvados vestidos. Todos reclamaban con impaciencia sus bagages y el derecho de ponerse á la sombra. Unos pagaban al mayoral el precio de su asiento; otros procuraban libertar sus equipages de las pesquisas de los aduaneros; otros los hacian colocar en un simon ó los entregaban á los mozos de cordel.

En medio de esta agitacion solo una jóven permanecia inmóvil y aturdida. Durante todo el camino no habia cesado de prodigar sus cuidados con la mas inteligente y apasionada solicitud á una niña de unos tres meses que á sus pechos llevaba. Su ternura, su paciencia y la dulzura de sus maneras sencillas, al mismo tiempo que llenas de distincion natural, habian encantado aun á aquellos viajeros, á quienes los gritos de la criatura quitaban el poco reposo que en medio del cansancio y del

calor podían tener. Aunque al principio se quejaban, al fin asociaron sus cuidados á los de la madre, y la ayudaron por todos los medios que pudieron imaginar. Cuando el carruaje se paraba un momento, iban á buscar leche para la niña y frutos para la nodriza. Dos mugeres habían querido sentar en sus rodillas á la niña para que de este modo descansase la que la llevaba, pero esta no quiso separarse de ella un momento. No hacia en toda la jornada mas que contemplar á la criatura, si dormía, y consolarla si lanzaba gritos de dolor.

A las preguntas que á causa de la ociosidad, la curiosidad y la indiscrecion, hacen los viajeros á sus compañeros de camino, no contestó mas que diciendo, que iba á buscar á su marido que hacia ocho meses habia ido á París á encargarse de la direccion de una mina de que era capatáz. Una vieja comadre sentada frente á ella, reparó que al pronunciar confusa la palabra *marido*, se habia sonrojado rápidamente su pálido rostro.

Desde que el carruaje llegó á la barrera, la viajera cuya emocion y ansiedad iban visiblemente en aumento, no habia dejado de mirar por la portezuela para ver mas pronto á la persona que iba á buscar, y que segun decia debia estar esperándola. Afligiase al no distinguirla y las lágrimas se agolpaban á sus párpados desconfiando completamente de hallarla, por mas que le decian que todavia estaba el carruaje lejos de la administracion de mensagerias, en donde se solia esperar á los viajeros. No hacia mas que preguntar cuando llegaban á esta administracion. La travesía de la barrera á la calle *Montmartre* le pareció mas larga que todo el camino de Bayona á París.

—No bien le hubieron señalado los edificios y las mensagerias que con tanta impaciencia esperaba cuando se arrojó á la portezuela, dirigiendo á todos lados sus ávidas miradas, y no distinguiendo á persona alguna, comenzó á gritar:

—¡Esteban!... ¡Esteban!

Nadie respondió. Paróse la diligencia y la jóven bajó precipitadamente,

olvidándose en su turbacion de cuidar á la niña con las exageradas precauciones que hasta entonces le habia prodigado.

Atravesó la muchedumbre, corrió de uno á otro examinando todos los semblantes. La persona á quien buscaba no estaba allí.

La jóven levantó sus ojos hácia el reloj y preguntó á un mozo á que hora llegaba ordinariamente la diligencia; respondióle, que aquel dia, se habia retardado media hora mas de lo acostumbrado.

Un frio convulsivo corrió por todos los miembros de la infortunada. Apretó la niña contra su pecho, y pálida, vacilante, desesperada, fué á sentarse, ó mejor dicho, á caer en el banco que se hallaba á la entrada de las oficinas. Durante todo este tiempo, le habian entregado un pequeño cofre, que con un pañuelo de junco componia todo su equipage. Aproximáronse á ella el conductor y un aduanero. Este queria visitar el cofre y aquel recibirlo que faltaba, para cubrir el precio del asiento.

La jóven viajera, entregó su llave al aduanero, sin saber lo que hacia, y respondió al conductor, que no habia traído el dinero necesario para pagar su asiento, pero que la vendrian á buscar, y que pagaria su marido. Al decir esto, balbucieron sus labios, y sintió despedazársele el corazon, por que ya no esperaba que llegase á buscarla, aquel á quien habia venido á ver desde tan lejos, y á costa de tantas fatigas y padecimientos, aquel por quien todo lo habia sacrificado, hermosura, juventud, familia, deberes: ¡pasado, presente y porvenir!

El mayoral echó una mirada á la maleta que el aduanero abria y que cerraba algunos vestidos de muger, y ropa blanca de la niña; todo lo cual, no valia la mitad de lo que debia la viajera.

—Señora, le dijo bruscamente; es necesario que vuestro marido se apresure á venir, por que si no pagais el precio de vuestro asiento, os haré detener, y quedareis presa.

—¡Presa! repitió la jóven con desesperacion. ¡Oh! no hareis tal cosa.

—La haré como lo digo, replicó el mayoral. Yo soy pobre, y no tengo me-

dios para pagar los asientos de aquellos á quienes se les pone en la cabeza viajar de valde. Nadie se mete en la diligencia sin dinero ni dejándolo en su casa.

La jóven se esforzó en reprimir las lágrimas que se asomaron á sus ojos; ahogó los sollozos que sofocaban su pecho, y volvió á sentarse ocultando su rostro con el de la niña.

—¿En qué quedamos señora? exclamó algunos instantes despues el mayoral.

La viagera, quiso levantar la cabeza, pero faltáronle las fuerzas, y quedó sin movimiento y abismada en su dolor.

—Ya hace tres cuartos de hora que llegó la diligencia, y es necesario que me pagueis.... ¿lo oís?

Y diciendo esto, le llegó á la espalda brutalmente, sin duda, pero sin violencia.

La jóven levantó entonces la cabeza, y dejó ver un semblante, tan pálido, tan descompuesto por la desesperacion y los padecimientos, que el mayoral se sintió compadecido de ella.

—Pero tambien yo tengo hijos, dijo el mayoral dulcemente, y como para escusarse: setenta francos es una suma bastante considerable, para que yo la pueda perder.

La jóven quiso responderle pero prorumpió en sollozos, y las lágrimas corrieron por sus mejillas.

—¡Dios mio! ¡Dios mio! ¿no tendreis piedad de mi niña?

—Ea, señores, dijo el mayoral: consiento en perder diez francos. Haced una suscripcion para pagarme en vez de la señora, que está para llorar mas bien que para rehusarlo; yo respondo de todo.

Apenas fué hecha esta proposicion, todos se apresuraron á secundarla. Hasta el aduanero echó entre las monedas de cinco francos una de dos, ofrenda tanto mas sublime, cuanto que era la limosna que hacia uno casi tan pobre como la desgraciada á quien socorría.

—¡Bien! exclamó el mayoral, ya estamos demasiado ricos, siete francos sobran.

Arrojó el dinero sobrante en la falda de la jóven, insensible, á todo lo

que á su alrededor pasaba y le dijo bondadosamente:

—Ea; ya podeis iros, nada me debeis.

La jóven le miró sin comprender lo que le decia, ni ver las monedas de plata que habian echado en su delantal.

El mayoral, repitió que estaba libre.

—Es necesario que espere aqui; respondió.

—Pero querida señora, ¿cuánto mas prudente no seria que fuéscis á buscar á esa persona, en vez de quedaros con vuestra hija en la casa de mensagerias?

—No sé donde vive la persona que aqui me debia esperar.

—Pero ¿no habeis dicho que era vuestro marido?

—Sí, respondió bajando sus ojos llenos de lágrimas.

—¿Pero, replicó el mayoral, á nadie conoceis en Paris?

—A nadie.

—¿Os ha escrito vuestro marido que vengais á buscarle?

—Yo le anuncié el nacimiento de nuestra hija, y el estado de abandono en que me dejaba mi familia; añádle, que sino queria que esta pobre niña, quedase sola en el mundo, era necesario, que se apresurase á tomarla bajo su proteccion; por que mi leche, es fatal á ese ángel; estoy enferma del pecho, y muy poco tiempo me queda de vida.

—¿Y él, os contestó?

—No: mi carta quedó sin respuesta.

Entonces le escribi de nuevo, noticiándole que me ponía en camino, y designándole el dia y la hora en que debia llegar, y partí.

—¿Adonde dirigiais vuestras cartas?

—A casa de sus amigos, calle de Ayunadores, número 17.

—¿Cómo se llaman ese amigo?

—Jaime Dorthiez; ponía en el sobre las iniciales de mi marido *E. R. Esteban Robert*.

—La calle de Ayunadores está dos pasos de aqui: corro á prevenir á vuestro marido, dijo el mayoral.

Marchó pero tristemente convencido, de que su viage era inútil. En efecto hacia cuatro meses, que Jaime Dorthiez habia dejado la casa, sin que hubiese vuelto á parecer. Muchas car-

tas le habian sido dirigidas de Bayona, pero no habian llegado á sus manos, por que habia desaparecido una mañana, sin pagar su alquiler.

El mayoral volvió á anunciar á la forastera tan tristes nuevas.

—Credme añadió: dejad la oficina de las mensagerías, he idos á alojar á la casa que voy á indicaros; la noche aconseja, y mañana os avisaré lo que debeis hacer.

—¡No me queda mas que morir! dijo la jóven. ¡Dejadme morir!

—Pero... ¿Y vuestra hija? mi querida señora? Es preciso que tengais valor por ella.

—¡Mi hijal! ¡Mi hija! ¡Ah! Dios mio! ¡Dios mio! ¿No tendreis piedad de mi niña? ¿De una criatura que quedará sin padre; de una criatura abandonada; de una criatura cuya madre va á morir!

—¡Ea! Venid: mañana os iré yo á ver, y examinaremos si hay algun medio de que salgais de aquí, ó halleis á vuestro marido.

—No: me quedaré aquí, quiero esperarle.

—Pero si no sabe que habeis dejado á Bayona.... si no ha recibido vuestra carta.

—Quiero esperarle aquí: respondió la jóven obstinada por la desesperacion y la locura: quiero esperarle: él no me puede abandonar de este modo.

Inclinóse sobre su niña: la estrechó con dolor entre sus brazos, y asida fuertemente al banco en que se hallaba sentada, repitió:

—¡Quiero esperarle! ¡Quiero esperarle!

En este momento dieron las seis en el reloj. El mayoral despues de nuevas tentativas para llevarse á la forastera, desesperanzado de convencerla se marchó conmovido y triste.

—Volveré á la noche, dijo entre sí, y si aun la hallo aquí, será necesario que me siga, porque es natural que la noche ponga término á su obstinacion.

Mientras tanto entraban y salian carruages en la casa de mensagerías con el estrépito y la confusion consiguientes á la llegada y partida de numerosos viajeros. Si alguno reparaba en la pobre muger dormida sobre su niña, lo

hacia de prisa y sin atender seriamente. Los empleados en sus tareas y siempre en movimiento, olvidaron la escena de que poco há habian sido testigos. La forastera se quedó, pues, en la oficina. A la noche, el mayoral que habia contado á su familia esta triste aventura, volvió para saber lo que habia pasado á la desgraciada, víctima de una baja seducion y de un abandono aun mas cruel. Hallóla en el mismo sitio, en el mismo banco, en la misma actitud que la habia dejado.

—Señora, le dijo con dulzura: es absolutamente necesario que salgais de aquí, y que deis mejor asilo á vuestra hija: la humedad de la noche puede hacerle mucho mal.

La jóven no respondió.

—Ea, ¡valor! Vamos: por vuestra niña.... dadmela y venid.

Quiso tomar la pobre criaturita: la madre la tenia fuertemente sujeta entre sus brazos. El mayoral hizo con precaucion un nuevo esfuerzo.

La forastera cayó pesadamente á sus pies, y sus labios y su seno estaban cubiertos de sangre.

El mayoral se bajó hácia ella: quiso levantarla; pero sintió que sus manos y su cara estaban frias y yertas. La niña tambien habia quedado sin movimiento; pero pronto se reanimó con el calor del conductor que la abrigaba en su seno, y arrojó un lastimero grito.

En París á cualquiera cosa que sucede, millares de curiosos que parece que la tierra brota, se reunen con una prontitud casi inesplicable. No habian pasado dos minutos, cuando trescientas personas á lo menos, llenaban ya el despacho de mensagerías, y oficiosas iban á buscar á toda prisa al médico y al comisario de policia, actores indispensables en todo drama público.

El médico consultó el pulso parado de la pobre muger, y ordenó que se apartara la gente de un lado para que entrase el aire; pero en vez de obedecerle los curiosos se agolparon aun mas de lo que estaban. Despues intentó sangrarla, pero en vano: nada pudo volver la vida á la desgraciada; estaba muerta. Ya no quedaba mas que dos formalidades que cumplir: el proceso verbal del

médico y la intervencion del comisario. Pusieron manos á la obra cada uno por su parte y se disponian á retirar el cadáver, creyendo que todo estaba concluido: pero el drama se hallaba en su primer acto: oyóse una voz que salia de la turba y que decia:

—¿Y la niña?

—¿La niña? repitió el comisario: ¿la niña? ¿esa pobre muger ha dejado una niña?

—La criatura que aqui veis, dijo el mayoral, poniéndola en la mesa que habian llevado para que escribiese este suceso el comisario.

Este, con la costumbre de las formas legales y conforme á la rutina oficial, hizo sus preguntas á los testigos y añadió una anecsa á su proceso verbal. Ya habia procedido á la apertura del cofre de la difunta, y habia buscado, aunque en vano, documentos que pudiesen revelar su nombre. Dos cartas sin sello, sin sobre y con la sola firma de *Esteban*, no daban seña alguna. Levantóse para marchar cuando una voz volvió á preguntar.

—¿Y la niña? ¿Qué queréis se haga de ella?

—¿La niña? repitió el comisario: que se lleve al hospicio de niños expósitos.

A estas palabras sintió el mayoral que su corazon se oprimia y momentáneamente le asaltó la idea de no abandonar á la caridad pública una criatura que la casualidad habia puesto en su carruaje: pero reflexionando que ya tenia cuatro hijos, se alejó dando un suspiro.

Por orden del comisario tomó un alguacil la niña en sus brazos y se dirigió hácia la calle del Infierno. La pobre criatura apenas dió señales de vida durante este largo espacio y sus quejidos no fueron notados del alguacil que marchaba indiferente, fumando su pipa, y que hallaba demasiado largo su viage. Llegó al fin, depositó la niña y el proceso verbal del comisario en manos de la superiora de la comunidad y se apresuró á regresar á su casa.

El hospicio de niños espósitos es un edificio de aspecto sombrío, que se eleva al fin de la calle del Infierno. En otro tiempo bastaba poner á las cria-

turas en un torno que habia en una ventana de la casa y hacerlo girar para que dentro lo recogiesen: pero ahora para recibir á un niño se necesita un proceso verbal del comisario de policia, en que conste que la desgraciada criatura ha sido espuesta ó abandonada.

Asi es, que si rigorosamente se hubieran seguido las formalidades prescriptas por los reglamentos de policia el niño abandonado debia esperar allí desnudo y sobre la helada piedra, hasta que se llenasen las formalidades legales. ¿Porque no se deja el proceso verbal para despues de la recepcion del niño? ¿Queréis saber los resultados producidos á favor de los huérfanos por esta adopcion tan difícil, y á la que se ha creído que deben acompañar nuevas formalidades? Por cada siete muerendos, en los diez primeros dias.

Cuando la niña (designada por el comisario con el nombre de *Maria Esteban* en el proceso verbal) fué entregada á la superiora se colocó en una cuna de cortinas blancas, lechos comunes á estas victimas de la miseria ó de la corrupcion.

Viéndola la hermana en aquel estado, envió prontamente por un sacerdote para que la bautizase, con el fin de salvar al menos el alma, ya que el cuerpo no daba esperanzas de vida.

CAPITULO II.

LA NODRIZA.

Mientras pasaba esto en París, en la casa de mensagerias reales, el médico de Wancourt, pequeña villa del Artois despues de haber recorrido los lugares de los contornos, espoleaba á su caballo con grande é inusitada prisa. Por lo regular, despues de haber cumplido con los deberes que su profesion le imponia, daba la vuelta al paso y con su sombrero quitado para gozar del fresco de la tarde, que le compensaba de la fatiga y del calor que durante el dia habia tenido. Pero la tarde de que hablamos, en vez de entregarse al buen *far niente*, aguijoneaba con viveza su cabalgadura. Cuando llegaron frente á la

casa del doctor, hubo una corta pero enérgica lucha entre caballo y caballero. Quería aquel entrar en la cuadra, al paso que este pretendía pasar adelante. La victoria, algún tiempo indecisa, se declaró por el médico, y el caballo de buen ó mal grado obedeció, y condujo á su amo al medio del pueblo y delante de una miserable cabaña. Al llegar el médico, salía un eclesiástico de esta casa.

—¿Que tal? señor cura, dijo el caballero: ¿se alivian algo esas pobres gentes?

El cura levantó lo ojos al cielo, suspiró y dijo:

—Se hallan en un estado capaz de partir el mas empedernido corazón. Los ha sometido Dios á muy difíciles pruebas. ¡Dígnese de sostenerlos su misericordia!

Mientras esto decía el cura, el médico echaba pie á tierra, y seguido de aquel entró en la cabaña. No había mas luz en la única pieza que componia toda la casa que la que daba una lámpara de hierro, colgada del techo. A su pálida y vacilante claridad, pudo ver el doctor un hombre que ocultando su cabeza entre sus manos, estaba cerca de una chimenea apagada. Su muger iba de acá para allá intentando prepararle una cena inútil, por que sabía muy bien que nadie en aquella casa tendria aliento para llevar á los labios un solo pedazo de pan. Agitándose de este modo cedió mas bien á un sentimiento de costumbre, que á una voluntad bien determinada. Metió en el armario lo que acababa de sacar, y se detuvo para mirar una cuna vacía colocada al pie del lecho. Entonces los sollozos salieron de su pecho y de sus labios, y sintiendo que le abandonaban sus fuerzas, se sentó para no desfallecer. Esta muger sería de unos cuarenta años, y sus facciones regulares que en su juventud debieron de haber tenido gran hermosura, se hallaban á la sazón ajadas por las fatigas y los pesares.

—¿Qué es eso, Felipe? dijo el médico con tono compasivo y amistososo, ¿ese es todo el valor que teneis?

El infeliz levantó su cabeza é hizo ver un rostro pálido é hinchado por las

lágrimas. Quiso responder, pero alterada su voz no pudo proferir mas que un gemido.

—Es necesario pedir á Dios resignacion para conformarnos con su santa voluntad, hijo mio, añadió el cura.

El pobre hombre movió la cabeza con desesperacion y exclamó:

—¿Cuatro hijos en ocho meses! ¡No quedar en esta casa mas que Magdalena y yo! Dios nos debía haber llevado tambien.

—Espero que pronto lo hará: interrumpió con voz alterada Magdalena; ¿eso es lo que yo le pido! Al menos hallaré mis hijos en el cielo.

Fueron pronunciadas con tanto dolor estas palabras, que el médico se vió obligado á recurrir á su caja de polvo para recobrar algo su sangre fria. Cogió el brazo de la desgraciada madre, consultó su pulso y le hizo algunas preguntas sobre su salud, á las que contestó Magdalena como se contesta á cuestiones indiferentes que apenas se escuchan.

—Es necesario que cuideis de vuestra leche, Magdalena, dijo el médico.

—¿Mi leche? preguntó la infortunada madre, ¿no es verdad que puede subirseme y ahogarme? Tanto mejor.

—¿Y dejareis á vuestro marido solo, sin consuelo! No está bien eso que decís, Magdalena: no hablais ni como esposa ni como cristiana. Escuchadme, seguid mis consejos y os hallaréis bien. Dios se ha llevado toda vuestra familia. Pobre madre: ¿qué vais á hacer en esta casa desierta? Yo en vuestro lugar tomaria un niño para criarlo.

—¿Dar á otro la leche que daba al que esta mañana se enterró! Nunca, caballero.

—Seguid mis consejos y os vendrá bien.

—Si, dijo Magdalena con amargura: nutriré con mi leche otro niño. Día y noche velaré á su lado; me pegaré á él, le amaré y una mañana me lo vendrán á quitar, y volveré á quedar sola en el mundo, como ahora lo estoy.

No; Magdalena: escuchadme y no comenceis á llorar como teneis de costumbre. Mañana sale de la villa vecina el carruaje en que van las nodrizas

para buscar en París niños del hospicio que criar. Marchad con ellas y la distraccion y el movimiento del viage os serán saludables desde luego. Después traeréis una criatura que mas adelante podéis conservar si Dios no os dá otros hijos. Entretanto recibireis el salario de las nodrizas, que por corto que sea, os ayudará en vuestra pobreza.

—El señor doctor os hace una excelente proposicion, y yo, amigos míos, os aconsejo que la acepteis.

—¿Y qué será de mi marido, señor cura, durante mi ausencia? ¿Le he de dejar solo?

—Necesito un jardinero por diez ó doce dias. Felipe puede venirse conmigo, y mi ama de gobierno lo cuidará, por que ya sabeis que estima á las gentes honradas.

Magdalena traspasada de dolor, sin fuerza, sin resistencia posible, cedió, y casi mal de su grado prometió partir al siguiente dia.

—Yo vendré á buscaros con mi cabriolé: tengo que ir á Arras: iremos juntos todo el camino. Buenas noches: hasta mañana.

Salieron de la cabaña los dos consoladores, y al dia siguiente al amanecer se hallaban el médico y su carruaje á la puerta de los desgraciados aldeanos que no se habían acostado. Magdalena subió silenciosamente al cabriolé. A las dos el médico lo tenia todo compuesto. El inspector encargado del servicio de los niños espósitos, habia admitido á Magdalena, la cual partió con las demas mugeres.

Cuatro dias despues un largo carruaje entraba en París, en el hospicio de niños espósitos. Bajaron de él ocho mugeres á las cuales se dieron ocho criaturitas, que llevaban unas medallas de plomo con un número de orden, pendientes del cuello en tiras de cuero.

Cuando una religiosa colocó en los brazos de Magdalena el número 6045, su primera intencion fué volver la desconocida criatura á la hermana que se la entregaba y tornar sola á la aldea, por que en aquel momento desgarraba su corazon con mas amargura que otras veces el recuerdo de la hija que habia perdido. Reemplazar su sangre con un

extraño le parecia un verdadero sacrificio. Pero cuando escuchó los lastimeros gritos de la pobre criatura, cuando acercó á su pecho la boca ardiente y hambrienta de la espósa, que no tenia mas proteccion en el mundo que la piedad comun de un hospicio, la idea de repulsion que poco antes le habia asaltado, huyó de ella y dió lugar á un sentimiento de ternura que se apoderó de su corazon.

Cuando preguntó Magdalena, el nombre de la infortunada criatura, le contestaron que se llamaba Maria.

¡Maria! ¡el nombre de su hija!

Algo de providencial habia en esto, á lo menos para un corazon desconsolado y sencillo como el de Magdalena. Al oír el nombre de Maria dejó caer una lagrima en la frente de la pequeña criatura y besó sus labios. Por nada en el mundo se hubiera querido ya separar de su hija adoptiva.

El carruaje que habia conducido á las nodrizas, muy pronto se volvió á poner en camino, llevando á aquellas con los niños que se les habian entregado. Parecia á Magdalena que caminaba lentamente, porque creia que tardaba en enseñar á Felipe la niña que Dios le habia dado. Le habian contado la historia de la desgraciada criatura. Sabia que su madre habia muerto y que su padre la habia abandonado miserablemente. Por consiguiente nunca iria persona alguna á reclamar la huérfana á sus padres adoptivos. La pobre muger á fuerza de imaginarse que la niña no tenia en el mundo mas que á ella que la amase, á fuerza de repetir el nombre de Maria, meciendo á la niña en sus rodillas y nutriéndola con su leche, llegó á formar una verdadera ilusion, que la realidad no interrumpia sino en raros intervalos. Asi, cuando Felipe sentado tristemente en el umbral de su cabaña, vió llegar á Magdalena casi corriendo y llevando en sus brazos una criatura, á quien daba el nombre de Maria, no pudo menos de concebir una idea de repulsion respecto á la madre que se olvidaba de sus hijos. Una hora despues él mismo tenia en sus rodillas á la recién salida del hospicio; la mecia murmurando una can-

cion y la colocaba dormida en la cuna que habia permanecido vacia por espacio de dos semanas.

Poco á poco é insensiblemente los dos infortunados aldeanos amaron á la niña con toda la fé y la pasion de unos buenos padres. Felipe cuando volvia del campo, se sentia aliviado del cansancio con la sonrisa de María ó con lo que de ella le contaba Magdalena. Cada día se verificaba un suceso de gran importancia en la vida de estas honradas gentes, que producía esa indecible alegría, que solo puede comprender un padre ó una madre. María habia tartamudeado la palabra mamá, decia Magdalena, cuya imaginacion habia escuchado este dulce nombre en los confusos murmullos de su hija adoptiva. Otra vez habia tendido sus manos y cogido un objeto: mas tarde lo que cogía era su chupador que lo llevaba á sus lábios. Mas tarde llegó la denticion, ese drama en que continuamente se pasa de la inquietud á la alegría, de la ansiedad á la dicha. La niña apesar de su endeble complexion, resistió felizmente á tan peligrosas pruebas, y al año justo de haber llegado á la aldea, la vió Felipe una mañana andar por sí sola é ir hácia él vacilando y con los brazos estendidos.

Difícil era decir cual de los aldeanos amaba mas apasionadamente á María. Nadie entraba en la cabaña que no escuchase largos cuentos acerca de su precoz inteligencia y de su gracia. María estaba vestida con cierta delicadeza y gracia por su madre adoptiva, que nada encontraba bastante hermoso para ella. Felipe nunca volvia á su casa sin llevar alguna cosa para su hija, como él la llamaba, la cual lo esperaba con inquietud en el umbral de su puerta. Lo que el aldeano le llevaba era una fruta, un pajarillo ó algun juguete comprado á un vendedor ambulante. ¡Era necesario verla vestida con una bata de tela y su pequeña cara encarnada y blanca, ajustada en uno de esos gorros redondos que tan bien sientan á los niños! Estaba para devorarla á besos: asi es que ejercia en el aldeano y su muger la tiranía de un niño de buen natural que sus padres miman, y á quienes con-

viene la frase italiana *il padrone de casa* (el amo de casa) con que los criados milaneses designan á los hijos de sus señores. Efectivamente nada se hacia en la cabaña que no fuese por María y para María. La felicidad habia vuelto á esta desconsolada familia, y cuando el cura ó el médico iban á verla, salian tranquilos y contentos porque acababan de ver dos personas dichosas.

(*Se concluirá*).

FALTA. Nunca digas: esta falta es leve, me la puedo permitir sin cuidado. Nunca digas: este hecho de virtud tiene poco importancia, bien puedo omitirle.

Séneca.

La mayor desgracia para el hombre, es incurrir en falta, y tener de que arrepentirse.

La Bruyere.

FATUIDAD. El presumido es tenido por los necios por hombre de mérito.

Idem.

No me gustan los hombres á quienes no puedo saludar antes que me saluden, sin envilecerme á sus ojos, y sin hacerles creer que participo de la buena opinion que tienen de si mismos.

Idem.

FIGIMIENTO. El fingimiento es el arte de arreglar las palabras y las acciones con mal fin.

Teo frastes.

Apártate por un instante del hombre airado, y huye para siempre del que finge.

Confucio.

El fingimiento es una impostura premeditada.

Vauvenargues.

FELICIDAD. La felicidad es como los relojes, los menos complicados son los mas seguros.

Chamfort.

MUGERES CELEBRES.

MARIA ESTUARDO.

I.

LA CARTA DEL CARDENAL DE LORENA.

No es necesario estar muy versado en los pormenores de la historia de Inglaterra para saber el desastroso fin de esta esclarecida princesa; su tormentosa vida experimentó las fatales consecuencias de aquella sangrienta revolución, de aquel horrible periodo en que millares de hombres abjuraron la fe católica en Inglaterra para entregarse á todo género de maldades; la violencia, el encono, la intolerancia y el mas feroz despotismo, ejercieron su siniestro influjo en la vasta comarca de los bretones. Maria Estuardo, reina de Francia y de Escocia, hija de Jacobo V, y de Maria de Lorena, nació en 1542 en el castillo de Linlithgow, y por fallecimiento de su padre fué reina desde la cuna; á los cinco años de edad fué trasladada á San German en Laya y recibió la educación en un monasterio: á los diez y seis años dió la mano de esposa á Francisco II, y le saludó con el nombre de rey de Escocia, tomando ella el de reina de Inglaterra é Irlanda, á la vez que protestaba contra los derechos de Isabel. Murió su esposo sin dejar sucesión. El establecimiento de la reforma trastornaba los dominios de la gran Bretaña, y Maria creyó sacar partido de esta division; pero Isabel le instó para que hiciese renuncia de todos los derechos á la corona de Inglaterra, y Maria respondió que no la hacia sin tomar parecer al parlamento de Escocia. A pesar de la negativa de Isabel, Maria logró penetrar en Leith el 6 de agosto de 1561. Casóse en segundas nupcias con Enrique Darnely, su primo dió á su nuevo esposo el

título de rey, y este instigado por violentos celos mandó asesinar á un tal David Rizzio favorito de la reina la cual quedó como prisionera. Maria dió á luz un niño en Edimburgo, el 19 de junio de 1556, y este nacimiento que daba un heredero á su trono, enfureció á la reina Isabel que exclamó:

—¡La reina de Escocia es madre y yo soy un árbol estéril!

Maria se vió obligada á ceder la corona á su hijo y nombrar regente á su mayor enemigo, y buscando un refugio en Inglaterra solo halló una prision en el castillo de Fortheringay, esperando por instantes un término fatal á su azarosa existencia.

En esta prision, aunque espaciosa, continuamente triste y solitaria, veremos á Ana Kennedy, nodriza de Maria, que situada delante de un armario, quiere impedir que le abra Amias Paulet, guarda de la ilustre prisionera.

—Apartaos, esclama Kennedy, apartaos, miserable; respetad el recinto de una reina desgraciada.

—¿Y quien eres tú para impedirlo? Yo quiero ver lo que ese armario contiene; he de lograrlo, y se estrellarán tus obstinados esfuerzos ante el imperio de mi brazo; aparta desgraciada.

Y diciendo esto la separó con violencia del sitio que ocupaba, abrió el armario y sacó una cajita: miró con risa sardónica á la fiel nodriza de Maria y la dijo á tiempo que abría el cofrecito.

—¿De donde proceden estas alhajas?... Esto es sin duda para sobornar á los enemigos que han prometido sacarla del castillo, ¿no es verdad? Pero no, esos traidores, ignoran sin duda que Paulet es un perenne espía de los menores movimientos de la prisionera. No sabia yo que esto estaba tan guardadito.

Paulet llamó á uno de sus servidores, le dió la cajita, y continuó.

—Esto lo colocarás donde existen los demas efectos de la destronada de Escocia.

El servidor se ausentó y Paulet prosiguió registrando el armario con calma perseverancia. Al cabo de un rato estrajo unos papeles, y mirando á la nodriza con su falsa risita de costumbre, la interpeló nuevamente.

—¿Qué es esto Kennedy? ¿Qué nuevo hallazgo es este?

—¿Os asusta?

—No me asusta; me sorprende, y veo que toda mi vigilancia es peca, y por lo tanto pienso en adelante emplear nuevos medios para inutilizar los ardides de esta muger.

—Los papeles que acabais de sacar de ese armario, no contienen nada de particular; son escritos insignificantes que ninguna relacion tienen con la politica.

—¿Pues qué contienen estos papeles?

—Plegarias al Supremo Hacedor; legamentos que dirige al Altísimo en los momentos de su terrible soledad; todo el mundo la abandona; no tiene mas amigos que Dios, y á él dirige sus fervientes súplicas.

—Súplicas inútiles, respondió Paulet guardándose los papeles.

—¿Quién creyera, interrumpió Kennedy, que una reina acostumbrada desde su infancia á cruzar espaciosos y lujosos salones, se viese encerrada entre estas mugrientas paredes? La reina de Escocia siempre rodeada de nobles y valientes caballeros, hoy reducida á la humilde sociedad que puede proporcionarle su fiel nodriza.

—Del mismo modo era tratado su esposo en Sterlyn, mientras ella asistia á opiparos banquetes para beber en copas de oro con su amante.

—¿Calumniador!

—¿Calumniador me llamas? Di cuanto quieras Kennedy, pero bien sabes que tengo razon, y que merece el duro castigo que se le impone.... ¡Oh! maldito el día en que llegó á este suelo hospitalario.

—¿Qué hospitalidad ha recibido mi reina en Inglaterra? Ella ha venido en ademán suplicante pidiendo socorro á una hermana, y esta en vez de conce-

dérselo la ha aprisionado, ultrajando su decoro y su dignidad de reina; y despues de haber sufrido la amargura de este encierro insoportable, se vé como un criminal cualquiera, obligada á comparecer delante de un tribunal incompetente.... ¡Una reina!

—María Estuardo, respondió Paulet con voz alterada, ha venido á Inglaterra, espulsada del trono que manchó con sus acciones; ha venido á hacernos católicos, y á entregarnos á los franceses. En fin, si tanto le molesta el encierro que sufre, con un rasgo de pluma puede abrirse las puertas de este calabozo.

—¿Cómo? ¿Por qué lo decis?

—Lo digo, contestó Paulet, porque tu reina ha rehusado suscribir al tratado de Edimburgo, que la manda abdicar sus pretensiones al trono de Inglaterra, y cuando se niega á firmar, es porque prefiere vivir encarcelada á renunciar al vano brillo del título de reina, y esto hace creer con fundamento al que reflexiona, que Maria Estuardo tiene confianza en sus ardides y en sus tramas, y que por medio de sus culpables artificios, espera conquistar desde el fondo de esta lóbrega mansion, el trono de Inglaterra.

—Os burlais, sir Paulet, respondió Kennedy. ¿Cómo pudiera sustentar semejantes esperanzas una muger abandonada de todo el mundo, la que no vé otro semblante que el del inhumano carcelero? ademas, desde que ha venido vuestro sobrino, se ha duplicado la vigilancia, y se han aumentado los cerrojos.

—No Kennedy, no hay cerrojos contra los ardides. ¿Quién sabe si durante mi sueño, se barrenan las puertas, y se liman los candados? ¡Que maldito empleo me han confiado! El temor no me deja dormir tranquilo, y ando continuamente como un alma en pena, cruzando los aposentos, revisando las puertas.... Oh, yo espero que esto tendrá un término.

Kennedy que sintió en este momento ruido de pasos, volvió la cara y exclamó:

—¿Aquí viene mi reina!

Con efecto, se acercaba Maria Estuardo, que al cabo de un rato se presentó

delante de los acalorados interlocutores. Sobre un vestido blanco de rica tela, ceñía otro de terciopelo negro abierto por delante formando anchos y uniformes pliegues desde la cintura, la cual oprimía graciosamente con un elegante cordón de seda. Adornaban su hermoso rostro dos gruesos tirabuzones de cabello ensortijado; brillaba en su tersa y reluciente garganta un magnífico collar de piedras preciosas, y en sus torneados brazos dos lujosas y brillantes pulseras. Cuando Kennedy la vio llegar se precipitó en sus brazos sollozando, y la reina queriendo saber la causa de aquella extraña emoción, preguntó á su fiel nodriza lo que sucedía. Esta la refirió la impudencia de Paulet, que la despojaba de sus últimas alhajas y de sus escritos; pero María, con una virtuosa resignación que contrastaba con su carácter de reina, respondió á su desconsolada amiga.

—Tranquilízate Kennedy; no llores. No son los adornos los que me hacen reina; he aprendido á sufrir en Inglaterra, y nada me agita, nada me conmueve. Sir Paulet, continuó dirigiéndose á su carcelero, entre los papeles que me habeis arrebatado hay una carta dirigida á la reina Isabel, la cual iba á poner en vuestras manos, para que se la entregárais. Os suplico que me hagais este favor.

—Lo pensaremos, señora, contestó Paulet con sequedad, ignoro el contenido de la carta.

—Solicito en ella tener una entrevista con la reina; me quieren conducir á la presencia de un tribunal que bajo ningún título puedo reconocer, y quiero evitarlo; Isabel es vástago de mi familia, es de mi rango, de mi sexo; como reina, como hermana, como muger, á ella sola debo participar mis quejas.

Paulet hizo un gesto de desaprobación, y con aquella importancia que daba siempre á sus razonamientos contestó:

—Señora, vos habeis puesto vuestra confianza en otro tiempo en hombres que no eran tan dignos de ella como los que van á juzgaros.

—Aunque agradezco vuestras reflexiones, repuso María, las conceptuo en-

teramente inútiles en este momento. Pido además otro favor: hace mucho tiempo que me encuentro privada de los consuelos de la religión; la que me ha arrebatado la corona y la libertad, la que amenaza mi vida, no tiene derecho á cerrarme las puertas del cielo.

—El capellan del castillo vendrá cuando yo se lo mande.

María dejó aparecer en su semblante un signo violento de enérgica reprobación.

—¡No! exclamó inmutada; no quiero ese capellan; quiero un sacerdote católico. También deseo, sir Paulet, que venga un notario á fin de dictarle mis últimas disposiciones, pues ya me considero como una moribunda.

—Haceis muy bien, señora; esa idea está muy conforme con vuestra situación.

Y diciendo esto hizo un ademán como para ausentarse, á tiempo que apareció un joven de gallarda presencia, que mirando á la reina de Escocia con afectada altivez, sin saludarla se aproximó á Paulet y le dijo con voz áspera y disonante:

—Señor, fuera os aguardan. Y sin hacerel menor saludo se ausentó.

—Bien está, sobrino mío, respondió Paulet.

—¿Es sobrino vuestro ese joven? preguntó María.

—Sí, señora, mi sobrino, y se llama Mortimer.

—Tan cruel es como vos: desde que ha venido al castillo se ha duplicado la vigilancia y me tratan con mas rigor.

—Mi sobrino viene de Paris, ha estado en Reims, sabe lo que pasa, y ha traído un corazón de verdadero inglés. Es astuto como el mismo diablo, y el individuo á quien solo puedo confiar la guarda del castillo.

Paulet volvió bruscamente las espaldas y siguió las huellas de su sobrino. Un momento despues, María y la nodriza pasaron á otra habitación del castillo un poco mas adornada que las demas, y donde la prisionera pasaba sus horas de meditación, bien mirando un pequeño crucifijo de marfil que siempre llevaba guardado en su seno, bien conten-

plando las armas de Francia, cuyas flores de lis miraba regocijada, ocultando el escudo que las contenía cuando sentía pasos de gente que se aproximaba a su humilde aposento. Ana Kennedy, cuando la veía entrar en este recinto, se alejaba con el objeto de no interrumpir sus profundas meditaciones, y á fin de dejarla gozar con el triste placer que proporcionan los recuerdos de una



felicidad lejana. Ocioso es manifestar que esta vez también quedó sola María en su habitación: miraba las armas de Francia, cuando un ruido de espuelas le hizo volver la cara y quedó sorpren-

didada al verse delante del sobrino de Paulet, de Mortimer, del joven á quien tanto detestaba.

—¿A quién buscáis? preguntó la prisionera con dignidad.

—A vos, señora.

—Yo mando que os alejeis y respeteis mi soledad, sir Mortimer.

—Yo obedeceré con gusto, despues que hayais leído esta carta, contestó sacándola.

—No quiero verla, ausentáos, y si os obstináis, escribiré á Isabel para que castigue vuestro atrevimiento.

Maria cogió la pluma para escribir lo que decia, però Mortimer se echó á sus pies, y presentando el papel que llevaba, exclamó con acento dulce y suplicante.

—V. M. no ha comprendido á su jóven carcelero; reparad esa carta, y ella os dirá todo cuanto deseais saber.

—¿De quien es esa carta?

—De vuestro tio el cardenal de Lorena.

—¡Ah! exclamó Maria sobresaltada. ¿De mi tio? Venga ese papel.

Y le asió con la mayor ansiedad, y en seguida leyó lo siguiente:

«Poned vuestra confianza en sir Mortimer, que es el único amigo fiel, que tenéis en Inglaterra.»

Maria miró con sorpresa al dador de tan inesperado escrito, y despues de un momento de reflexion, dijo:

—¿Es posible? ¿Es un sueño lo que ve o? ¿Un amigo tan cerca de mí, el único amigo, aquel á quien yo miraba como mi enemigo mas encarnizado?

—Perdonadme, señora, repuso Mortimer con humildad; fué preciso ponerme una máscara tan odiosa para lograr mis deseos. Esa máscara me acerca á vos, y me facilita los medios de conseguir algun día vuestra libertad.

—Levantáos, dijo Maria á Mortimer que aun permanecía arrodillado. ¡Oh! de cuán diferente manera os estoy mirando ahora; hace un momento que os detestaba, y ahora os considero como al ángel de mi salvacion, pues de repente me haceis pasar desde el abismo del dolor á la mas lisonjera y consoladora esperanza. Hablad, hablad, Mortimer; hacedme sentir esta dicha para que yo la crea.

—Señora, yo tenia veinte años cuando comencé á viajar, abandoné las perniciosas predicaciones de los puritanos y pasé á Roma, visité los templos cató-

licos, exaltaron mi espíritu los sacrosantos dogmas del cristianismo, y comprendi los errores de mis sistemáticos compatriotas, por lo que desde aquel instante juré un ódio eterno á la estrecha y sombría interpretacion de la escritura. Me asocié con algunos nobles escoceses y varios franceses, los cuales me presentaron á vuestro noble tio el cardenal de Guisa.

—¡Ah! interrumpió Maria con emocion, ¿con que habeis visto el rostro de ese hombre sublime, del hombre que ha sido el guia de mi tierna juventud? ¿Se acuerda de mí?

—Este hombre maravilloso, continuó Mortimer, me condujo á un aposento donde lo primero que se presentó á mis ojos fué el retrato de una muger de un encanto celestial. Miré aquel cuadro con emocion y mi vista no podia separarse de él. —¿Quién es esta muger? le pregunté.—La mas hermosa de las mugeres, pero tambien la mas desgraciada, me respondió.—¿Dónde está? volví á interrogar.—Prisionera en vuestra patria, me contestó.—¿Cómo se llama?—Maria Estuardo.

—¡Oh! corazón leal... exclamó Maria.

—Supe vuestra infortunada historia, vuestros sufrimientos, y prometí arrancaros de tan horroroso cautiverio, libertándoos del suplicio que os preparan.

—¿Cómo! ¿Será posible?

—Vuestra sentencia está ya pronunciada; cuarenta y dos jueces os han declarado culpable; la cámara de los lores y la de los comunes tratan de abreviar los procedimientos....

—¿Y no se horrorizarán de conducir al suplicio á una reina: á una muger?

—Señora, este pais por desgracia, ha visto en estos últimos tiempos, reinas que han descendido del trono para subir los entudados escalones de un suplicio. La misma madre de Isabel ha sufrido esta suerte; Catalina Howard y lady Grey eran tambien cabezas coronadas.

Maria Estuardo permaneció silenciosa, pensando en su suerte futura: Mortimer queriendo alejarla de tan triste meditacion la dijo.

—Nada temais; se vela por vuestra salvacion; doce caballeros ingleses han empeñado su palabra, prometiendo sacaros valerosamente de este castillo; el embajador de Francia y otros individuos de confianza conocen vuestra conjuracion, y esta noche queda decidido el modo de libertaros.

—Dudo de mi salvacion, dijo la reina de Escocia con voz apagada: vuestro tio está siempre alerta.... Pero hay un hombre que tambien será capaz de arriesgar su vida por libertarme.

—Dadme el nombre de ese valiente caballero, interrumpió Mortimer.

—Ese caballero, respondió María, es el conde de Leicester.

—¡El conde de Leicester! exclamó el jóven en tono de admiracion, imposible, es vuestro enemigo el favorito de la reina Isabel.

—Como enemigo aparece, pero no tengais recelo en manifestarle vuestro proyecto.

A este tiempo Maria sacó de su seno un papel y poniéndole en manos de Mortimer añadió.

—El papel que os entrego lleva envuelto un retrato; dádselo, no os negueis á esta peticion.

—¿Me explicareis este enigma? preguntó el sobrino de Paulet.

María iba á hablar, mas á este tiempo entró Kennedy corriendo y sobresaltada anunciado que venia sir Paulet con otros caballeros, Mortimer volvió la cara, y habiendo conocido á los personajes que se aproximaban, tornó á acercarse á la reina y la dijo:

—Mi tio y Burleigh son los que vienen, señora. Tened valor y escuchad con serenidad y firmeza lo que tienen que anunciarnos. Adios.

Y diciendo esto se ausentó seguido de Kennedy por una puerta situada en opuesta direccion á aquella por donde iban á entrar los nuevos personajes anunciados.



Con efecto, estos penetraron en el aposento de María, y lord Burleygh, gran tesoroero de Inglaterra, anunció á esta princesa que se hallaba sometida al fallo de los cuarenta y dos. La reina de Escocia sostuvo un largo debate, manifestando que sus jueces eran incompetentes, que una reina no debía ser

juzgada por semejantes individuos, y por último, se negó abiertamente á reconocerlos con toda la entereza de su carácter.

María volvió á quedar sola, y aun cuando satisfecha de la dignidad que habia demostrado delante de sus enemigos, temerosa de su porvenir, pen-

saba en un suplicio, al cual le conduciría el odio que le profesaba la hipócrita Isabel, mas ansiosa que nadie de hacerla desaparecer, no solo de los dominios de Inglaterra, sino del mundo; con este triste presentimiento se retiró María á una habitación inmediata, sentóse en su sillón, y preocupada con tan lúgubres ideas, se hincó de rodillas, y cubriendo el rostro con sus manos, comenzó á llorar del modo mas desconsolador. Pero al cabo de un rato la sacó de su fatal congoja su fiel nodriza, que acercándose á ella con tierna solicitud, procuró distraerla proporcionando materiales de conversacion que la alejasen de sus siniestros pensamientos.

Mientras esto pasaba en la prision de María, Burleigh resentido de las graves contestaciones de la princesa, pasó sin detenerse á tener una entrevista con la reina Isabel, á la cual encontró en uno de los salones del palacio de Westminster, acompañada del conde de Leicester, su favorito y de Jorge Talbot conde de Shrewsbury. La reina recibió á Burleigh con aspecto afable y le preguntó:

—¿Qué quiere significar ese vuestro semblante un tanto imitado, caballero?

—Señora, el pueblo reclama una víctima; ceded á su justo deseo si queréis conseguir la paz de vuestros estados.

—¿Una víctima? preguntó Isabel. Explicaos, milord.

—Señora, el pueblo pide la cabeza de María Estuardo. Vos sabéis, mi reina, que todos los ingleses no tienen iguales creencias, y que aun existen muchos sectarios secretos de la idolatría romana. La vida de María es vuestra muerte, su muerte, es vuestra vida.

La reina Isabel fingió que lloraba y esclamó con su acostumbrada hipocresía, elevando sus manos al cielo:

—Otra víctima, Dios mio; ¡qué pueblo! siempre sediento de sangre.

Talbot habló en defensa de María, Leicester hizo lo mismo despues de haber guardado un profundo silencio. La reina al oír la defensa de Leicester, se puso pálida, mandó suspender la cuestion, y miró con aparente dulzura

á dos nuevos personajes que la saludaban con humilde acatamiento. Eran Paulet y su sobrino Mortimer.

(*Se continuará.*)

I. A. BERMEJO.

El que quiera que su hacienda no disminuya, solo debe gastar la mitad de su renta, y el que desee aumentarla, la tercera parte únicamente.

Bacon.

EXPERIENCIA. Muy prudente es interrogar nuestra vida pasada: su respuesta constituye lo que se llama experiencia.

Young.

¡A cuantos pudiera hacerse felices con la felicidad que se pierde en el mundo!

Levis.

No hables de tu felicidad á quien sea menos feliz que tú.

Pitágoras.

Nunca es el hombre tan feliz ó tan infeliz como él mismo se imagina.

La Rochefoucauld.

Si se juzga de la felicidad de los hombres únicamente por el número y la viveza de los placeres que experimentan en el curso de su vida, se hallarán quizá muchas condiciones bastante parecidas aunque muy diferentes. El que tiene menos placeres los siente mas, porque experimenta una infinidad de goces que los demas, ó no sienten ya ó no han sentido nunca.

Fontenelle.

GRAVEDAD. La gravedad estudiada se hace cómica: son dos extremos que se tocan, cuyo centro es dignidad: esto no es ser grave, es representar el papel de tal; el que piensa llegar á serlo, no lo será nunca. En donde no hay gravedad, ó donde es natural es menos difícil bajar que ascender.

La Bruyere.

REFLEXIONES SOBRE LA NATURALEZA.

EL INVIERNO.

Basta, que das, invierno,
en ser nuestro enemigo,
ya con nieves y barros,
ya con lluvias y frios.

Las fieras en sus chozas,
las aves en sus nidos,
te llaman insolente
con quejas, y bramidos.

E. M. DE VILLEGAS.

Los dias de invierno, son precisamente los que la naturaleza consagra para su reposo: en los meses anteriores, la hemos visto ocuparse en cumplir con las intenciones del Criador; esto es, trabajando en beneficio de las criaturas. La primavera ¡cuan rica de flores no se ha presentado á nuestros ojos, y que abundancia de frutos, no ha hecho madurar el estío, para que pudiésemos recogerlos en el otoño! ¡Qué pródiga y benéfica no se muestra la naturaleza brindándonos nuevos frutos á cada momento! No pasa un solo dia, sin que no haya recreado nuestra vista, regocijado nuestro olfato, ó halagado nuestro gusto; ¿y cuántas veces no ha dejado satisfechos, todos nuestro sentidos á un mismo tiempo? Tal como una buena y cariñosa madre de familia, solo se ocupaba en proporcionarnos, no solo el sustento, sino las comodidades de la vida. El vestido, el alimento, el recreo, todo lo ha sacado con manó pródiga, de su seno maternal. Solamente por nosotros, hizo que brotase la yerba, solamente por nosotros engalanó las plantas con flores vistosas y de un esquisito perfume, adornó de hojas los arbustos cargándolos al par de sabrosas frutas; por nosotros tambien cubrió de trigo el estenso campo; para nosotros dió la viña con sus apiñados racimos, y el or-

be entero se hermoseó con miles de atractivos.

Fatigada con tantos trabajos, descansa hoy la naturaleza.... ¿Pero pensais que permanecerá en perpetua indolencia? No; repone sus fuerzas, se prepara á nuevas faenas, las cuales empleará en beneficio de los hombres. Pero no creamos tampoco, que la naturaleza descansa enteramente, tiene una ocupacion secreta, es decir, sigilosamente se está disponiendo á una nueva creacion, á fin de que la tierra desamparada, halle al cabo de algunos meses lo que ha llegado á perder. Pronto, muy pronto, producirá el trigo que luego ha de servirnos de alimento, é insensiblemente, se desenvolverán las fibras de las plantas que adornarán nuestros prados y jardines.

En su consecuencia, el descanso de la naturaleza no es menos interesante, ni menos digno de admirarle como una de las tantas cosas sublimes que entran en el sabio plan que ha establecido el Criador; tan importante es el reposo de la naturaleza, como la actividad que se muestra en la primavera y el estío. El Supremo Hacedor ha combinado las diversas revoluciones de la tierra, ha dispuesto la relacion mas íntima entre ellas y distribuido con igual medida el descanso y el trabajo: ha querido que cada año se varie el vasto y universal panorama de la misma, de la manera mas oportuna y conveniente para el bien general. De modo que jamás seamos tan insensatos que vituperemos lo mas mínimo en el gobierno de este mundo, y estemos sumamente persuadidos que todas las disposiciones de la Providencia, por extraordinarias que aparezcan á nuestra debil razon, están llenas de bondad y sabiduría. Aun cuando veamos la tierra cubierta de un manto

de nieve que la abriga, pensemos en el bien que de ello nos resulta, porque, ¿cómo tendríamos flores y frutos si la naturaleza no gozase un intervalo de descanso? ¿Como entonar el himno de la siega, si ya debajo de la espesa nieve no se estuviese preparando la simiente que debemos luego recoger?

Ahora reflexionemos en que tambien

para nosotros vendrá un tiempo en que descansemos de nuestros trabajos, de nuestros cuidados, y de nuestras tribulaciones. El Señor nos ha dado con su eterna sabiduria el tiempo que debemos consagrar á la actividad. Esta es precisamente la primavera y el estio de nuestra vida, que debemos emplear en beneficio y utilidad de nuestros hermanos;



No pasará mucho tiempo sin que llegue el otoño; entonces, amigos míos, procurad pareceros á esos fértiles árboles que derraman con abundancia su dulcísimo y sazonado fruto. Pero ¡ay! vendrá el invierno de nuestra vida, cuando las canas habrán cubierto y em-

blanqueado nuestras cabezas, y desearemos que nuestro descanso sea tan benéfico y honroso como el de la naturaleza en el invierno. ¿Cuánta no será nuestra dicha si á esta edad dicen hablando de nosotros:

—Este anciano respetable, consagró

sus floridos años á los trabajos, que proporcionaban utilidad al género humano: su vida fué constantemente activa, llena de agrado y de bendiciones y aun hoy mismo, ya le veis, no está enteramente ocioso el descanso de su vejez, y con sabia esperiencia contribuye á la felicidad de su familia y de sus amigos.

Con la firme esperanza de otro descanso que nos está reservado, apliquémonos con celo al cumplimiento de todos nuestros deberes.

Ademas tampoco vituperemos las frecuentes molestias que puede ocasionarnos esta rigorosa estacion, pues el invierno no carece de gustos y placeres. La aurora sobre un paisage cubierto de nieve ofrece una vista agradable y deleitosa; la densa niebla, se disipa de repente; una escarcha sutil, blanquea la cima de los árboles; los collados y los

valles colorean reflejando la luz del sol, cuya feliz influencia dá á todas las criaturas una nueva vida. Considerad con atencion lo que es la nieve, y reflexionad las maravillas que encierra un solo copo de esta sustancia; ¡Qué regularidad y simetria en su forma! ¡Qué agradable espectáculo ver las colinas, los montes y los bosques vestidos de una blancura que deslumbrá!

Por limitadas que sean vuestras facultades naturales, siempre hallareis materia para emplear vuestros sentidos y vuestro entendimiento. Procurad que siempre os ocupen las obras de Dios, cuyas reflexiones os harán mas dulces las penas de la vida, y en todo tiempo y en toda estacion sea el Criador el objeto de todas vuestras alabanzas.

I. A. BERMEJO.

CUENTOS PARA LOS NIÑOS

EL EMPERADOR Y EL ABAD,

Ó LAS TRES PREGUNTAS.

Voy á contar una historia bastante original: Habia un emperador y este emperador era muy jovial; tambien habia un abad, que era lo que se llama todo un gran señor, mas su pastor era mas astuto que él.—El emperador no tenia cuidado ni del calor, ni del frio, y frecuentemente dormia con su cota dentro de su tienda, y sufría con valor el hambre y la sed.—El abad lo escapaba mejor, pues disfrutaba una buena mesa y su cara aparecia redonda como la luna y tres hombres agarrados de las manos, no hubieran podido dar la vuelta á su vientre. Un dia en que el emperador se encontraba fatigado á causa del excesivo calor, se encontró al abad que se paseaba delante de su abadia.

—¡Ah! buena fortuna ha sido la mia en encontrarle, dije el emperador, y

saludó al abad con agrado.—Penitente, ¿cómo lo pasais? Creo que el rezo y el ayuno no os hacen mucho mal; me han dicho que sois el hombre mas entendido del mundo, y que ois crecer la yerva; pues para divertir vuestros gruesos carrillos, voy á daros tres nueces que romper. Os doy tres meses de término, al cabo de los cuales me vais á responder á estas tres preguntas. Primeramente, cuando yo esté sentado en medio de mi consejo y sobre mi trono con todo su aparato imperial, me direis como verdadero conocedor de monedas, cuántas valgo hasta el último lardo. En segundo lugar me direis en cuanto tiempo puedo dar la vuelta al mundo á caballo sin discrepar un minuto siquiera; ya sé que todo esto no es mas que un juguete para vos. En tercer lugar, oh, parca de los prelados, me adivinareis mi pensamiento; mas este no deberá tener nada de verdadero. Pero si no me respondeis á estas tres preguntas, dejareis de ser abad, y os haré atravesar todo el pais

sobre un asno con la cola en la mano á guisa de brida.

Dicho esto el emperador se alejó riéndose, y el pobre abad se rompía la cabeza para dejar satisfecho al emperador: en medio de sus inútiles cabilaciones, las horas crecían con rapidez, los días, las semanas, los meses y el término fatal se aproximaba; el abad ya se ponía amarillo, ya verde; pero un día se encontró á Teaunet Buidik, su pastor, sentado en una roca.

—Señor abad, dijo Teaunet Buidik, ¿qué os apesadumbra? ¿os ha sucedido alguna cosa?

—¡Ah! mi buen Teanet, el emperador me ha dado una comision bastante espinosa, y sino la desempeño como corresponde, voy á ser severamente castigado.

—Sepamos cuales, preguntó el pastor.

Y el abad refirió el suceso.

—¡Nada mas que eso? exclamó Teaunet soltando una careajada: señor abad, estad tranquilo que yo me encargo de todo; prestad solamente vuestra capucha, vuestra cruz y vuestros hábitos; en cuanto á lo demas yo le dejaré satisfecho.

El abad saltó alegre como una cabra, y quitándose sus hábitos y lo demas que el pastor le habia pedido, se encontró este convertido en un verdadero abad, y acto continuo marchó á la córte para presentarse al emperador. Este estaba sentado en su trono, rodeado de todos sus consejeros, con el cetro en la mano y ceñido la corona imperial.—Ahora, señor abad, dijo el emperador, como verdadero conocedor que sois de monedas, decidme cuántas valgo hasta el último lardo.

—Señor, Jesucristo fué vendido por treinta escudos de Judea, de modo que yo no daría por vos mas que veinte y nueve florines, pues es menester que vos valgais un florin menos que él.

—¡Hum! dijo el emperador, tiene razon, pero no me hubiera creído tan barato. Ahora es preciso calcularme y decirme en cuanto tiempo puedo dar la vuelta al mundo á caballo, sin discrepar un minuto siquiera.

—Señor, si partis por la mañana al mismo tiempo que el sol y le acompañais yendo tan de prisa como él, yo apuesto mi capucha y mi cruz á que la habreis dado en veinte y cuatro horas.

—¡Ah! dijo el emperador.... Ahora reunid todas vuestras fuerzas para la tercera pregunta, ó de lo contrario seréis condenado al asno; ¿qué es lo que yo pienso, que no es verdad? decidlo pronto.

—Señor, pensais que yo soy el abad de San Gall.

—Sin duda, y en esto no hay nada falso.

—Perdon, señor, yo soy el pastor Teaunot Buidik.

—¡Cómo! ¿tú no eres el abad de San Gall?, pues bueno lo serás desde este momento, y tu predecesor montará sobre el asno.

—Señor no puedo ser abad, porque no sé ni leer ni escribir.

—Pues entonces pide otra cosa.

—El perdon de mi reverendísimo señor.

—¡Bravo! ya veo que tienes brillantes cualidades; perdono al abad, pero con la condicion de que no guardes sus ganados y que te mantenga hasta la hora de tu muerte.



NIÑOS DE LA BIBLIA.



LA COPA DE JOSEF ES HALLADA EN EL SACO DE BENJAMIN.

X.

BENJAMIN.

Cuando apurados todos los viveres que de Egipto habian traído, se vieron los hermanos de Josef en la dura precision de volver á aquel privilegiado país en busca del sustento necesario, grande fué su consternacion, no sabiendo cómo vencer la resistencia que su padre Jacob haria á que fuese con

Noviembre de 1847.

ellos Benjamin, requisito indispensable no solo para obtener la libertad de Simeon, y las provisiones que necesitaban, sino hasta para lograr presentarse al poderoso gobernador de aquel reino, que tan dura condicion les habia impuesto.

El buen Jacob, escarmentado con la pérdida de Josef, se negaba resueltamente á que Benjamin se apartase de su lado, sin que le intimidasen los rigores del hambre, que parecian ya amenazar á su familia. Resueltos ya todos los hermanos á apurar todos los medios,

19

rodearon un día á su anciano padre, y despues de haberle recordado las palabras del gobernador, y el compromiso en que con él se hallaban, le dijeron:

—Dejad que Benjamin vaya con nosotros, si quereis que no perezcamos todos de hambre, nosotros y nuestros hijos.

—Vosotros quereis que las pesadumbres y el dolor abrevien mis postreros dias. Josef, ya no existe; á Simeon le habeis dejado allá, ¿y ahora quereis quitarme á Benjamin? No: no irá con vosotros, porque es el unico hijo que me queda de mi amada Raquel.

—Bien sabeis que si no viene con nosotros, mal podremos bajar á Egipto.

—Por mi mal fuisteis á decir á ese hombre, que teniais otro hermano menor.

—Padre, nosotros no podiamos menos de responder á lo que él nos preguntaba, y muchas veces nos habeis dicho, que cuando nos pregunten, respondamos siempre la verdad.

—¡Oh! Benjamin, hijo mio, el único que podias consolarme de la pérdida de Josef, si alguna desgracia te sucediese en Egipto, esa seria la señal de mi muerte.

Adelantándose entonces Juda á todos los demas hermanos, dijo solemnemente á su padre:

—Entregadme el niño, confiadle á mi cuidado y proteccion, y con mi cabeza y la de mis hijos, respondo de volverosle á traer. Ya podia estar de vuelta, si antes le hubiéseis dejado ir con nosotros.

—Que vaya, pues que no hay otro remedio, exclamó dolorosamente Jacob. Pero advertid, hijos míos, es preciso que ademas del dinero necesario para comprar el trigo, volvais el que encontrásteis en vuestros sacos, no haya consistido esto en alguna equivocacion. Llevad ademas, de todo lo mejor que haya en casa, y de los mejores frutos de la tierra. Almendras, miel, perfumes, y cuanto sea digno de ser ofrecido como regalo á ese varon, cuya sabiduria y poder tanto admirais.

Sin perder tiempo, dispusieron su partida los hijos de Jacob, viniendo á recibir su bendicion, antes de ponerse

en camino. El anciano levantando sus manos al cielo, exclamó:

—El Dios omnipotente, el Dios de mis padres, os proteja y guie en vuestro camino y os traiga á todos salvos á mi presencia.

Despues, cual si quisiera terminar una entrevista que ya le era dolorosa, dijo:

—Id pronto, hijos míos, yo soy el que estaré triste y abatido durante vuestra ausencia.

Grande fué la sorpresa de los hijos de Jacob, cuando al llegar á la córte de Faraon, y á las puertas del palacio de su gobernador supremo, fueron al instante introducidos en aquella suntuosa vivienda, en la que no á todos era dado penetrar. No creyendo que aquello fuese para bien, pues siempre se creian sentenciados á espiar su antiguo delito, se decian unos á otros:

—Ahora, nos van á acusar como ladrones, y vamos á quedar aquí todos presos, á causa del dinero que hemos encontrado en nuestros sacos.

Con este temor, llamaron al que parecia gefe ó mayordomo de la casa, y le contaron lo que él sabia muy bien; es decir: que al volverse en su primer viaje, habian encontrado en sus sacos todo el dinero del trigo, sin saber quien allí lo habia puesto, y que como esto no podia menos de provenir de una equivocacion, allí le devolvian intacto todo el dinero.

—La paz sea con vosotros, jóvenes hebreos: nada teneis que temer, y yo no tengo que recibir dinero que ya una vez he recibido. Si le habeis vuelto á encontrar en vuestros sacos, eso significa que el Dios de vuestros padres está con vosotros. Nada teneis que temer, ni de mí, ni de mi señor. Todo al contrario, entrad donde os laven los pies, y donde os prepareis á comparecer en su presencia, pues reunidos con vuestro hermano Simeon, quiere que asistais todos á su mesa.

Obedecieron los hijos de Jacob, y en tanto que llegaba la hora de la comida prepararon los dones que con grande esmero habian traído para el gobernador. Llegó éste por fin á la hora de medio dia, y todos le adoraron postrados

en tierra, ofreciéndole humildemente sus dones. Recibiólos él con benévolo semblante, saludando á todos afectuosamente y preguntando:

—¿Vive todavía aquel anciano que me dijisteis era vuestro padre?

—Todavía vive vuestro siervo Jacob, nuestro padre, y se halla bueno y sano.

—Y este niño, ¿es aquel hermanito menor que me dijisteis quedaba en casa?

—Ese es nuestro hermano Benjamín y el último de los hijos de Jacob. Hemos cumplido vuestras órdenes, señor, trayendo ese niño á tu presencia.

—Dios te proteja, hijo mío, dijo el gobernador, pasando su mano por los ondulados cabellos de Benjamín; pero este, solo entre todos sus hermanos, no correspondió con ningún signo de respeto á las palabras del gobernador, recibiendo hasta con fiereza sus cariñosas demostraciones, y era que el muchacho se acordaba de la despedida y del sentimiento de su padre Jacob, y conocía que aquel hombre tenía la culpa de todo ello.

Sentáronse á la mesa todos los hermanos por el orden de su edad, admirados no tanto de los manjares que les servían, como de los platos, vasos y copas de metales preciosos que en la mesa se ostentaban. En particular la copa en que bebía el gobernador, llamó mucho su atención, por su extraordinaria magnificencia, por lo que él con singular bondad, permitió que la copa circulara de mano en mano, para que todos admirasen su riqueza y su labor esquisita, diciéndoles que aquella copa era un regalo que le había hecho el rey Faraón.

Al día siguiente, al romper el alba, ya los egipcios, por orden de su señor, habían llenado los sacos de trigo, cuanto en ellos podía caber: habían vuelto á poner el dinero del trigo como la vez anterior, y además habían escondido la copa de su señor en el saco de Benjamín. Los hermanos cargaron los costales de trigo sobre sus jumentos, y se retiraron, tan maravillados como gozosos del buen resultado de su viage; mas bien pronto se les cambió en amar-

gura tanta satisfacción. Muy poco llevaban andado del camino, cuando sintiendo ruido detras de sí, vieron un tropel de gente que venía á su alcance, y pronto distinguieron á los guardias, á los criados y al mayordomo del gobernador de Egipto.

—Hombres ingratos y sin fé, les venía diciendo éste, ¿así es como pagais el bien que os hacen? Mi señor os ha festejado y os ha admitido á su mesa, ¡y correspondéis á su afecto robándole su copa preciosa, la copa de que se sirve para pronosticar el porvenir!

Hicieron todos los hermanos un movimiento de sorpresa, y algunos iban á responder llenos de cólera al egipcio, cuando Juda contestó con moderación.

—Lejos de nosotros el haber cometido ese delito que nos imputas. Los que han devuelto el dinero que encontraron en sus sacos, mal podían ahora robar oro ni plata en casa de tu señor. Regístrense los sacos de todos, y que sea reo de muerte aquel en cuyo saco fuere hallada la copa, quedando también los demás condenados á perpetua esclavitud.

—Hágase conforme tú lo dices; pero mi señor no quiere la muerte de nadie: únicamente aquel en cuyo saco fuere hallada la copa, será esclavo perpetuo de mi señor.

Descargaron inmediatamente los sacos los hijos de Jacob, y apartándose de ellos, se los dejaron al egipcio para que los registrase á su gusto. Empezó él á ejecutarlo por el del mayor que era Ruben, pasando sucesivamente hasta el último que era el de Benjamín; pero con general sorpresa y espanto de todos, el enviado egipcio sacó, y levantó en alto la copa luciente y maravillosa, del saco del desgraciado niño.

—Hermanos, gritó éste, puras están mis manos; yo no he cometido tal infamia.

—Si, hermano mío, seguros estamos de tu inocencia, pero grandes desventuras se nos preparan, y á nuestro padre Jacob.

El egipcio hizo una seña á sus soldados para que se apoderasen de Benjamín, diciendo á los otros hermanos, que ellos estaban libres y podían con-

tinuar su camino; pero Juda le contestó:

—Adonde vaya nuestro hermano, allí iremos todos: no es necesario que empleéis esos soldados, pues voluntariamente os seguiremos hasta dejar probada nuestra inocencia.

Dijo, y despues que todos los hermanos volvieron á cargar las caballerias, tristes, llorosos y rasgadas las vestiduras, volvieron escoltados por los egipcios á presentarse en la ciudad.

F. F. VILLABRILLE.

HISTORIA DE ESPAÑA RECREATIVA.

III

SAGUNTO.

Dueño Anibal del corazon de la mayor parte de los españoles, y resuelto á conducir sus armas hasta Italia, llevando la guerra hasta los muros de su capital, despues de haber conquistado los reinos de Toledo y de Castilla, dobló contra Sagunto, decidido á formar el cerco á una poblacion demasiado amiga de su independenciam para no rebelarse contra las pretensiones del animoso capitán de Cartago. Pero antes que Anibal se encaminara al frente de su numeroso ejército hacia esta heroica ciudad, se le presentó una embajada romana, la cual noticiosa de los intentos del cartaginés, venia á impedir el sitio, protestando que no podia efectuarle, puesto que Sagunto era amiga y confederada de Roma, y que al declarar la guerra á los saguntinos se la declaraba tambien á la república de los romanos. Anibal tan sagaz, en asuntos de estado, como valeroso en los combates, tenia previsto el acontecimiento, y por consiguiente meditaba la respuesta. Trató á los emisarios con aparente afección y les contestó:

—Los cartagineses, señores, no son de peor condicion que los romanos, y si estos han vengado con las armas en los aliados de Cartago los insultos que

han hecho á los saguntinos, ¿por qué no podrán los cartagineses tomar satisfaccion en los saguntinos de los agravios hechos á los confederados de Cartago?

—Es una injusticia, capitán, repuso uno de los embajadores.

—Uso de represalia, caballero, interrumpió Anibal, permitida por las leyes de la guerra.

El embajador se disponia á contestar, pero el jóven guerrero quiso manifestar desde luego su resolucion en no suscribir á ningun género de tratado, y con voz imperiosa continuó:

—Mientras Anibal mande los ejércitos que su republica le confia, ensordecerá ante toda pretension romana: mi encono contra ese senado es harto grande para transigir.

A este tiempo se oyó el prolongado sonido de un ronco clarín.

—¿Escuchais, señores? el toque de ese instrumento ha aumentado en mi corazon el deseo de la venganza.

—¿Nos explicareis?... preguntó el emisario.

—Si, embajador; quiero que presenciéis el espectáculo que se prepara, y de este modo concebireis la sed de sangre que me devora.

Diciendo esto, pasó á otro recinto del magnifico palacio, seguido de los enviados de Roma, los cuales quedaron sorprendidos al ver el lujoso esplendor con que estaba adornado; varios esclavos abrieron de par en par las puertas que prestaban paso á un

balcon corrido, desde el cual se veía una gran plaza, y en ella el pueblo todo apiñado, que no bien hubo divisado al general cartaginés, cuando prorumpió en una estrepitosa aclamacion que se prolongó cerca de cinco minutos, durante los cuales no se oían otras voces que las de *viva Anibal, y muera la republica Romana.*

En medio de la plaza se veía una pira, donde pocos meses antes habia sido convertido en cenizas el cadáver de Asdrubal, y este dia, segun costumbre de aquellos tiempos, debían repetirse las exequias del malogrado militar, en conmemoracion de sus grandes hazañas y de su fin desastroso. He aqui lo que presenciaron Anibal y os embajadores de Roma.

Cuatro jóvenes fornidos y corpulentos, vestidos con una especie de túnica negra sujeta á la cintura con un grueso cordón de oro, ocuparon los cuatro extremos de la pira, y al sonido de otro toque prolongado de clarín que reclamaba la atencion de los espectadores, al muchedumbre guardó el mas profundo silencio, y se oyó una voz que dijo:

—¡Asdrubal! ¡Asdrubal!.... No responde; mora en la mansion de los héroes; sus grandes hechos militares le han hecho acreedor á la admiracion de sus conciudadanos; el puñal de un asesino, afilado por el senado de Roma, nos ha privado de tan valiente campeón..... ¡Venganza!

¡Venganza! repitieron los cuatro sazones, y despues el pueblo allí convocado. Poco tiempo despues se observó cierto movimiento entré la compacta muchedumbre; era que el pueblo abría paso á un hombre que casi desnudo y con un cordel al cuello venia conducido por algunos soldados y con direccion á la pira. Pero grande fué la sorpresa de los embajadores cuando conocieron en la fisonomía de este miserable sentenciado al esclavo que dió la muerte á Asdrubal. El pueblo prorumpió en gritos desaforados, y todos comenzaron á sacar las piedras que guardaban debajo de sus vestiduras. El asesino de Asdrubal, fué atado á un madero que aparecía clavado en tierra, inmediato

á un paredon y fronterizo al parage de la pira: un soldado dió la horrible señal, y una nube de piedras cayó al instante sobre el cuerpo de aquel desgraciado (1) que espiró á la primer descarga y á los gritos de «muera el vil asesino.»

Anibal entró en su aposento seguido de los enviados, á los cuales dijo á tiempo que se despedían:

—Participad al senado de Roma lo que acabais de presenciar, para que conozca si un pueblo que así venga el asesinato de un general cartaginés, no estará dispuesto á llevar su encono hasta el último estremo.

Los embajadores no supieron qué responder, y temiendo por sus vidas, procuraron apartarse de los muros de Cartagena, lo cual efectuaron á los pocos momentos.

No transcurrió mucho tiempo sin que Roma supiese que el intrépido Anibal emprendía su marcha hacia Sagunto, á la cabeza de ciento cincuenta mil combatientes decididos á vencer ó morir.

Verificóse el cerco, y los sitiados llenos de la masheróica resolucion, juraron al pie de las aras de sus idolos, la resistencia mas obstinada; mas antes que penetremos en la ciudad, diremos que Anibal, con el objeto de quitar á la plaza toda esperanza de socorro, de viveres y vituallas, se apoderó antes de todos los lugares de su jurisdiccion y arrasó la campiña en seis leguas en contorno; mas estos preparativos, lejos de amilanar á los cercados, les daban nuevo aliento para la pelea, porque el fanatismo que tenían por su independencia y la justa indignacion con que miraban la conducta de los cartagineses, infundían en sus pechos el mas decidido patriotismo, y anhelaban el

(1) Se administraba justicia con severidad; mataban á pedradas á los sentenciados á pena capital, ó despeñándolos desde altos cerros; los parricidas eran conducidos fuera del reino y allí les quitaban la vida, considerando sus huesos harto impuros para darles sepultura en el suelo natal. (*Historia de España y Portugal escrita en inglés por el doctor Durham.*)

momento en que los sitiadores hicieran su primer tentativa de asalto; pero Ofinon, gobernador de los saguntinos, viendo que éste se retardaba, y no pudiendo contener á sus subordinados que deseaban entrar en lucha, ordenó su tropa del siguiente modo: dividió su corto ejército en cuatro partes; una de ellas quedó situada en lo interior de la plaza para la guarda del magnífico templo donde rendían culto á sus divinidades; la segunda sirvió para coronar los muros que guarneceían aquel estrecho recinto; la tercera se colocó fuera de la plaza á pie firme, y á distancia de unos cincuenta pasos de sus muros, con el fin de constituir la reserva del peloton que debía atacar, y la cuarta que se componía de unos quinientos caballos, fué la destinada á desafiar la bravura de las tropas sitiadoras, saliendo á recibir las en vez de esperarlas.

Con efecto, Ofinon, arengó á los ginetes del modo mas energético y persuasivo; clavó en la punta de su lanza una banderola encarnada, en la cual aparecía pintada una luna con dos cuernos, que era su divinidad predilecta y á la que llamaban *Astarohi*, (1) y adelantándose el primero, oprimió los hijares al fogoso caballo que montaba y acometió á la vanguardia enemiga, seguido de un tropel de caballería desordenada que esparciéndose en distintas direcciones introdujo la confusion entre las tropas cartaginesas, las que no esperando un golpe de mano tan decisivo, abandonaron sus puntos en medio de la fuga mas espantosa; este ataque produjo á los de Cartago una pérdida harto considerable y casi imposible de reponer.

Con tan brillante trofeo, los vencedores tornaron á la ciudad, siendo recibidos en medio de las mas entusiastas aclamaciones; los ancianos bendecían los heroicos esfuerzos de aquella juventud valerosa; las mugeres, reunidas

(1) La luna llena era la fiesta principal entre los antiguos españoles, y esto se vé probado con el hecho de ser el nombre del domingo en vasconce Agandia ó Asteartia. (*Historia de España y Portugal por Durham.*)

en coro, entonaban himnos de alabanza; los niños, participando del entusiasmo de sus mayores, batían las palmas y brindaban coronas de mirto á la hueste triunfadora; y últimamente, Sagunto vió en esta jornada su mas grande dia de contento y felicidad. ¡Lástima que fuese precursor del llanto, la amargura y el esterminio!

Enfurecidos los cartagineses con este golpe imprevisto, quisieron reparar con sangre su vergonzosa derrota; Anibal recorrió sus desordenadas filas, y con voz de trueno los incitó de nuevo á la pelea.

—¡Animo, mis valientes, gritó! Solo por la sorpresa pueden vencer nuestros antagonistas; las almas valerosas llegan al templo de la inmortalidad, cuando en su mismo infortunio muestran lo que valen! ¿Sabeis dónde está vuestro mas brillante trofeo? ¡Allí, al pie de aquellos muros!

La hueste africana se puso en orden de asalto, y á los gritos desaforados de viva Anibal, y al estrepitoso ruido de los instrumentos marciales, se encaminó hácia los muros de la ciudad, pero los saguntinos que estaban preparados de antemano, recibieron á sus contrarios con igual denuedo, haciéndolos retroceder hasta sus mismas trincheras.

Conociendo Anibal el arrojo y valentia de los sitiados y el amilanamiento de sus soldados, determinó dar treguas al combate, y situó sus tropas á mayor distancia de la plaza, dejándolas reposar algunos dias para que poco á poco se fueran reponiendo de su anterior descalabro: los saguntinos entre tanto tampoco se descuidaban, y cada vez mas animosos se preparaban á poner á prueba su heroica decision. Llegó por fin el dia en que volvieron á romperse las hostilidades; los ataques fueron de los mas vivos, la defensa de las mas vigorosas; el sitio de los mas largos, y los asaltos de los mas frecuentes. En uno de estos, viendo Anibal lo inútiles que eran los esfuerzos de los suyos, se colocó á la cabeza de una gruesa columna con espada en mano, y fué el primero en trepar por una escala, pero una enorme piedra despe-

dida desde lo alto de la muralla que vino á caer sobre su hombro derecho, le precipitó en el suelo herido de bastante gravedad. Recogieronle sus soldados y le condujeron á la tienda mas inmediata, donde al punto le administraron todos los auxilios que exigia su estado: los cartagineses cuando vieron caer á su general, se llenaron de terror, y abandonaron el asalto temerosos de que hubiese muerto tan valiente caudillo. El ejército desordenado rodeó la tienda donde vieron entrar al herido, ansioso por saber si vivia: un gefe de caballeria se situó al instante en medio de aquella compacta muchedumbre de africanos y españoles, y exclamó:

—¡Al orden cartagineses! ¡Al orden, iberos! ¡No hay que temer cosa alguna! ¡Vive, vive nuestro valiente general!

La insubordinada soldadesca reclamó entonces la presencia del caudillo, para dar crédito á las palabras de aquel gefe. Anibal que habia vuelto en sí, y supo las pretensiones de su gente, se hizo superior á sus padecimientos y sin oír los consejos de los que le rodeaban, montó á caballo y se presentó á sus tropas, manifestando con su ademan y con la simpática altivez de su semblante, que nada sufría. Satisfechos los africanos, y obedeciendo los preceptos de su general, que les impuso el deber de ordenarse y de esperar el día de la gloria, acudió cada cual al parage que le correspondia, y Anibal volvió á entrar en su tienda, y sobre los grandes almohadones que sostenian su debilitado cuerpo, exclamó mientras proseguian curándole:

—¡Oh! si el senado de Cartago no me obligase á continuar el sitio, yo le levantara, que heroismo tan grande como el de Sagunto no lo han conocido nuestros siglos pasados, ni le conocerán los venideros! Pero son amigos de Roma... ¡Prosiga el cereo; perezca esa poblacion tenaz y mal encaminada! He conocido que con las armas en la mano jamás entraremos en Sagunto; pueda el hambre mas que nuestros hierros afilados... perezcan los saguntinos.

Con efecto, desde aquel instante comenzaron los sitiados á sentir los horrores del hambre, pero tan obstinada-

mente hacian su defensa, que la toleraron hasta el último estremo. En fin, consumidos todos los recursos y perdida toda esperanza de salvacion, Ofinon convocó á su pueblo, y en presencia de los ancianos y de los sacerdotes, pudo reducirle á que consintiera en una honrosa capitulacion. Sobre la torre mas alta de la poblacion apareció una lanza que hacia tremolar el blanco manto de un sacerdote, cuyo signo daba á entender un armisticio; la hueste sitiadora correspondió á esta señal, elevando sobre sus tiendas muchas banderolas blancas, y á las pocas horas se vió venir hacia el campamento de Anibal á Ofinon, seguido de varios gefes, y de algunos ancianos. El gobernador de Sagunto se avistó con el general de Cartago, el cual mejorado de su herida, le recibió con estremada cortesia.

—¿Y bien? ¿qué solicita el gobernador saguntino?

—¡Africano, respondió éste con tono grave! En nombre de mi pueblo, oye atento lo que á hablarte voy: el valor es un don precioso y digno de tributarse á los dioses que gobiernan la tierra y el azulado firmamento; ten en cuenta el que nosotros hemos empleado para rechazarte, y admite benigno las condiciones que voy á proponerte.

—Hable el de Sagunto, contestó Anibal observando con detenimiento la fisonomía imponente de su interlocutor.

—Levanta tus reales, continuó Ofinon, deja tranquila la ciudad que no te pertenece, y cuando el sol haya girado veinte veces en derredor de nuestro globo, vuelve tus armas contra Sagunto, que ella te espera tranquila y animosa; si presigues, vencerás, pero avergüénzate de tus despojos; que solo hallarás una ciudad poblada de esqueletos miserables y un dios en su templo, que lanzará sobre tí su maldicion.

—Tus proposiciones me han conmovido, pero mi sangre se ha derramado al pie de tus murallas, repuso Anibal; esto te perdonaria sino fueses aliado de Roma; pero á fin de que veas que guardo consideracion al heroismo, consiento en que despues que os hayais rendido á discrecion, salga libre la guarnicion y los vecinos, sin que lleven con

—sigo mas que los vestidos necesarios para su abrigo y para la decencia.

—¡Cobarde! exclamó Ofinon rugiendo como un leon.

—¿No aceptas?

—Ignoro lo que el pueblo responderá cuando ponga en su conocimiento tu inhumana concesion.

—Tengan en cuenta que si resisten serán degollados.

—Lo veremos, respondió Ofinon.

Y volviendo las espaldas al cartaginés, tornó á la ciudad acompañado de su séquito. Los saguntinos le esperaban con ansiedad, y al verle entrar tan

furioso, presintieron una grande desgracia.

Ofinon dispuso que se encendiera en medio de la plaza una grande hoguera, la cual no tardó en aparecer: dispuso que todo el pueblo acudiese allí por órden de familias, es decir, los padres con sus hijos, los hermanos con sus hermanas y así sucesivamente. Hecho esto se presentó Ofinon acompañado de su esposa y de un niño de unos ocho años, que era su hijo, y aprovechando el profundo silencio que reinaba entre sus numerosos espectadores dijo en voz alta y sonora lo que



Anibal habia contestado. Bramaron los valerosos saguntinos al oír esta respuesta, y Ofinon, reclamando el silencio continuó.

—¿Qué victoria puede conseguir un pueblo exánime y cadavérico que combate contra una muchedumbre robusta y embriagada, y sedienta de nuestra sangre.

—Nada, contestaron casi todos á un tiempo.

—¿No es preferible la muerte?

—Si, si, gritaron como desesperados.

—Pues entonces, si es saguntina la sangre que corre por vuestras venas, seguid mi ejemplo.

Ofinon desenvainó su corta espada,

tomó en brazos á su hijo, y volviendo la cara á otro lado, le atravesó de parte á parte, arrojándole despues á las llamas. La esposa de Ofinon lanzó un grito y cayó accidentada, pero el marido la recogió, y la tiró contra la hoguera, diciendo:

—Sigue á tu hijo que ya mora en el templo de los héroes

El pueblo que presenció esta horrible escena, imitó á su gobernador, y al cabo de algunos momentos, solo se veían jóvenes, correr como locos, por las tortuosas calles de Sagunto, con espada en mano, ypidiendo á gritos almas valerosas que les privasen de sus vidas. Ofinon llamó á esta gente arrebatada y sedienta de sangre cartaginesa, y exclamó:

—Solos hemos quedado, y aunque hambrientos y desfallecidos, reunamos nuestras últimas fuerzas; acometamos con valor á los sitiadores, y vendamos á gran precio nuestros suspiros postrimeros.

Con efecto, ya salian de la ciudad para ejecutar su intento, cuando los cartagineses, á quienes las llamas habian dado noticia de la catástrofe, entraron por las brechas que quedaron sin defensa, y pasaron á cuchillo á los pocos que encontraron. Ofinon, que se habia escondido detras de un monton de piedras hacinadas, no bien hubo divisado á Anibal, salió de su escondite con precipitacion, y acercándose hácia el general africano con la espada desnuda, le mató el caballo, y ya iba á descargar el golpe mortal sobre el ginete, cuando una lanza enemiga que le entró por las espaldas y le salió por el pecho, cortó su último pensamiento y su postrimer ejecucion.

De este modo acabó la inmortal y célebre Sagunto despues de un sitio de ocho meses, que constituye una página de oro en los anales de nuestra historia.

I. A. BERMEJO

ESTUDIOS RECREATIVOS.

LA ESPOSITA.

POR SIR ENRIQUE BERTHOUD.



Tres años pasaron sin que ocurriese cosa alguna digna de mencionarse. Al cabo de este tiempo, Felipe cayó enfermo, y de consiguiente se vió obligado á interrumpir los trabajos que le proporcionaban la subsistencia. La enfermedad por poco que se prolongue, es la miseria con toda su deplorable deformidad.

Cinco meses habia que Felipe se agitaba en el lecho del dolor. Ningunos recursos quedaban á esta honrada gente, y la compasion de los que desde luego habian ido á ayudarles, comen-

zaba si no á cansarse á entibiarse algun tanto. Los cinco francos que Magdalena recibia de la administracion del hospicio por la pension de María, no bastaban ni para pagar las medicinas, y mas de una vez la pobre muger, sentada entre la niña que lloraba, y su marido presa de horribles dolores, levantó sus ojos al cielo para pedirle que pusiera término á las dificiles pruebas á que la habia sometido, y que superaban sus fuerzas. El pan les faltaba continuamente. Si habia de ganar alguna cosa, era indispensable que dejase en su casa á María y á Felipe, á quienes tan necesaria era su presencia.

Magdalena iba á trabajar al campo, ya á arrancar la mala yerba, ya á hacer la cosecha, y á la noche volvía rendida de cansancio al lado de su marido que agonizaba, y de su hija á quienes

apenas podía suministrar los mas pe-
rentorios cuidados, y á dormir escu-
chando los quejidos de Felipe.

Creía que nada podía agregarse á
esta desgracia, y sin embargo le estaba
reservado un golpe mas doloroso que
todos los demas. Una mañana, al salir
de su casa para ir al campo, advirtió
una grande agitacion en la aldea, y se
informó de la causa que la motivaba.
Cuando la supo, cayó sin conocimiento
en tierra. Se habia recibido una órden
para enviar los niños expósitos que tu-
viesen las nodrizas residentes en la al-
dea. Aquella misma tarde los debian
llevar á 30 leguas de alli, cambiándo-
los con los de otras aldeas. La adminis-
tracion habia tomado esta medida muy
satisfactoriamente, por que habia de
dar por resultado una considerable dis-
minucion en los gastos que le ocasiona-
ban los niños encomendados á la
caridad pública. Muchas madres adop-
tivas preferían renunciar á la pension
que se les pagaba, á separarse de los
niños que amaban como si fuesen sus
verdaderos hijos. ¡Vergüenza y des-
gracia! ¡Especular con esta terneza!

Magdalena no fué al campo: volvió á
su casa; puso á María en sus rodillas
y esperó con una ansiedad llena de ter-
ror la llegada del comisionado de los
hospicios. Este era un hombre severo,
acostumbrado á las secas y despiada-
das reglas de la administracion. Espu-
so su comision, en pocas palabras; era
preciso entregar aquella niña, y apres-
tarse á recibir otro expósito.

Al escuchar estas funestas palabras,
el enfermo se incorporó en el lecho, cogió
á María por la mano y con un so-
lemne juramento, declaró que no se se-
pararía de ella.

—Guardad vuestro dinero, dijo, y
dejadnos esta niña: separarnos de ella
seria morir.

—Pero para que yo os la deje es ne-
cesario, así lo exigen las leyes admi-
nistrativas, que me deis pruebas de
que contaís con medios de subsistencia
suficientes para proporcionarle los
alimentos y cuidados, que es deber mio
asegurarle.

—Si yo pudiera trabajar, nada la
faltaría, dijo Felipe suspirando. Mien-

tras yo recobro la salud, su suerte se-
rá la nuestra: si le falta el pan será
por que tambien nos falta á mi y á mi
muger.

El comisionado dirigió á su alrede-
dor escudriñadoras miradas. La mise-
ria se mostraba por todas partes en su
mas triste desnudez y en su mas com-
pleta desolacion.

—No puedo dejaros, dijo, la niña
que en vuestra casa teneís. La permuta
dispuesta no tendria lugar, si vos la
volviérais á tomar. Entregadme los pa-
peles que se os dieron con María Es-
teban.

Magdalena que habia escuchado estas
palabras, como el reo que escucha su
sentencia de muerte, estrechó contra
su seno á la pequeña María, que ver-
tia abundantes lágrimas no mas que
por la vista del hombre severo, que
hablaba mirándola.

Felipe tomó una actitud amenaza-
dora.

—Haced lo que es digo, continuó la
áspera é inflexible voz del inspector.

—No, no entregaré mi niña: no me
separaré de ella, exclamó Magdalena.
Yo la he nutrido con mi leche; yo la
amo; ella ocupa el lugar de los hijos
que Dios me ha llevado. Caballero, de-
jádme: antes que á ella falte algo, yo
me privaré del sustento: cometeré una
mala accion ¡Ah! Dios mio: perdonadme
este pensamiento.

—Es necesario que se me entregue
esa niña.

—No nos dejará.

—Vamos: resignaos; el tiempo es
precioso, y aquí estoy perdiendo mucho.

—Os digo que no se irá.

Aunque habia seis meses que estaba
enfermo, Felipe se echó fuera de su
cama; pero le faltaron las fuerzas, y
cayó á los pies del inspector, mas sin
renunciar su propósito, estrechó con
sus desnudos y enflaquecidos brazos á
la niña que dada gritos de miedo.

El comisionado de hospicios salió de
la habitacion: pocos momentos después
volvió á entrar acompañado del corre-
dor y del guarda de campo.

Desatinada Magdalena, se dejó caer
en el umbral de su casa.

—¡Ved, ved! gritaba dirigiéndose á

los curiosos que había traído hacia allí la llegada del magistrado y del representante de la fuerza pública de la aldea. Ya lo veis: ¡vienen á quitarme por fuerza á mi hija!

Entonces varios murmullos é imprecaciones se levantaron en el grupo.

—Caballero, dijo el corregidor al inspector; ya sabeis el trabajo que nos ha costado ejecutar en toda la aldea las medidas, para cuya realizacion se os dieron amplias facultades. Creedme, ceded en este momento: insistir sería dar quizá ocasion á desgracias; yo me encargo de suministrar á estos trabajadores, que son gente honrada, los socorros de que necesitan para que nada falte á esa criatura.

El inspector de hospicios era, según se ha insinuado, un hombre que no conocia mas que lo literal de las órdenes que recibía, y que se desdeñaba de fecundarlas por medio de una inteligente interpretacion. Por otra parte, como á todo ánimo demasiado recto, caracterizábase sobre todo una obstinacion mezquina y ciega.

—En nombre del señor prefecto os requiero para que me ayudeis con mano fuerte: obligad á estos aldeanos á que me den la niña, que juzgo necesario sacar de esta casa.

—Vamos, Felipe; vamos, señora Magdalena: dijo el corregidor, ya lo veis, hijos míos, es necesario obedecer.

—Magdalena llevó á la niña al fondo de la cabaña, y Felipe arrastrándose se atravesó en la puerta.

—Antes de que llegueis por María, pasareis por encima de mí.

—Guarda, obedeced: mandó el comisionado, apoderaos de esa niña.

El guarda, aunque con una repugnancia visible se adelantó, cuando de pronto los aldeanos que presenciaban esta escena le atajaron el paso; y los gritos y las piedras silbaron en los oídos del corregidor y del comisionado.

—¡Queremos conservar á nuestros hijos! ¡No los queremos dar! gritaban; nadie nos separará! ¡nada de cambios! ¡nada de cambios!

Fué necesario que el comisionado se apresurara á tomar su carruaje, y se

alejase de la aldea lo mas de prisa que pudo.

Al día siguiente por la mañana fué ocupada la casa por una compañía de soldados, y la infeliz expósita fué arrancada violentamente de los brazos de sus padres adoptivos.

CAPITULO III.

MATER DOLOROSA.

Luego que los soldados, enviados á la aldea para poner en razon á los aldeanos rebeldes, entraron en casa de Felipe; nieste ni su muger hicieron resistencia. El enfermo abrumado por la calentura que le devoraba, había quedado aparentemente extraño á las notificaciones municipales. Su muger, sentada al lado de la chimenea, no hizo ningun movimiento. María, asustada y temblorosa, se había refugiado en el regazo de su madre adoptiva, que taciturna, la vista fija, las manos juntas y en actitud suplicante, parecia una estatua.

Tomaron á la niña, y á pesar de sus gritos angustiosos, la sacaron de allí y se la llevaron.

Cuando hubo partido la fuerza armada, el cura que sabia la desolacion que quedaba en aquella cabaña, corrió á ver á sus infortunados feligreses. Hallólos en el mismo silencio sepulcral, y sus consoladoras palabras quedaron sin respuesta. Felipe fué el primero, que gracias al estado de debilidad y enervacion en que su larga enfermedad le tenia, prorumpió en lágrimas. En cuanto á Magdalena, quedaron sus ojos secos é inflamados: su pecho respiraba con dificultad, y parecian contraidas las facciones de su livido rostro.

—Menos sufrí, murmuró mientras el cura le exortaba á la resignacion: si, menos sufrí el día en que murió mi último hijo.

—Todo no se ha perdido todavía, dijo el cura: podreis algun día, que talvez está muy próximo, recobrar á vuestra hija adoptiva, volverla á traer á vuestra casa y no separaros de ella mas.

—¡Ah! no me engañeis, no me en ga

ñeis ni aun para consolarme, señor cura! ¡No me engañéis, porque entonces volvería á comenzar una cruel agonía!

—Lo que os digo, hijos míos, es la pura verdad. Cuando sane Felipe, cuando vuestra situación sea más próspera, lo que muy pronto conseguirán vuestra actividad y vuestro trabajo, yo me encargo, en unión con el señor corregidor, de llenar todas las formalidades necesarias y de devolveros á María. A no ser pobre, yo mismo hubiera venido en vuestra ayuda para apresurar ese instante tan deseado por vosotros. Pero ya lo sabéis: es muy poco lo que me queda para distribuir entre mis ovejas que padecen. Como padre justo, es mi deber repartir entre todos igualmente lo que tengo, consultando á la justicia antes que á mi corazón.

—¡El médico! Magdalena: vé por el médico: quince días ha que no hago lo que me manda: creía imposible que sanase; pero ahora siento que la esperanza se apodera de mi corazón, pues que solo mi restablecimiento puede devolvernos á María. Quiero hacer al pie de la letra todo lo que el médico mande.

Diciendo esto se incorporó en la cama, mostrando animación en el semblante.

Magdalena, cuyo corazón estaba destrozado parecía quedar insensible á la esperanza que brillaba en los ojos de su marido.

—Anda, mujer, repitió el enfermo. Magdalena permaneció triste, inmóvil y abatida.

—¿No quereis volver á ver vuestra hija María? preguntó el cura.

Después, viendo que no le respondía, quiso valerse de un medio violento é ingenioso, y añadió:

—¿La amareis menos que vuestro marido?

Al decirle esto, otro que no fuese el cura, la ultrajada madre hubiera contestado con exasperación; pero se contentó con responder con una sonrisa llena de amargura, y ocultó su rostro entre sus manos. Entonces el cura oyó sus sollozos. Esto era precisamente lo que quería: dejó pasar esta primera

crisis del dolor expansivo; después asió la mano de Magdalena y exclamó:

—Valor y esperanza, dijo: Dios está al fin de estas tristes pruebas: al dolor y á la virtud sigue la recompensa; después de la tempestad viene la calma y la alegría.

Estas palabras del anciano sacerdote eran una especie de predicción, porque desde entonces Felipe empezó á mejorarse ostensiblemente. La calentura se extinguió, y la vida cundió de nuevo poco á poco por los debilitados miembros del trabajador. Esto zera efecto de la conmoción producida por los acontecimientos verificados hacia algunos días? ¿Era necesario atribuir su convalecencia á la voluntad, esa fuerza humana que hace milagros? ¿Se debía creer que Dios, por un efecto de su paternal misericordia había enviado un ángel para reanimar al postrado enfermo? Lo cierto es que ocho días después del rapto legal de María, Felipe podía sentarse en la puerta de su cabaña, y calentarse á los vivificantes rayos del sol. Se rehabilitaron sus fuerzas algun tanto: comenzó á trabajar, aun que no mucho, y dos meses después, no quedaban ya vestigios de la enfermedad que había sufrido el robusto aldeano, que ya conducía con vigor el arado desde la salida del sol hasta la noche.

Aunque los vestigios de la enfermedad habían desaparecido físicamente para Felipe, le quedaban profundos pesares relativos á los negocios domésticos. Agobiado por deudas contraídas con casi todos sus vecinos, de los que la mayor parte gemía también en la pobreza, era necesario desde luego y ante todo volverles el dinero de que se habían privado, por aliviar compasivos aquella desgracia. Seis meses pasaron antes que Felipe y Magdalena solventasen sus deudas. Por último, aquel tuvo una gran alegría una noche, en que al volver del campo Magdalena, le dijo:

—Ahora, ya no tenemos que trabajar más que para María.

Desde entonces su economía no conoció límites, y tomó por decirlo así un carácter de demencia. Nada sufrían en las mayores privaciones: apenas se alimentaban. Magdalena, cuyos gruesos

dedos apenas habian manejado una aguja, á fuerza de paciencia y de voluntad, llegó á ser la mas hábil costurera del país, y á ganar veinte sueldos al dia. Felipe en las dos horas que se concede á los trabajadores para almorzar y comer se entretenia en obras de cesteria. Dios bendijo é hizo fructifero el trabajo de estas buenas gentes, y tanto que un dia Magdalena, que llevaba todos sus ahorros al cura, escuchó estas palabras, que creyó que la mataban de felicidad:

—Hija mia, cuando querais podeis ir por vuestra Maria.

Magdalena desplegó sus lábios para exhalar un grito de alegría; pero su agitacion no le permitió proferir una sola palabra: cayó de rodillas, y levantó sus manos hácia el cielo.

—Aquí teneis todos los papeles necesarios, para que sin dificultad os den la niña, añadió el sacerdote, cuya emocion era casi igual á la turbacion de Magdalena. El señor corregidor ha hecho las diligencias necesarias: no teneis mas que partir. Es un viage de cuarenta leguas, pero teneis agilidad: vendreis en la diligencia cuando traigais á Maria.

Entregó á Magdalena el dinero necesario para el camino, y una cartera que contenia los papeles administrativos, con una carta para el cura de la aldea de Picardia, á donde se dirigia la venturosa muger: añadió algunas instrucciones que apenas fueron escuchadas por la distraida madre, que le parecia que tardaba en correr hácia Felipe y decirle:

—Vamos á volver á ver á nuestra hija.

Al dia siguiente antes de amanecer, la muger de Felipe se puso en marcha acompañada de su marido, y con una *hoja de camino* que para ella habia obtenido el corregir, la cual le aseguraba de los cortos socorros que se dan á los viajeros indigentes. Habiendo llegado á una legua de la aldea, abrazáronse los esposos y se separaron. Cuando Magdalena volvió la cara por última vez, vió á lo lejos á Felipe que la miraba aun, y que agitaba su pañuelo en señal de despedida.

Cuatro dias despues de su partida de Wancourt, Magdalena llegó á Picardia término de su viage. Habia andado casi diez leguas sin descanso; pero poco le importaba la fatiga y el calor, pues iba á ver de nuevo á Maria.

Con una inteligencia y una precision que no se presumiria en otra naturaleza, ignorante de las cosas del mundo, fué desde luego Magdalena á casa del corregidor de la aldea para enseñarle los papeles que llevaba del cura: queria explicar al magistrado los motivos que la llevaban, y despues de decirselo todo, de hacérsele comprender y poner en práctica, ir á tomar su niña. Por desgracia el corregidor no se hallaba en su casa. Magdalena no tuvo paciencia para esperar mas tiempo; y pidió un guia que la llevase á casa de la muger á quien habian entregado á Maria.

—La madre Pasturin! dijo el muchacho encargado de conducir á Magdalena: á esta hora estará en el campo.

—Si no la hallamos en su casa, la iré á buscar, porque indudablemente habra llevado consigo á mi niña Maria.

El guia no respondió y la aldeana, despues de algunos minutos de marcha, llegó á casa de la nodriza.

El muchacho dió una patada á la puerta entreabierta: abrióse esta violentamente, y la mirada de Magdalena exploró al momento toda la cabaña. Maria no estaba allí.

Sin embargo habia dos niños: el uno segun la costumbre del país encerrado en un saco de tela, y atado á un clavo de la pared, lanzaba dolorosos gritos. Mas allá en el fondo de la cabaña se veia dormida entre unos harapos una infeliz criatura, flaca, desaseada, y macilenta, y cuyos cabellos estaban desordenados. Magdalena se arrojó hácia la pobre niña abandonada. ¿Podia ser esta Maria? ¡Ay! La mirada maternal de la aldeana no reconoció nada de la niña colorada, blanca y hermosa en el agonizante espectro, tendido en la dura piedra.

Lleno su corazon de cruels presentimientos, porque la muger que así trataba á esta niña no podia ser muy buena para Maria, dijo Magdalena al muchacho que la guiaba:



—Vamos al campo á buscar á la nodriza. Es necesario, añadió, que la vea y recoja mi niña.

El aldeano que habia conducido á Magdalena, abrió la puerta con tanta violencia que la niña se despertó sobresaltada, levantó la cabeza y miró á su alrededor. Al ver una muger estraña clavó en ella sus ojos agrandados por su consuncion, y que la fiebre hacia brillar. Despues se volvió á dejar caer en su pobre lecho.

Conmovida Magdalena volvió y se arrodilló cerca de la niña. Examinóla de nuevo con terror; pero ni aun esta vez reconoció á su hija.

—No, no es esta María, dijo ya consolada.

Al nombre de *María*, voz que pareció hacer en ella una grande impresion, la niña sacó del pecho sus secas manos, y dirigió á Magdalena miradas llenas de sorpresa y de duda. Despues, de repente y como loca se asió al cuello de la aldeana y exclamó:

—¡Mamá! ¡mamá!

¡Era María la hija adoptiva de Magdalena, la niña por quien trabajaba, rezaba, contaba los días que pasaban con tan cruel lentitud. María, su hija, su alma, su vida, su esperanza, su dicha. María agonizando de miseria y abandono! ¡María, Dios mio! ¡María, qué pronto iba á morir!

Magdalena tomó la niña en sus brazos, la estrechó contra su pecho, separó de su frente sus desordenados cabellos; los hermosos cabellos rubios que en otro tiempo habian sido la alegría de su madre. Mientras la niña la llenaba de frenéticos besos, ella sollozaba con desesperacion. A veces prorumpia en amenazas contra la miserable que habia condenado á tantos sufrimientos á la pobre criatura, encomendada á sus mercenarios cuidados.

María ocultaba su cara en el seno de su madre: todos sus miembros se estremecian de emocion. De repente dió un grito de terror.

—¡Mamá! ¡mamá! murmuró estrechándose mas contra su madre.

Era la nodriza que entraba.

Magdalena esplicó en breves y secas palabras que ella iba por su niña, y dió

á la nodriza la órden oficial que mandaba la entrega de María.

La nodriza era una de esas mugeres pequeñas y flacas, insignificantes en la apariencia, pero en cuya fisonomia despues de un momento de exámen no se tarda en reconocer un imperioso instinto de avaricia, y una completa insensibilidad de corazon. El primer pensamiento que se fijó en los ojos de la avariciosa muger desde que vió á Magdalena y conoció sus proyectos, fué que la estrangera iba á quitarle la mensualidad de cinco francos. En vez de inquietarse con los lastimeros gritos del niño atado á la pared, segun un funesto abuso del país, y de apaciguar á la pobre hambrienta, respondió con una voz siniestramente dulce, que no podia entregar á María mas que al inspector, de cuyas manos la habia recibido.

—Gracias á Dios no tendrá mucho tiempo que esperar, replicó Magdalena, que reprimia con fuerza la indignacion y el ódio que le inspiraba esta muger; todos mis papeles, que vienen muy en regla, están en casa del corregidor de esta aldea.

—Es necesario verlos: quizá no estén tan en regla como decís.

—Descuidad, nada falta, dijo Magdalena; y faltándola de pronto la paciencia, añadió casi involuntariamente. No acabareis de matar á mi hija.

—¡Matar á vuestra hija! dijo con furia ¡matar á vuestra hija! Si venis á mi casa para insultarme, salid pronto de ella.

—Eso es cabalmente lo que voy á hacer; y pienso no volver á poner mas en ella los pies. Ven María, ven hija mia.

—Aguardad un momento, dijo la nodriza deteniéndola; no os apresureis tanto. Esta niña no saldrá de aquí mas que con órdenes positivas de la autoridad, y cuando yo haya recibido titulos que me descarguen de toda *responsabilidad*; y recalco esta sonora palabra, que no sé de donde la habia tomado.

—Me voy sola, pero no tardaré en volver para llevarme á la niña que tan mal habeis tratado.

En muy poco tiempo llegó jadeando á casa del corregidor, á quien esta vez



tuvo la dicha de encontrar. El corregidor era un vejete dotado de una peli-grosa semi-inteligencia, y por consi-guiente vanidoso é irritable. Teniendo algunos conocimientos administrativos se complacia en aplicarlos pedantesca, minuciosa é irritablemente: no conocia mas que la forma legal. Así es, que mientras Magdalena se impacientaba por ir por María, calóse el corregidor tranquilamente sus gafas, tomó uno á uno los papeles que habia llevado la aldeana, examinólos metódica, es-crupulosa, larga, interminablemente, y concluyó diciéndo con aire de triunfo y dejándolos en la mesa:

—Esto no está en regla.

Pálida como la muerte, exclamó Mag-dalena.

—¿No está eso en regla?

—Falta á este documento el sello del corregidor de vuestra aldea. Esta ates-tiguacion está firmada por dos testigos, pero falta la legalizacion del corregidor.

Magdalena no comprendia la mayor ó menor importancia de las formalida-des que faltaban.

—¿Y no me puedo llevar á mi niña? tartamudeó ahogada por el llanto.

—¿No os digo que esto no está en regla?

—¿Que tengo yo que hacer?

—Escribir á vuestro corregidor, en-viarle esos documentos para que los en-miende, y encargarle que os los devuel-va; y si nada falta, entonces podremos ocuparnos en vuestro asunto.

—Pero caballero, mi hija va á morir si no la saco de manos de esa muger que la tiene.

—Yo no tengo la culpa. ¿Como he de interponer mi autoridad no teniendo los poderes necesarios?

—¡Ay! exclamó Magdalena loca: ¿que va á ser de mí? Voy á perder la razon. Señor corregidor: yo no sé leer ni escri-bir: ¿qué haremos?

—Alguno hallareis en la aldea que os preste este servicio.

—Si tuviérais la bondad de hacerlo vos mismo, de decir esas cosas que no entiendo á vuestro compañero de Wan-court.

El corregidor se encogió de hombros y dijo:

—Yo no soy memorialista, buena mu-ger. Ea, volved cuando traigais vues-tros papeles en regla.

Magdalena obedeció maquinalmente: salió y se detuvo algunos instantes en la calle loca y desesperada; pero al fin la ternura maternal le dió valor y ener-gía: dirigióse á casa del maestro de es-cuela y le supo explicar todo con una claridad de que ella misma se asombra-ba.

—Dos formalidades faltan en estos papeles, le dijo; es necesario pedir á mi corregidor lo que aqui falta: diri-gid todo al señor cura de Wancourt; enviad la carta con una persona de to-da seguridad al correo de la ciudad ve-cina: yo pagaré todo lo que seme pida.

Evacuados estos importantes nego-cios corrió Magdalena á casa de la madre Pasturin quien al verla sola y con el rostro descompuesto, sonrió con in-fernal alegría, y preguntó con un aire que demostraba bastante que estaba convencida de lo contrario:

—¿Veneis por mi niña?

—No: porque falta algo á mis pape-les, respondió humildemente la aldeana: espero que esto no nos impedirá que nos entendamos, y que me dejeis llevar á María al meson hasta que mis papeles estén en regla.

—¿Comprometer mi *responsabilidad!* exclamó con su voz falsa la nodriza de Picardia, hinchándose con la palabra que afectaba: aunque siento no complaceros no he de ir á esponerme. La niña no saldrá de aqui mas que por órdenes su-periores, como lo prescribe mi deber.

—Os daré todo lo que me pidais.

—¡Hola! ¿Se trata de dinero? No solo no se irá María con vos, sino que no la habeis de ver: así hacedme la merced de salir de mi casa.

—¡Oh! no lo bareis: no lo bareis: ten-dreis piedad de mí.

—¡Piedad de vos, que me habeis in-sultado! ¿De vos que me habeis echado en cara la enfermedad de esa niña, co-mo si yo fuera responsable de la mala leche que le habeis dado en el tiempo en que os estuvo confiada! ¿Os la he quitado yo cuando vos le prodigabais vuestros cuidados? Ea, pues, marchaos.

Magdalena no oía ninguna de estas

injurias, y no se cuidaba de los insultos de la nodriza de Picardía: su única idea era no alejarse de María.

—Os pido perdon: os lo pido de rodillas. No he tenido razon: concededme lo que os pido y mandadme lo que queráis; yo seré vuestra amiga.

—Yo no necesito de vuestra amistad. Vamos, salid de mi casa.

—No saldré de ella, dijo Magdalena con desesperada resolucion, sentándose en el umbral de la puerta de la cabaña, me pegareis, me dareis de puntapiés, pero no dejaré á mi niña.

El ruido de la disputa habia atraido algunos vecinos, y muy pronto una turba bastante numerosa se llegó á reunir á la puerta de la viuda Pasturin. Magdalena espuso su triste posicion con una elocuencia sencilla y un dolor tan profundo, que los buenos aldeanos tomaron su defensa, y llenaron de repreciones é insultos á la malvada mugercilla. Esta apoyándose en su derecho, volvía injuria por injuria, en términos que esta escena vino á amotinar toda la aldea. Llegó el corregidor, arengó á la turba, dijo grandes palabrotas, habló de la legalidad, y á fuerza de voces hinchadas y pomposas, hizo variar de dictámen á aquellos á quienes las dirigia. Fué preciso que Magdalena desesesperada cediese á la fuerza, y que arrastrada por algunas personas que la condujeron al vecino meson, se alejara de María que la llamaba á voces.

Entretanto Felipe se moria de hastío y de desconfianza desde la mañana en que se fué Magdalena. Volver á ver á su muger, á su hija adoptiva, eran las dos únicas ideas en que se ocupaba, sin dejarlas en el trabajo ni en el sueño. Varias veces fué sorprendido apoyado en su azada que se olvidaba de clavar, fija la vista y embelesado en estos pensamientos, siendo necesario llamarlo muchas veces para que saliese de su distraccion. Cuando el cura le fué á anunciar lo que causaba la detencion de Magdalena, juró y renegó como un pagano, cosa que no acostumbraba. Afortunadamente nada decia la carta de la enfermedad de María; porque sino, Dios sabe lo que hubiera sido de este pobre hombre.

Una semana pasó; y todos los dias al concluir su trabajo iba al camino, se subia en lo mas alto, pero nada veia, y volvía triste y desolado á su casa.

Dejó el trabajo, y entonces no se separaba del camino. A los dos dias vió un punto negro que hizo palpitar su corazon, corrió hácia él: era Magdalena.

Pero Magdalena iba sola: al llegar á su marido se arrojó sollozando en sus brazos.

GLORIA. Las glorias de los hombres eminentes, han de estimarse siempre por los medios de que se han valido para adquirirlas.

La Rochefoucauld.

GUERRA. Solo hay dos poderes en el mundo: el sable y el saber: por este último entiendo las instituciones civiles y religiosas..... con el tiempo el saber vence al sable.

Napoleon.

HABLADOR. En muchos la facilidad de hablar es efecto de la imposibilidad de callar.

Cyrano de Bergerac.

Los hombres tienen sobre los animales la ventaja de la palabra, pero los animales son preferibles á los hombres si las palabras carecen de sentido.

Máximas de los orientales.

Nadie manifiesta mas su necedad, que aquel que empieza á hablar antes que otro haya concluido.

Idem.

Un discurso inoportuno, es como un baile en un duelo.

Eclesiastés.

Hay vicios peligrosos, ridiculos y desagradables, el flujo de hablar reúne todos estos inconvenientes. Diciendo cosas comunes, el hablar es ridiculo; diciendo maldades es odioso, y no sabiendo callar un secreto, se espone.

Plutarco.

APUNTES MORALES.

AVENTURAS

DE UNA FAMILIA INGLESA.

IV.

UNA ENFERMEDAD.

A la mañana siguiente, cuando el joven llegó á casa de lady Sara, la encontró repuesta de las fatigas del día anterior, y dispuesta á continuar la relación que había comenzado. Nelly, tomó una labor de tapicería, y se sentó en un divan, al lado de su hermana; Jorge y Samuel, se sentaron en frente.

—Ya nosvióvd. ayer, amigo Samuel, en nuestra cabaña, que llegó á ser una habitación cómoda y bonita; vd. habrá comprendido, que ya no teníamos nada que sufrir, y que carecíamos de necesidades imperiosas y que cada día sabíamos una nueva cosa, que contribuía á aumentar nuestra lisongera situación. No solo descubrimos á cada momento en el bosque plantas y arbustos, cuya utilidad conocíamos bien pronto, sino que pasábamos á la orilla del mar para coger una multitud de mariscos, y de producciones útiles para nuestro sustento. De suerte, que la ostra, grande marisco que se une á las vocas por medio de una larga cadena de seda flexible y sólida, nos suministró hilo mas fino y de mayor consistencia, que el que sacábamos del formio. Jorge nos empeñó á fabricar filamentos con estos cabos de seda animal unidos los unos á los otros, y consiguió labrarnos una especie de lanzadera de tegedor; desde entonces, merced á la prontitud que pusimos en satisfacer sus deseos, notardó mucho sin que se encontrase en posesion de dos grandes redes, una de seda triple, y la otra menos fuerte.

Una mañana, partió al rayar el día, con la primera de estas redes, prometiéndome estar de vuelta á la hora de comer, y juzgue vd. cuál seria nuestra inquietud, cuando llegó la hora de comer, y Jorge no había parecido todavía. Desconsoladas, y con los ojos cubiertos de lágrimas, estuvimos por espacio de tres horas largas, buscándole por el bosque, cuando de repente oímos silbar á lo lejos; despues le vimos llegar doblado con el peso de un espato de palmera, lleno de caza muerta, y conduciendo detras de sí, á un joven canguro vivo.

—Yo empleé para adquirir las perdices que llevaba, un medio bastante sencillo, interrumpió Jorge. cordones y lazos, como los que fabricábamos en el parque de Cambrai; en cuanto á los canguros, me costó bastante trabajo cazarlos.

Muy satisfecho de la buena y abundante caza que me habían proporcionado mis redes de formio y de ostras, me venia ya al lado de mis hermanas, sin haber puesto á prueba mi grande red, fabricada por ellas, cuando escuché un ligero ruido entre el ramage; adelantéme con precaucion, y vi un canguro hembra, de grande dimension, que se tendió sobre el musgo. En seguida abrió de repente una grande bolsa que tenia en el bajo vientre, y acto continuo salieron tres animalillos que se pusieron á saltar en derredor de su madre. Entonces me alejé, siempre con la misma precaucion, y atando mi red á dos gruesos árboles, de suerte que la pudiera desplegar perpendicularmente á seis pies de distancia. Hecho esto me situé detrás del canguro sigilosamente, y una vez puesto delante de mi red, comencé á batir las palmas y á dar gritos; el canguro asustado, dió una especie de silvido, abrió su bolsa para encerrar en ella á sus hijuelos y hechó á

correr.... Pero el pobrecillo animal cayó en mi red donde se enredó y sucumbió sin defensa á los palos que le di violentamente en el cráneo; no tardó mucho sin que cayera muerto á mis pies; entonces le saqué de la red y despues de haberle colgado, no sin trabajo á una rama de árbol para poderla descuartizar y tomar al otro día los pedazos mas succulentos, abrí la bolsa de su vientre con una piedra cortante, y me apoderé del mas fuerte de sus tres hijuelos; los otros condenados á muerte sin piedad, ocuparon un lugar en mi morral de red de palmera al lado de mis perdices.

—Como yo me había constituido la cocinera de nuestra pequeña colonia, añadió la hermana menor, las despojé bien pronto de sus plumas y preparé dos perdices, que puse en un asador formado de una varetta de palmera colocada sobre dos estacas ahorquilladas. Un brasero sin humo y sin llama no tardó en dar á nuestro asado un color de oro que, yo lo confieso, escitó vivamente nuestro apetito. Fué un gran festejo para nosotros el que haciendo tanto tiempo que no comíamos carne, tuviesemos esta comida succulenta, debida á la destreza y actividad de nuestro hermano. A la mañana siguiente uno de los jóvenes canguros no dejó de suministrarnos una carne menos esquisita y delicada.

Despues del desayuno, Jorge volvió á partir para tomar los pedazos de canguro que debían destinarse á nuestra comida de la tarde; púsose en camino y volvió con la piel y una cuarta parte del animal; despues, mientras que nosotras preparábamos la comida, fué á visitar su prisionero del día anterior, que habíamos atado por medio de una cuerda á una estaca situada en una praderita á corta distancia de nuestra habitacion. El joven canguro se había familiarizado bien pronto con su nueva existencia, según lo atestiguaba la yerba que había comido del terreno que le rodeaba á toda la distancia que le permitía llegar la cuerda que le sujetaba. Poco á poco se fué domesticando á punto de dejarse acariciar; nos conoció, y concluyó por andar en completa

libertad en derredor de nuestra cabaña sin ninguna especie de ligadura. ¿Qué cosa tan divertida era ver á este animal, que crecía, por decirlo así, á nuestra vista, saltar en el bosque no bien nos apercebía! un perro no es mas cariñoso ni mas tierno que llegó á serlo Oberon, pues este fué el nombre que Sara puso á su favorito: buscaba las manos de su ama, que sabía muy bien distinguir de las de Jorge y las mías, y manifestaba sus quejas cuando Sara se alejaba de él; pero tan pronto como la veía sentarse sobre la yerba marchaba á poner su cabeza sobre las rodillas de mi hermana. Si se acostaba en su hamaca, Oberon se dirigía apoyado en sus piernas traseras y en su cola, ponía sus pies delanteros en el borde del lecho, y le daba un movimiento de oscilacion que producía en mi hermana uno de estos dulces sueños, los cuales, es preciso experimentar para comprender todo su encanto, y haber respirado al aire de aquellos paises.

—Sin embargo, interrumpió lady Sara, Jorge, habiendo llegado á ser cada día mas atrevido y mas diestro, no cesaba de adquirirnos nuestro alimento con un ardor, que daba á sus fuerzas y á su estatura el mas feliz desarrollo. De cazador intrépido quiso ser pescador, y á pesar de nuestros ruegos y nuestros temores, pues el mar no nos había sido mas que funesto, resolvió abastecernos de pescado, como nos había abastecido de caza. No tardó mucho en fabricarse un sedal de pescador merced á una larga varetta de palmera y á un filamento de ostra; pero ¿dónde encontrar el anzuelo?.... A la puerta de nuestra misma cabaña, entre las plantas que se comia Oberon, sobre los tallos del *vaubier*. Con efecto, las flores de este bonito chaparro de cinco pies de altura y de hojas cilíndricas, gruesas y punzantes, están coronadas de dos corchetes encorvados y agudos, á los cuales no falta ni aun aquella especie de presilla que contiene la punta de los anzuelos comunes y hacen inútiles los esfuerzos de los peces que quieren desembarzarse del corchete mortal. Jorge le armó, pues, de espinas de *vaubier*; los gusanos que

abundaban en la arena le sirvieron de cebo, y por la noche dos sargas marinas cocían sobre unas parrillas de bambú.

El bambú no nos servía solamente para este uso; fabricamos con él camas y sillas, cuyos cogines y colchones se componían de hojas de plátano, empapadas primero en agua del mar y luego puestas á secar en la sombra; la experiencia nos lo habia enseñado; despues de haber sufrido esta operacion, estas hojas tan tiernas y tan prontas en marchitarse adquirían una fuerza y una solidez, que nos permitían coserlas, y como ya he dicho á vd. hacernos cogines y colchones, flexibles y firmes, á la manera de los de Europa: espátos de palmeras rellenos de plumas, mejoraron nuestras camas, y en fin, á las mantas de hojas reemplazaron sábanas y cobertores.

Dos camas, dispuestas de este modo ocupaban el fondo de nuestra cabaña, la una para Jorge, y la otra para mi hermana y para mí; largas cortinas de hojas de plátano preparadas con agua de mar y sujetas con cordones de formio, caían sobre estas camas cuando íbamos á acostarnos, y nos envolvíamos como lo hubiéramos hecho con la tela mas tupida y conveniente para este uso.

Nuestra habitacion estaba cubierta de la misma tela; es decir, habíamos juntado con pedazos de iguales dimensiones, un gran número de hojas de plátano preparadas como he dicho á vd.: estos pedazos, reunidos y cosidos con hebras de seda animal, presentaban con corta diferencia la misma forma que los rollos de papel que se usan en Europa. Espinas de pescado é hilos de formio, se estendían de alto á bajo, formando bandas, sobre las cuales caían trozos de espato de palmera, fijos y formando pabellones por medio de espinas de zamia, cuya cabeza de roseton estaba adornada con alas de grandes insectos, y formando dibujos regulares.

En cuanto á las presillas blancas de los trozos de espato y á los trenzados que caían y completaban este conjunto elegante y pintoresco, el formio nos lo habia suministrado con abundancia.

Si vd. fuese algun día á Inglaterra, Samuel, vería esta singular tapicería que he trasportado de la Nueva-Holanda á la casa en que habitamos, y que está dispuesta como en nuestra cabaña, es decir, formada con las raíces del cicaso; entonces podrá vd. comprender y admirar todo lo que habia de encantador en estas colgaduras extraordinarias.

Aunque Jorge, pasaba una parte del día en la caza y en la pesca, no es necesario creer que descuidaba su educacion, porque todas las tardes le daba yo lecciones de escritura, de lengua inglesa, de calculo y de dibujo, siendo Nelly la que tomaba parte en estas lecciones: el papel de que nos servíamos era una película delgada flexible y blanca, que sacábamos de la corteza de un abedul particular de la Nueva-Holanda; obtuvimos algunas veces hojas de ocho á diez pulgadas de largo y anchas en proporcion; reunidas en forma de volumen y prensadas entre dos planchas debajo de grandes piedras, estas hojas que Jorge recortaba en seguida con la ayuda de una piedra aguda, presentaban la apariencia de un verdadero libro.

Las gibias que abundaban en las riberas del cabo Cubier y que Jorge sobresalia en pescar, nos suministraron una tinta perfecta; los huesos de este pescado era para nosotros un medio para alisar nuestro papel y pulir muchos de los objetos que habíamos fabricado: los pinceles eran de pelos de canguro atados á la estremidad de un palito.

Uno de nuestros pesares era el no poder emplear nuestras noches enteras en estas lecciones, viéndonos obligados á acostarnos tan pronto como anochecía; habíamos hecho lámparas con mechas de borra de cocos, y de la grasa de animal dispuestos en una concha; pero estas lámparas exalaban un olor tan malo y echaban tanto humo, que no podíamos resistirlas, y nos obligaba á salir de nuestra cabaña casi ciegos y atormentados. Jorge, nuestro infatigable, nuestro industrioso Jorge, encontró el medio de proporcionarnos luz.

En medio de sus escursiones, habia observado con frecuencia estrellas lu-

minosas que recorrian el bosque, lanzaban en el aire un rayo de fuego é iban despues á perderse por entre los matorrales. Deseoso de conocer la causa de semejante fenómeno, observó cuidadosamente los arbustos en los cuales habia descendido una de estas luces, y encontró un insecto grande (el cucuyo), con los elitros verdes manchados de amarillo. Del hocico de este animal, levantado en forma cilindrica, despedia la luz que Jorge habia tomado por una estrella: sin pérdida de tiempo, mi hermano cogió una rama en la cual habia cinco ó seis de estos animales; cortó estas ramas de la misma longitud del insecto, y envolvió en un pedazo de tela de espato del mas transparente que pudo encontrar cinco ó seis de esta especie de luciérnagas, que no solamente le alumbraron durante el camino, sino que ademas nos dieron una luz, igual al menos á la claridad que producen dos bugías de cera. Nada interrumpió ya nuestros estudios de noche, y vimos sin temor, llegar el invierno, ó por mejor decir, la estacion de las lluvias.

Algunos accidentes, precursores de esta estacion, nos pusieron en cuidado, y nos indicaron los medios y las precauciones que debiamos tomar para pasar las noches de los meses de junio, julio y agosto, sin privaciones y sin incomodidades de ninguna especie. Una tormenta habia inundado una mañana nuestra habitacion, haciendo reaparecer el torrente, por el cual en otro tiempo habian sido despojadas y echadas á nado las raices del cicaco que nos servian de morada; Jorge empleó una semana en construir un malecon de piedra cimentado con tierra húmeda y arena. Por medio de grandes conchas encadenadas á un palo, consiguió hasta fabricarse una hazada y poner otro dique al torrente; la naturaleza del terreno le hacia fácil este trabajo.

Ademas, nuestra cabaña fué empedrada con piedras que unimos con una capa de goma para hacer desaparecer toda humedad. Esta goma no nos habia dado mas que el trabajo de cogierla al pie de los árboles y de los troncos donde nace naturalmente. Para derretirla nos

bastaba ponerla en una concha al lado del fuego; la estendiamos despues sobre las piedras que enladrillaban nuestra cabaña y que calentábamos durante algunos minutos con un brasero: de este modo conseguimos andar sobre un mosaico encantador, impenetrable á la humedad, y que podiamos, en caso de hacer mas frio, cubrirle con un tapiz de hojas de plátano preparadas con el agua del mar.

Pero el frio no se hizo sentir sino lejos de este sitio, de modo que solamente las lluvias nos detuvieron en nuestra habitacion; estas duraban semanas enteras, y nos sucedia con frecuencia no tener recursos, para nuestras provisiones de carne y pescado ahumados y secados al aire, mas que lo que conservábamos debajo de los sotechados formados con estacas cubiertas de hojas y rodeadas de pedazos de espato de palmera. Ademas conservábamos allí bayas de jambosero curtidas al sol, y raices de helechos cocidos en un hornillo de piedras calentadas al fuego: estas raices nos servian de pan y nos proporcionaban un alimento ligero, sano, agradable, y que armonizaba muy bien á nuestras carnes saladas.

Era una cosa singular vernos en derredor de nuestra mesa de bambú cubierta con un mantel liso como una tela encerada, que formaba tres hojas de plátano preparadas con agua de mar. Las carnes se servian en una grande concha (peine marino), que se habia colocado durante la cohurra, debajo del asador, de modo que se fuera calentando poco á poco, y recibiendo el zumo de lo que se asaba: nuestros platos eran conchas mas pequeñas, y los cuchillos guijarros cortantes. En cuanto á las cucharas, Jorge las habia hecho con la ayuda de una concha de almeja que tenia dos agugeritos que servian para atar el mango con una seda de ostra: tres espinas reunidas constituyeron nuestros tenedores; conseguimos hacernos servilletas con la seda de la misma ostra: del mismo género hicimos ropa blanca para llevarlas debajo de nuestras túnicas de espato de palmera. La falta de dedos y agujas pequeñas, hizo que en un prin-

cipio se presentasen muy dificultosos nuestros trabajos, pero la costumbre concluyó por hacernos de un todo indiferentes á la falta de estos utensilios, y cosiamos nuestra ropa, fina como el género de Holanda, con tanta facilidad y perfeccion, como si poseyéramos todos los recursos de una hábil costurera.

Tuvimos agujas de hacer calcetas, y por consiguiente medias con que abrigan nuestros pies; despues, como de dia en dia ibamos siendo mas exigentes, nos fué menester guantes, y los tuvimos por los mismos procedimientos que las medias.

Observábamos religiosamente el domingo, para cuyo dia nos hicimos mi hermana y yo, unas batas tan bonitas, que no puedo resistir á la tentacion de mostrárselas á vd., Samuel.

Lady Sara tiró del cordon de una campanilla y salió su doncella, á la cual dijo algunas palabras en inglés. Diana, pues así se llamaba ésta, volvió al instante trayendo consigo un rico cofre, que la hermana de Jorge abrió con unallavecita de oro que llevaba pendiente de su cintura. De este cofre sacó una bata de espato de un tegido, suave, fino y de color ceniciento, que observé se parecia á la estameña y hasta la musulina cruda: los arabescos de plumas de aves mezclados con bordados de seda verde de ostra, se destacaban de una manera pintoresca sobre la tinta azul del fondo. A esta bata se encontraba unido un cinturon plateado de tres dedos de ancho, trenzado con hilos de fermio de una blancura brillante y que cerraba con una hevilla formada de una concha con agujeros, al través de los cuales pasaban las puntas del cinturon. Esta bata le llegaba poco mas abajo de la rodilla, cubriendo un pantalon del mismo género, y con un galon blanco en el costado parecido al cinturon. Los zapatos se componian de una suela de borra de coco y se ataban á las piernas por medio de un cordon verde. Tambien mostró una especie de coña sobre la cual aparecia colocada una corona de flores y un collar formado de alas de insectos, matizados de bonitos colores.

—He aquí nuestros vestidos de dia de fiesta, añadió Sara, vea vd. con qué distracciones tan inocentes, buscáramos el reposo que Dios manda para santificar el santo dia del domingo.

Ademas, la sociedad de Oberon, nuestro favorito animal que Jorge habia aprisionado y domesticado, atraia á algunos animales á nuestra morada. Un grande papagayo y un falangio volante, especie de gato pequeño con alas, se disputaban nuestro favor, sin escitar sin embargo la envidia de Oberon, quien algunas veces permitia que impunemente le picotease el papagayo y le arañase el falangio. No obstante, estos dos animales eran apacibles entre si, aunque era necesario en algunos momentos apaciguar sus contiendas, las que originaba cualquier pedazo de raiz de helecho que se echaba á uno ú otro. Oberon se dirigia entonces, caminando sobre su gruesa cola, al lugar de los combatientes, les pegaba con sus piernas delanteras, pero sin procurar lastimarlos, volvía á acostarse á mis pies y ponía su cabeza sobre mis rodillas, en tanto que yo hacia para mi hermana y para mi, mantones de pieles de monos negros: he aquí uno de estos mantones, y vd. podrá juzgar de su hermosura, así como del arte y la paciencia con que los hacia.

El *ficus elástica*, aumentó nuestro bien estar, por la goma que recojimos de su tronco y que bastaba para enduccion los moldes de tierra húmeda ó de conchas, cuya forma tomaba bien pronto; por este mecanismo fabricamos muchos vasos y utensilios que no se rompian al choque.

Una vez conocida de nosotros la sustancia y las propiedades que poseian estos objetos, comprendimos su uso hasta lo infinito.

Jorge, en sus escursiones de cacería, se hallaba incomodado por las frecuentes lluvias que le sorprendian, y no tardaba en inutilizar sus ligeros vestidos de espato y de seda animal. Para remediar este daño, le tegí una capa de esta última materia, endureciéndola con un baño de goma del *ficus elástica*. Esta preparacion, sin quitar nada de la flexibilidad y ligereza de la

tela, la hice enteramente impenetrable, y puse desde entonces á nuestro hermano al abrigo de las injurias del tiempo. Sin embargo, poco á poco fué conociendo que esta capa, aunque le guarecía de la lluvia, interrumpía sus maniobras, y no le era conveniente mas que para emprender una larga marcha, pero si se veía precisado á trepar por un árbol, ó luchar con agilidad, la capa paralizaba sus movimientos; de suerte, que si bien es verdad que concluyó por abandonar este vestido, á pesar de nuestro esmero y de

nuestra grande inquietud, no es menos cierto que Nelly me aconsejó entonces que le hiciese una túnica de espato, la cual debía endurecer con goma elástica del mismo modo que se había hecho con la capa. La idea no pudo tener mejor efecto, y un sombrero de anchas alas de fuco, completó el equipage de caza y de viage de Jorge, quien desde este momento desafió á la lluvia con toda seguridad.

El *ficus elástica*, ó mas bien su jugo mezclado con tierra seca, sirvió tambien para hacer nuestra techumbre im-



penetrable á la lluvia, Jorge revistió las hojas de palmera con una capa de goma elástica preparada del modo que dejo indicado, cubriendo luego todo esto con hojas secas y ramas de árboles: esto fué bastante para que nuestro edificio quedase consolidado, é impenetrable al agua y al sol.

Uno de nuestros grandes recursos de alimentos eran las conservas de frutas, pues nada nos faltaba para hacer manjares de repostería, tan perfectos como los dulces mas esquisitos de esta especie. La azúcar nos la producía el *fucoazucarado*, planta marina que supura una materia blanca de un gusto

esquisito y delicado; nos bastaba sacudir levemente las hojas ó frotar con un palo para recoger gran cantidad de esta azúcar natural, la que procurábamos poner al abrigo de la humedad en conchas unidas con *ficus lástica*.

Un corral formado con estacas, y cubierto en parte con un techo parecido al de nuestra cabaña, conservaba nuestras aves domésticas en los tiempos de grandes lluvias, y entonces á Jorge le era imposible cazar. Este corral se componía en general de mancos, grande ave que tiene en vez de alas alones cortos: cuando está lejos del agua y no puede salvarse á nado, consiente que se aproximen á ella, y se las puede coger con facilidad, ó matarlas á palos.

Los mancos juntos en nuestro corral donde se sustentaban con pescados y raíces, nos daban huevos frescos, así como una piel impenetrable al agua, de la cual nos hacíamos capas y cogines.

Por este medio, aun cuando la sal no nos faltaba, y que para adquirirla no teníamos mas que dejar evaporar el agua de mar en alguna concha de tortuga, salábamos bien poco nuestras carnes, pues todas estas operaciones domésticas nos disgustaban, para que pensásemos en multiplicarlas, y hacer mas de lo que exigían nuestras necesidades; la carne fresca, el pescado y los frutos que todos los días nos traía Jorge nos bastaban.

Gracias á la pasión de Jorge por la caza, no carecíamos de pieles, casi inútiles en estos climas calorosos y benignos. Unos de los animales que nos suministraba la peletería mas fina y la carne mas esquisita era el fasiotomo de dos dedos.

—Este terrestre, interrumpió Jorge, es grande como un tejón; su cabeza aplastada anuncia la imbecilidad, sus piernas cortas hacen su marcha pesada y difícil; para apoderarme de él encendí una hoguera delante de su madriguera y dirigí el humo hácia esta abertura, y bien pronto el pobre animal se vió obligado á sacar la cabeza para respirar, cuya circunstancia aproveché

para herirle con un palo; entonces cogí mi presa moribunda y la acabé de matar sin que hiciese aquella ninguna resistencia.

Ademas, no me entregaba siempre á cazas tan graves y sangrientas como esta; frecuentemente perseguía con mi red de seda animal á las magníficas palomitas de que tanto abunda la Nueva-Holanda, y despues de haberlas ensartado en un asador de madera, las llevaba triunfante á mis hermanas que las juntaban en la cabaña y procuraban reproducir en sus bordados incrustados de alas de insectos y de plumas de aves, las formas y los colores de estos espléndidos lepidópteros. El mas hermoso, es sin disputa, el que los naturalistas de Europa llaman heliconeos de Antioquia que desplagan cuatro alas de un negro muy brillante. Sobre estas existen dos bandas blancas, como la plata, una lista encarnada y otras dos de color de escarlata. Cuando echa á volar esta especie de mariposa, se diría que una hoja de plata y púrpura se desprendía de lo alto de los árboles.

Hácia el fin del invierno, algunas inquietudes turbaron la calma que disfrutábamos, y vinieron á someternos á muchas pruebas penosas, por las cuales, Dios sin duda, quiso experimentar de nuevo nuestra paciencia y resignación antes que sonase la hora de nuestra libertad.

Pero no anticipemos nada sobre estos acontecimientos, Samuel; mañana contaré á vd. los trances que esperiménté y como fué turbada la paz de nuestro desierto con nuevos infortunios.

Y diciendo estas palabras, lady Sara se levantó, tendió la mano á Samuel y se despidió. Jorge cogió del brazo al jóven francés y ambos se fueron al teatro, donde bailaban aquellas dos maravillosas jóvenes que se llamaban Fanny y Teresa Essler; estas dos seductoras almas por las cuales se apasionaba todo Paris, llegaron á ser el orgullo del Norte. Mientras que Samuel aplaudía y se entusiasmaba, Jorge permanecía silencioso y frio.

(Se concluirá.)

MUGERES CELEBRES.

MARIA ESTUARDO.

II.

LAS DOS SOBERANAS.

—Y bien sir Paulet, dijo la reina, ¿qué tenéis que anunciarme de nuevo?

—Gloriosa reina, repuso Paulet haciendo una exagerada cortesía, hace poco tiempo que mi sobrino acaba de venir de un largo viage, y pone á los pies de V. M. su homenaje y su juventud, recibidle con bondad y concededle vuestro real favor.

Mortimer dobló entonces la rodilla en tierra y dijo:

—Así es la verdad, señora: pueda mi noble soberana vivir muchos años y coronar su frente la mas ilimitada felicidad.

La reina fijó su atencion sobre el jóven que se le arrodillaba, y mandándole levantar, le dijo con tono grave y magestuoso.

—En vuestro largo viage, he sabido que habeis pasado por Francia... y por Roma, y que os habeis detenido.... en Reims. Decidme, caballero, ¿Cómo siguen las tramas de los enemigos de Inglaterra? Creo que os habeis enterado bien de todo.

—El cielo los confunda, señora, respondió Mortimer con energia.

—¿Habeis visto á Morgan y al obispo de Ross, á esos implacables conspiradores? preguntó Isabel.

—Señora, repuso Mortimer, he conocido á todos los escoceses desterrados, que existen en Reims, y que conspiran contra nuestro pais. Ann puedo deciros mas; he conquistado su confianza, todo con el objeto de descubrir sus tramas.

—¡Oh! mi sobrino, señora, interrumpió

Paulet con afectacion, es un jóven muy diestro en el arte de intrigar, y no dudo que..

—¿Y cuáles son sus últimos proyectos? continuó la reina, dirigiéndose á Mortimer.

—Señora, ven que la Francia trata de aliarse con Inglaterra, y esto les ha disgustado, y procuran conquistar el apoyo de los españoles.

Leicester que habia notado la particular atencion con que Isabel miraba á Mortimer, se creia desairado, y para hacerse un lugar sin duda en la cuestion que se ventilaba, interrumpió el diálogo diciendo:

—La Inglaterra es demasiado poderosa para temer semejantes armas.

Sin embargo, Isabel no cesaba de mirar á Mortimer, de un modo bastante singular, y solamente Paulet, logró distraer la atencion de la soberana, entregando un billete en sus reales manos.

—¿De quién es esto? pregunto Isabel.

—Es una carta, señora, que la prisionera me ha dado con el objeto de ponerla en manos de V. M.

La reina abrió la carta, y la estuvo leyendo en silencio, durante lo cual el conde de Leicester, que se encontraba situado no á mucha distancia de Isabel, procuraba con furtivas miradas, comprender el contenido del billete. Talvot, obserbaba el semblante de la que leía, Paulet hablaba con su sobrino, y Burleigh, se mordía los labios de cólera, creyendo que la reina se condolería de la posicion de la encarcelada, en caso de que la carta contuviese una sentimental manifestacion de sus crueles padecimientos; con efecto, la rabia y desesperacion del gran tesorero, no tuvieron limites, cuando vió que Isabel doblando el escrito que acababa de leer, se enjugaba las lágrimas, pero su ira se hubiese contenido si menos limitado

el talento de este diplomático, hubiera comprendido que cuanto hacia la reina era fingido.

—¿Donde está la dicha de los soberanos? exclamó Isabel con estudiados gemidos ¡A qué extremo ha llegado la que comenzó su carrera con esperanzas tan ilimitadas? ¿Dónde se encuentra la que despues de haber sido llamada al trono mas antiguo de la cristiandad, creyó reunir tres coronas? ¡Cuán diferente es su lenguaje del que tenia cuando los aduladores de su corte, la llamaban reina de las islas Británicas! Perdonad, milores, dejadme llorar... Mi corazon está despedazado.

El sencillo Talbot, creyendo en las emociones de la reina, quiso aprovechar este instante en favor de la infortunada María, y esforzando su voz, exclamó con acento sentimental:

—Dios ha puesto su protectora mano en vuestro corazon, señora; obedeced á esa inspiracion celeste; descendad como un ángel de luz y alumbrad la funesta oscuridad de su recóndito calabozo.

El baron Burleigh, no pudo contener su furia en este instante, y de seguro, al no hallarse en presencia de la reina, hubiera arrancado la lengua del interesor de María; sin embargo, no se reprimió para responder, y dirigiéndose á la reina, dijo con voz ronca y desentonada por la cólera.

—Manifestaos firme, mi reina; no os dejéis alucinar por un laudable sentimiento de humanidad que puede acarrearos consecuencias muy amargas; no os espongaís al odioso vituperio de un pueblo encarnizado contra la que pretendió usurpar vuestra mornarquía y entregaros á los papistas.

El conde de Leicester, creyendo que aumentaria sus sospechas respecto á las relaciones que le habian asegurado, tenia con la encarcelada, no quiso enmudecer, y las esperanzas que sustentaba de ser con el tiempo el esposo de Isabel le dió el suficiente valor para hablar en contra de aquella muger á quien habia brindado en otra época su mano de marido y su mas decidida proteccion. Sin embargo, su lenguaje fué un tanto ambiguo y confuso, y la turbacion

que manifestaba al hacer presente su opinion no se ocultó á la sagaz y maliciosa penetracion de la soberana, la cual no satisfecha de las palabras de su favorito, se levantó del sillón y con aire afectado de humildad y abatimiento, dijo, que era tan agudo el dolor que experimentaba en aquel momento, que reclamaba un rato de meditacion para deliberar sobre el asunto, por lo que exigió la ausencia de los que la rodeaban. Todos hicieron un respetuoso saludo: el último que salia era Mortimer, mas la reina dió un ligero tirón á su capa y le mandó permanecer. Segura la reina de que nadie la escuchaba, despues de un largo silencio, dijo Isabel al caballero que tenia en su presencia.

—Es tal la resolucion que habeis demostrado, tal es el imperio que advierto teneis sobre vos mismo, que no he podido menos de admiraros, y de comprender que sois llamado para grandes empresas; os digo mas; que puedo yo misma contribuir á que se realice mi vaticinio.

—Comprenda desde luego V. M., repuso Mortimer, que mi valor por escaso que sea, no se empleará nunca mas que en vuestro servicio.

—Ya conoceis cuales son los enemigos de Inglaterra; el Todopoderoso, me ha protegido, pero sin embargo, mi corona vacilará en mi cabeza mientras que dure la vida de aquella que sirve de pretexto para trastornar mis dominios.

—Cuando querais, dejará de existir esa muger que amarga los dias de vuestro reinado.

—¡Ay! respondió la reina aproximándose á Mortimer, si yo lograra llegar al término de mis deseos. La sentencia de muerte de María está pronunciada, y soy yo la que debo dar la orden de esta ejecucion; me haré odiosa á los ojos de sus apasionados; si yo pudiera salvarla en la apariencia...

—De modo que el mejor medio sería... dijo Mortimer llevando la mano á la empuñadura de su daga.

—Sin duda, respondió Isabel con viveza; vos habeis penetrado mis intentos.... ¡Ah! si una mañana vinieseis á

despertarme con la nueva de que María había espirado aquella misma noche.

—Se cumplirán vuestros deseos, contestó Mortimer.

—¿Cuándo podré dormir tranquila?

—Dentro de muy pocos días cesarán vuestros temores.

Isabel se ausentó llevando consigo esta funesta esperanza, y Mortimer la miró marchar con risa sardónica, y diciendo entre sí:

—¡Falsa! ¡Hipócrita! Te engaña á ti, como tu engañas al mundo. . .

¡Infame adulatora! Dices que soy llamado para grandes empresas, es decir, para ser asesino, ¿no es verdad? Me encargo de tan odiosa comision, para que no recaiga en persona que pueda llevarla á cabo, pues mientras que en mi confías á nadie descubrirás tu pensamiento y la inocente prisionera vivirá hasta que yo pueda salvarla.

En este momento se disponia Mortimer á abandonar la real cámara, cuando vió que un caballero se interponia á su marcha; era el conde Leicester que despues de haberle mirado atentamente le preguntó con aire misterioso:

—Alguna idea arriesgada preocupa vuestra imaginacion en este momento.... ¿no es verdad?

—Con efecto, repuso Mortimer con acento de indiferencia; la inesperada confianza que la reina acaba de concederme....

—Ya, conque la reina ha depositado en vos su confianza, dijo el conde con afectada pausa; me alegro mucho.

Mortimer entonces sacó un objeto que envolvia un papel y le puso en manos de su interlocutor añadiendo:

—Esto me han entregado para vos, caballero.

—¿Y de quién procede?... preguntó alargando la mano.

—De la reina de Escocia, contestó Mortimer.

Leicester dejó escapar un movimiento de sorpresa, y abriendo la carta con precipitacion prosiguió:

—Hablad mas bajo, caballero..... ¡ah! es su retrato.

Despues volviéndose hácia Mortimer le dijo:

—¿Cómo os tomáis un interés tan

vivo en su suerte? ¿cómo habeis ganado su confianza?

—Milord; he adjurado mi creencia en Roma y soy partidario de los Guisais; una carta del arzobispo de Reims me acercó á la reina de Escocia.

—¿Pero no sabeis que las circunstancias me han hecho adversario de la ilustre prisionera?... ¿que aspiro á poseer la mano de la reina de Inglaterra?

—Os compadezco, conde, dijo Mortimer con acento despreciativo.

—Sin embargo, amo á María.

—No dudo que la amareis, respondió el jóven, pero nada habeis hecho para libertarla, y no solo la habeis dejado condenar, sino que habeis votado por su muerte; ha sido necesario que el sobrino de su carcelero, se constituyese en el Vaticano por su libertador, pues de otro modo solo se encontraria en el camino que conduce á la muerte.

—Sir Mortimer, contestó el conde, se vigilan mis pasos con imponderable cautela, y ha sido necesario presentarme á los ojos del mundo como el enemigo mas encarnizado de María, y aunque el amor que la tenia ha desaparecido, no penseis que la dejaré caminar á la muerte; espero contener esta catástrofe.... tal vez se presente un medio de poderla libertar.

—El medio se ha encontrado, interrumpió Mortimer con prontitud: están hechos todos los preparativos, y vuestra poderosa asistencia puede asegurarnos un resultado feliz.

—¿Como! exclamó admirado Leicester, ¿qué pretendéis?

—¡Arrancarla de su prision á viva fuerza, para lo cual tengo auxiliares que á todo están resueltos.

—¿Y esos cómplices que teneis, saben mi secreto? preguntó el favorito con sobresalto.

—Nada temais, repuso el jóven con disimulado desprecio, el complót se ha formado sin contar con vos, y sin vos se llevaria á cabo si la inocente prisionera no hubiera exigido vuestra cooperacion.

—Pero ¿podeis asegurarme, que mi nombre no ha figurado en vuestra conspiracion?

—¿Por qué tanto temor? preguntó el sobrino de Paulet, ¿no me asegurasteis hace poco, que deseabais un medio para poderla sacar de su horroroso cautiverio? ¿Cómo ahora que se os presenta manifestais vuestros temores en vez de vuestra alegría?

—No debemos violentar las circunstancias; la empresa es bastante peligrosa.

—La tardanza lo es también.

—Vuestro valor es temeridad, locura.

—Y vuestra prudencia no es el valor que se necesita en estos casos.

—Vos no reflexionais; vuestra ceguera destruirá el camino que se ha trazado.

Mortimer en este momento no pudo contener su indignación, y con voz imperiosa y casi desentonada contestó: —¡Vergüenza dá escucharos; caballero: si yo fuera tan miserable que la asesinará como la reina me lo ha mandado, y en cuya confianza goza en este instante, ¿qué precaución tomariais para salvar su vida?

Leicester retrocedió espantado y exclamó:

—¿La reina os ha dado esa orden sangrienta?... ¿Y habeis prometido?

—Sí; para que no buscase otro brazo, yo he ofrecido el mio.

—Habeis hecho bien, caballero.

—Pues, si tal conoceis, dijo Mortimer con prontitud, no perdamos un tiempo precioso. Vos podeis reunir un ejército cuando querais; además, María cuenta todavía muchos amigos secretos; las nobles casas de los Howard y la de los Percy, trabajarán para apoyar nuestro proyecto; marchemos abiertamente en favor de esa muger desgraciada, y vos, defendedla también como caballero.

—¡Cuán poco conoceis el suelo en que habeis nacido! el valor de los ingleses, no existe; y todo enérgico resorte está comprimido bajo el yugo que ha impuesto Isabel á sus vasallos.

—No desmayeis, prosiguió Mortimer, por pronto recurso cuento con cincuenta soldados franceses, que me ha enviado el cardenal de Lorena, mandados por cuatro gefes decididos á morir por

nuestra causa: esperan mis órdenes....

—¿Dónde están?

—Media legua de este recinto; escondidos en la espesura del *Bosque Blanco*. Aconsejad á Isabel que acuda al castillo de Fortheringay, accediendo á los deseos de la prisionada, y os prometo que á su salida del castillo se dará el primer paso á la rebelion proyectada.... haced que la escolta que la acompañe no sea muy numerosa....

—No emprendais nada sin reflexionarlo bien.

Esto dijo el conde á tiempo que volvía la cara, porque sintió ruido de pisadas, por lo cual añadió sobresaltado:

—Gente viene, Mortimer, alejaos; visítad á María y llevadle mi eterno juramento de amor.

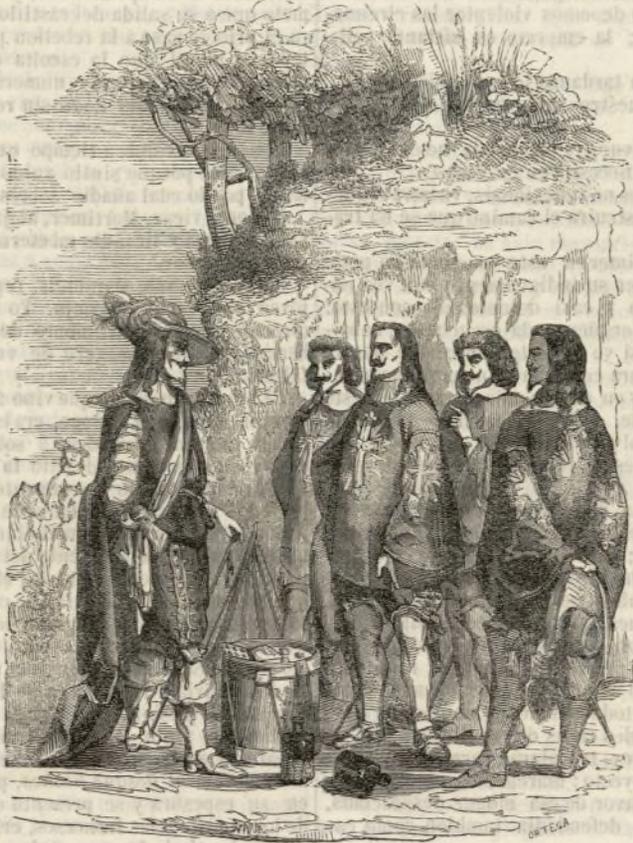
—Llevadle vos, si quereis, repuso el jóven con excesivo enojo. Yo me he ofrecido ser el instrumento de su libertad y no el mensajero de vuestros falsos amores.

El nuevo personage que vino á interrumpir el anterior diálogo, era la reina Isabel, que encontrándose á solas con su favorito, pues no advirtió la salida de Mortimer, volvió nuevamente á repetir las sospechas que tenía de que la ilustre prisionera era aun el objeto que mas ocupaba el pensamiento del conde; pero este, aprovechando todo el favor que la soberana le dispensaba, con reiteradas satisfacciones logró desvanecer este idea que tanto preocupaba el ánimo de Isabel, y hasta obtuvo la promesa de que iria á visitar á la de Escocia á su misma prision.

Mientras tanto, Mortimer, montó á caballo, y acompañado de un fiel escudero marchó al *Bosque Blanco*, penetró en su espesura y se presentó delante de los cuatro gefes franceses, criaturas del cardenal de Lorena, á los cuales halló sentados sobre la húmeda yerba, jugando á los dados sobre un tambor que les servía de mesa, y saboreando unas cuantas botellas de cerveza. Estos franceses, cuando vieron llegar á Mortimer se quitaron los sombreros y se pusieron de pie, y atentos estuvieron escuchando las órdenes del valiente inglés. Como guardias que pertenecian al cardenal, llevaban sobre sus

vestidos de paño azul celeste, cuatro cruces blancas colocadas una en el pecho, otra en la espalda y una en cada brazo. Después que el plan quedó com-

binado, se hizo un juramento solemne de perecer antes que no salir triunfantes de la empresa. Seguro Mortimer del arrojo de sus nuevos servidores, sin



descansar marchó al castillo de Fortheringay y anunció á la reina de Escocia el plan meditado, el cual tendria indublemente el éxito que se deseaba, si la reina Isabel acudia á su suplicante llamamiento.

Así fué; al dia siguiente, una estrepitosa aclamacion de viva la reina Isa-

bel, y el sonido de instrumentos marciales, anunciaron á Maria que la reina se acercaba á su prision para visitarla. Talbot entró el primero, y participó á la prisionera la llegada de Isabel, y Maria apoyando su rostro en el hombro de su nodriza, exclamó.

—Ana, me falta el valor; todos me

han aconsejado que me presente á esa muger con la sumision del vasallo; pero yo temo aparecer con toda la magestad que debe tener la reina de Escocia.

—Aquí teneis á la reina, dijo Talbot.

Y acto continuo entró Isabel dando su izquierda al conde de Leicester, á quien María no pudo mirar sin emocion, y seguida de una lujosa comitiva.

—¿Cómo llaman á esta fortaleza? preguntó Isabel con marcada afectacion á Leicester.

—Señora, contestó éste; V. M. se halla en el castillo de Fortheringay.

En seguida se dirigió á Talbot, y con acento espresivo, á fin de que su rival la escuchase bien, prosiguió.

—Enviad á Lóndres á nuestra comitiva y á gran parte de la numerosa escolta que me ha venido acompañando; porque este aparato es sin duda alguna el que ha dado ocasion á que el pueblo con sus inoportunas aclamaciones no me haya dejado transitar con desahogo..... ¡Oh! mucho me ama mi pueblo: no tienen limites los testimonios de su contento cuando me vé: ya eso raya en idolatría; de ese modo se debe honrar á Dios, y no á los mortales.

María que durante este afectado razonamiento, habia permanecido apoyada en el hombro de su nodriza, conociendo que aquellas frases iban encaminadas á presentar el contraste de su posicion y á humillarla por este medio indirecto, se incorporó, y fijó su altiva mirada sobre la de Isabel, pero al instante volvió la cara espantada y diciendo.

—¡Dios mio! sus facciones me dicen que esa muger no tiene corazon.

—¿Quién es esta enlutada? preguntó la reina.

Hubo un momento de silencio, pero al fin le rompió Leicester diciendo.

—Ya he dicho á V. M. que se halla en el castillo de Fortheringay.

—Señora, dijo el bueno de Talbot, volved vuestros compasivos ojos sobre esta infortunada que sucumbe al rigor de los padecimientos.

María entonces reunió sus fuerzas y dirigió sus pisadas con lentitud hácia Isabel, y ya iba á postrar la rodilla en

tierra, cuando se detuvo horrorizada espresando con su semblante la mas violenta agitacion.

—¿Cómo, milóres! dijo Isabel, ¿Es esta la muger sumisa que me habiais anunciado? Yo enueentro una orgullosa á quien la misma desgracia no le ha domado.

—¡Valor! exclamó María, lejos de mí el impotente orgullo de un alma elevada; quiero olvidar lo que soy y prosternarme delante de aquella que me ha llenado de oprobio.

Y diciendo esto se aproximó á Isabel y se arrodilló.

—Sed generosa, hermana mia, dijo la prisionera; tendedme vuestra real mano y sacadme de la humillacion en que me encuentro.

—Estais en vuestro lugar, lady Maria, dijo Isabel retrocediendo; y doy gracias á la bondad del cielo que ha consentido, que yo no me encuentre á vuestros pies, como vos estais á los míos.

—Hermana, hermana, prosiguió Maria con acento condolido, no profaneis de ese modo la sangre de los Tudor que corre por mis venas como por las vuestras.... Mi suerte, mi vida depende de mis palabras y de estas lágrimas que estoy derramando.... No me lanceis esa mirada de hielo, pues mi corazon tiembla, y se detiene el torrente de mis lágrimas.

—¿Qué teneis que decirme, lady Estuardo? preguntó la reina con aire frio y severo; teneis que hablarme; empeñad, pues, olvido en este momento que soy una reina cruelmente ofendida, y cediendo á un impulso generoso os escuchó.

María se levantó y con voz temblona y humillante dijo:

—Habeis obrado conmigo de una manera poco justa, hermana mia; pues soy una reina como vos; he venido á este pais demandando hospitalidad, y me habeis encerrado en este calabozo; quiero atribuir todo esto á mi destino, no quiero haceros culpable; un espíritu infernal que ha salido del averno, nos ha dividido desde nuestra tierna juventud; el ódio ha crecido con nosotras; mas ahora es preciso que todo desaparezca.

Y acercándose y hablando con mas ternura, proseguia:

—Henos aquí, la una en frente de la otra; habládmé ahora, hermana mia; decidme cuáles son mis faltas, que quiero daros plena satisfaccion.

Isabel hizo un gesto despreciativo, y viendo las emociones que experimentaban los espectadores á esta tierna escena, creció su rabia, y continuó con aparente calma:

—Mi buena estrella me ha preservado de abrigar la serpiente en mi seno; no acuseis al destino de cuanto os está pasando, sino á la desmedida ambicion que sustentais. Pero Dios me acompaña, y el golpe fatal amenazaba mi cabeza, pero la vuestra es la que cae.

—Creo sin embargo, contestó Maria, que no abusareis de vuestro poder, con tan excesiva crueldad.

—Yo pondré en práctica, lo que vuestros sacerdotes enseñan; decid ¿quién me responderá de vos, si rompo vuestras cadenas? Para guardar vuestra fidelidad, ¿hay algun recinto que no pueda abrir la llave de San Pedro? La fuerza únicamente es la que constituye mi dicha

—Siempre me habeis considerado repuso Maria, como una enemiga, y en verdad que no lo soy.

—Lady Estuardo, vuestra familia es papista; los frailes son vuestros hermanos, yo no puedo hacer alianza con vos.

Y volviendo las espaldas se alejó seguida de su comitiva, dejando á la reina de Escocia sumergida en el mas profundo abatimiento. Maria, al verse de este modo despreciada, su primer impulso fué llorar, pero recordó que era reina, reflexionó en la inferioridad de Isabel, y no pudiendo contener su justa indignacion exclamó con voz imponente y magestuosa, mirando el sitio por donde Isabel habia salido:

—¡El trono de Inglaterra está profanado por una bastarda hipócrita; el pueblo de Inglaterra no debe ser gobernado sino por Maria Estuardo!

—¡Viva! gritó una voz que salió de un estremo del recinto.

Era Mortimer que acompañado de la nodriza, venia precipitado hácia Maria.

—Reina de Inglaterra sereis; el lazo

está tendido y pronto se decidirá vuestra suerte.

(*Secunduará.*)

I. A. BERMEJO.

GUSTO. Hay en el arte un grado de perfeccion, lo mismo que de bondad ó madurez en la naturaleza; quien le experimenta y aprecia, tiene un gusto perfecto; quien no le experimenta y apetece, mas ó menos, le tiene defectuoso. De consiguiente hay dos clases de gusto; bueno y malo, y con fundamento se disputa sobre los gustos.

La Bruyere.

GRANDEZA. La grandeza aparente es feroz é insociable: como conoce su debilidad, se oculta ó no se manifiesta del todo, dejándose ver unicamente lo bastante para imponer y no aparecer lo que es en realidad: una pequeñez. La verdadera grandeza es libre, afable, familiar y popular. Se deja tocar y manejar, nada pierde en que se la vea de cerca; cuanto mejor se la conoce, tanto mas se la admira. Se inclina por bondad hácia sus inferiores, y se levanta sin esfuerzos.

Idem.

GRATITUD ¡Cuán bella es la gratitud!

Idem.

El que de continuo repite que es honrado y probó: que á nadie hace daño; que consiente en que le hagan el daño que haga á los demas, y que jura para persuadir; ni siquiera sabe aparentar honradez.

Idem.

Las grandezas son semejantes á los perfumes, que quien los lleva no los percibe.

Cristina.

Siempre que hallo mucha gratitud en un hombre, que carece de bienes de fortuna, estoy seguro que si fuera rico seria tan generoso como agradecido.

Pope.

REFLEXIONES SOBRE LA NATURALEZA.

LOS ANIMALES

DURANTE EL INVIERNO.

Los animales tímidos huyendo
 Buscan las hondas grutas: yace el mundo
 En silencio medroso,
 O con chillido horrendo
 Solo algun ave fúnebre el profundo
 Duelo interrumpe y eternal reposo.

(MELENDEZ.)

Millares de criaturas racionales que aparecen dispersas por diferentes partes de la tierra, no carecen en este tiempo de todo lo que necesitan para sus urgencias y para conservar su vida. Cuanto mayor es el número de los hombres y mas varias las necesidades de su condicion, su edad y su modo de vivir, tanto menos podemos por nosotros mismos, formar un plan, y tomar medidas ciertas para nuestra conservacion, y mas merecen nuestro exámen y admiracion las disposiciones llenas de sabiduría y bondad que para proveer á ellas ha hecho nuestro Criador. Pero seria una especie de egoismo, restringir la providencia divina, á sola la conservacion del género humano, sin que nos acordáramos del cuidado que tiene tambien de los animales, durante la rigida estacion del invierno: cuidado que se estiende á unas criaturas, mucho mas en número sobre la tierra que los racionales que la habitan, de suerte, que por maravillosa que contemplemos la conservacion de los hombres, no lo es menos la que con respecto á los irracionales egeree la omnipotencia del Supremo hacedor.

Que el prodijoso número de animales que sustenta la tierra, halle en el verano alimento y habitacion, no es cosa que debe causarnos admiracion, por-

que entonces la naturaleza se halla dispuesta á concurrir á este objeto, pero que en medio de la estacion del frio mas riguroso, y de la mas copiosa lluvia, este gran número de seres, estos millones de cuadrúpedos, de reptiles, de aves, de insectos y de peces, continuen viviendo, es una circunstancia, que debe ocupar nuestro pensamiento, y pasmar á todo aquel que tenga la facultad de reflexionar.

Quiso la naturaleza que una gran parte de los animales se hallase provista de una cubierta con la cual pudiesen resistir facilmente el frio, y se adquiriese el sustento no menos en invierno que en verano. El cuerpo de las bestias salvages que habitan los bosques y los desiertos, está formado de modo que el pelo que le cubre se cae en el verano y se reproduce en el invierno, y viene á constituir un abrigo con el cual pueden soportar los agravios de la estacion mas rigorosa. Otras especies de animales hallan su asilo bajo las cortezas de los árboles, en los paredones, en las grietas de los peñascos y en las cavernas de los montes, cuando el frio los pone en la necesidad de buscar un refugio distinto al que disfrutan en la benigna estacion de los calores. Allí es donde han llevado los unos de antemano las provisiones para alimentarse, otros viven en el mismo parage de la enjundia que se ha criado en el verano; y otros en fin, dejan transcurrir el invierno sumergidos en un sueño profundo.

La naturaleza ha concedido á muchas especies de aves un instinto particular que las obliga á mudar de residencia, no bien se acerca la época de los frios, y se las vé pasar á bandadas para situarse en climas mas calientes: pero otros animales, que no son de paso, encuentran sin embargo en esta estacion lo que es suficiente para sus necesidades:

las aves saben descubrir los insectos entre el musgo y las rendijas ó hendiduras de las cortezas de los árboles: diversas especies de cuadrúpedos llevan en el verano provisiones á sus cuevas para alimentarse durante el invierno. Otros animales se ven precisados á buscar debajo de la nieve y del hielo con qué proveer su subsistencia. Pero, ¿no puede también suceder que se oculte á nuestra vista muchos de los infinitos medios de que se sirve la Providencia para conservar los animales?

Al hacer estas reflexiones, no podemos menos que adorar á nuestro Conservador Omnipotente. Sean las que fueren su grandeza y magestad, no se desdena atender á la mas débil criatura que existe debajo de los cielos, y desde el elefante hasta el arador, todos los animales le deben su habitacion, su alimento y su vida; y donde mas árida y falta de recursos parece hallarse la naturaleza, allí mismo encuentra medios de

remediar y atender á sus necesidades.

El mismo Dios que sustenta á los animales, no dejara de dirigir su benéfica y protectora mano hácia los hombres, porque el que se muestra tan grandioso en las cosas pequeñas, lo será mucho mas en las que algo significan.

La Providencia que abriga á los animales, sabrá vestirnos; ella que indica las cuevas de las montañas á donde han de ir á refugiarse, nos dará un asilo donde tranquilamente pasemos nuestros dias; ella que le ha preparado el alimento aun debajo de la nieve y el hielo, sabrá procurar nuestra indispensable subsistencia en los tiempos mas criticos.

No te contentes con satisfacer tus propias necesidades, sino haz por aliviar las de tus semejantes, á fin de que no suceda que alguno se rinda á la miseria por haber carecido de los socorros que le pudiste dar.

I. A. BERMEJO.

CUENTOS PARA LOS NIÑOS

EL SAUCE Y EL LLORON.

FÁBULA.

Un sauce se lamentaba
De su pequeña estatura,
Y afligido se quejaba
De la próspera natura.
Contra la acacia indignado,
El álamo y alto pino,
Decía desesperado
Con su infeliz destino:
«Mi pobre talla modesta
Con su elevación insultan;
Y con su sombra funesta
Del sol los rayos me ocultan.»
Harto de oír su lamento,
Un lloron, vecino suyo,
Le contestó: «mucho siento
No ser del dictamen tuyo.
Yo soy pequeño tambien,
Y en lugar de lamentarme,

Me hallo, pariente, tan bien
Que puedo felicitarme
¿Sabes por qué no me aflijo
Ni rango mejor anhelo?
Porque mis ramas dirijo,
Ya lo ves, siempre hácia el suelo.
Mas como tú las elevas
Del trueno hácia la region,
Jamás en paciencia llevas
De otro árbol la elevacion.
Tú solo encuentras rivales
Cuya grandeza te humilla;
Yo encuentro entre guijarrales
Alguna planta sencilla.
Y midiéndome por ella,
Mi humilde suerte disfruto,
Sin que maldiga mi estrella
Ni al rencor rinda tributo.
Haz, pues, lo que yo sin pena,
Y en ser dichoso confia,
Que para serlo es muy buena
Aquesta filosofia.»

J. M. TENORIO.